

MONS. MANUEL LARRAIN E.

escritos completos

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.

2

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

“Con la presente quiero expresar a Usted la viva complacencia de Su Santidad al tener en sus manos esta publicación, en que se recoge abundantemente la predicación de Mons. Larraín, toda ella tan impregnada de sentimientos eclesiales”.

Secretario de Estado Sustituto.

“Queira receber meus especiais agradecimentos por sua carta de 30-12-76, que acompanha o valioso I Tomo dos “Escritos Completos” do saudoso apóstolo Manuel Larraín. Com auxílio dos filhetos, difundiremos a publicidade da Obra, em boa hora lanzada por V. R. Que o espirito e as palavras vigorosas de Mons. Larraín ajudem a maturidade da nossa Igreja”.

*Cardenal Ivo Lorscheiter
Presidente del CELAM
Secr. Gral. Conf. Episcopal de Brasil.*

“Estimo que este es un trabajo de mucha importancia para nuestra Iglesia y te felicito por tus desvelos y dedicación para llevarlo a cabo”.

*Card. Raúl Silva Henríquez
Arzobispo de Santiago.*

“Que el Señor lo recompense por el esfuerzo en la difusión del luminoso pensamiento de Don Manuel, quien ha sido uno de los grandes servidores del CELAM y de los grandes Obispos latinoamericanos”.

*Mons. Alfonso López Trujillo
Secretario General del CELAM*

“Te felicito de veras por tu trabajo, que viene a constituir un valioso aporte en la bibliografía pastoral latinoamericana. Escritos como los de Don Manuel constituyen una presencia permanente de su vida y acción en una Iglesia latinoamericana en cuyo crecimiento y renovación se empeñó. Yo tuve la fortuna de poder recibir de su palabra y testimonio.

He pasado a todos los Obispos, así como a diversas instituciones de Iglesia, los datos acerca de la nueva obra, a fin de promoverla. Espero que tenga buenos resultados’.

*Mons. Ovidio Pérez Morales,
Obispo Auxiliar de Caracas
Secr. Gral. Episcopado de Venezuela*

“... confío que se interesarán por la obra (los Obispos ecuatorianos) de un Obispo que entregó su vida a la causa de la Iglesia no sólo en Chile, sino en toda América”.

*Mons. Raúl Vela Chiriboga,
Secr. Gral. Episcopado Ecuador.*

MONS. MANUEL LARRAIN E.

Con las debidas licencias.

Derechos reservados: Inscripción 45.999

Santiago de Chile: Imprenta San José (1977)

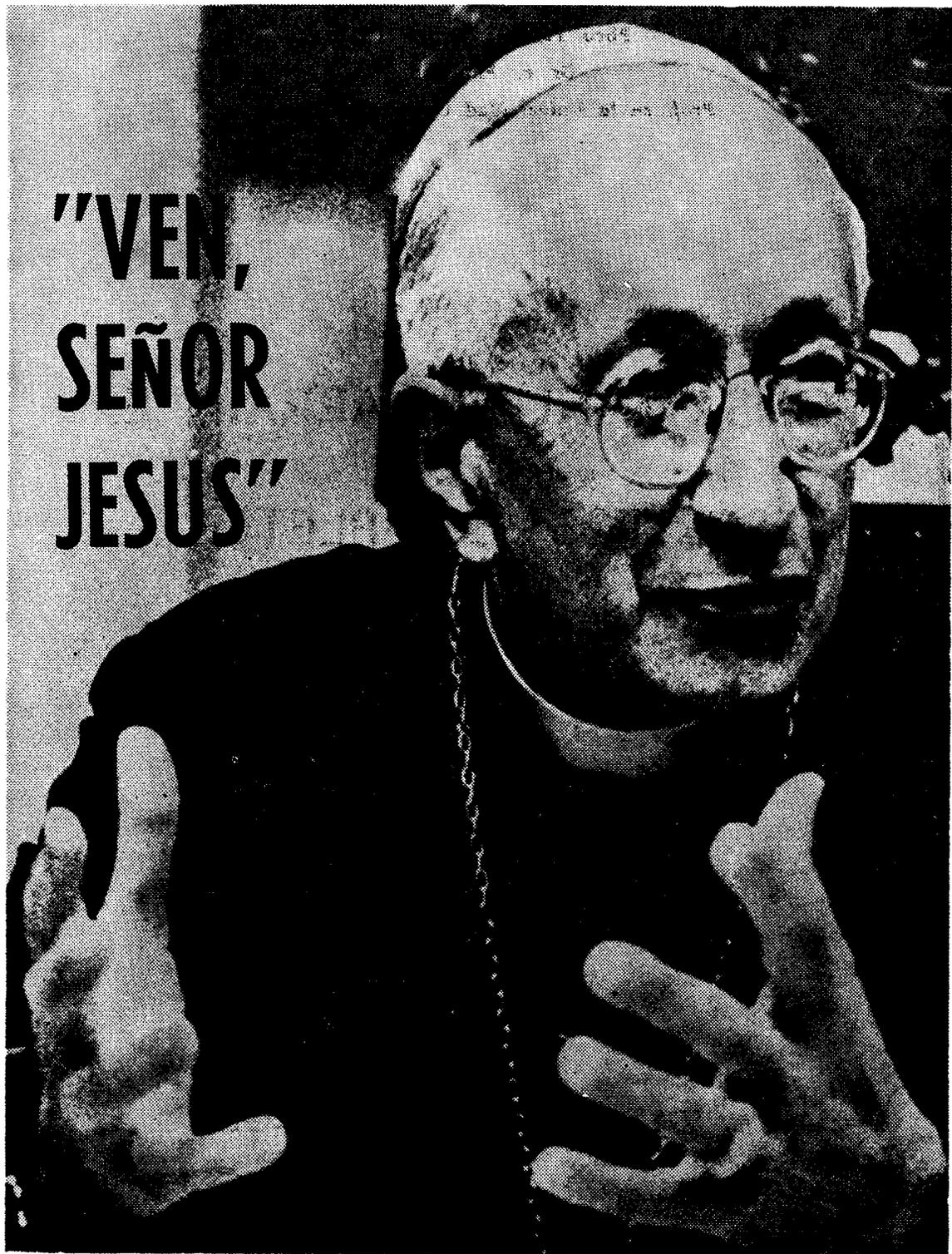
Pbro. PEDRO DE LA NOI
Dr. en Filosofía,
Prof. en la Universidad Católica de Chile

MONS. MANUEL LARRAIN E
ESCRITOS COMPLETOS

Tomo II

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

**"VEN,
SEÑOR
JESUS"**



ADHESION DE CARD. BAGGIO A ESCRITOS DE MONS. LARRAIN

IL CARDINALE SEBASTIANO BAGGIO
PREFETTO DELLA SACRA CONGREGAZIONE PER I VESCOVI

Roma, 3 de enero de 1977.

Reverendo y querido Padre :

He acompañado muy de cerca con interés y cariño las diversas iniciativas con que la diócesis de Talca y la Iglesia de Chile han conmemorado los diez años de la muerte del que fué uno de sus mayores exponentes, Monseñor Manuel Larrain Errázuriz, y celebro que la principal de ellas, o sea la publicación de sus escritos completos, esté siendo una realidad, gracias a la inteligente y diligente labor de Usted.

Mi gratitud y aprecio por el envío del primer volumen y el ofrecimiento de los dos restantes no son tan sólo los ordinarios del Prefecto de la S. C. para los Obispos quien se alegra al ver que un Pastor ejemplar de la Iglesia puede continuar irradiando la luz de sus enseñanzas y de sus ejemplos aún después de terminada su carrera terrena, desde el candelabro de sus escritos y de su biografía; son aquéllos muy particulares y muy hondos de un fraterno amigo y admirador de Don Manuel, no pocas veces in passione socius y siempre en íntima comunión con sus solicitudes eclesiales, desde que me cupo la dicha de conocerle en 1953 hasta su dramática muerte de la que fui informado el día mismo en que acaeciera por la acongojada comunicación de un amigo común.

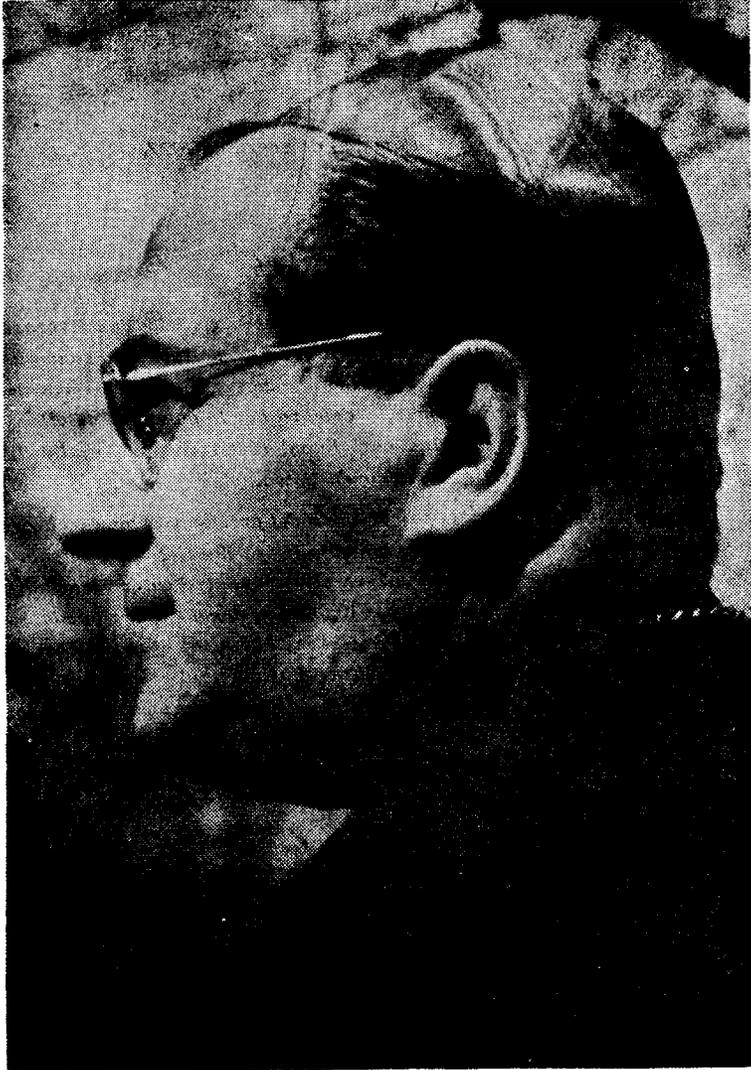
Ojalá que las palabras del Prelado que tanto quiso y tanto lustre dió a su Iglesia de Talca y a Chile continúen siendo meditadas y las lecciones de su vida no sean olvidadas.

Reciba, carísimo don Pedro, mi afectuoso saludo y mi bendición.

Reverendo
Pbro. D. Pedro de la Noi B.
Profesor en la Universidad Católica de Chile

+ S. Card. Baggio

Santiago



*Cardenal Sebastián Baggio, Nuncio en Chile
del 1 - VII - 1953 al 12 - V - 1959*

INTRODUCCION

Damos a luz el segundo volumen de *Mons. Manuel Larraín, Escritos Completos*.

La gran cantidad de escritos sobre espiritualidad y sobre liturgia nos obligó a alterar nuestro plan primitivo. En este tomo publicaremos sólo aquellos que se refieren a *La Iglesia en su liturgia*; el tercer tomo se referirá a *La Iglesia en su espiritualidad*; y finalmente, el cuarto será sobre *La Iglesia en el mundo*.

El legado litúrgico de Mons. Larraín

El legado litúrgico de Mons. Larraín podemos encontrarlo en tres ámbitos:

- el de su vida íntima, personal;
- el de sus realizaciones;
- el de sus escritos.

Si bien estas tres áreas de su vida y actividad litúrgica se encuentran íntimamente unidas, nos parece clarificador distinguirlas.

a) *Vida íntima.*

¿Cuándo despertó el interés del Obispo por la Liturgia? ¿Cuál fue el itinerario interior de su vida litúrgica?

Ateniéndonos exclusivamente a sus escritos, cabe remontarse a sus tiempos de seminarista. En un manuscrito de 1926, con ocasión de la ordenación de subdiácono, se preguntaba:

“¿Comprendes en esto algo de su grandeza y sublimidad? Es nada menos que la prolongación aquí en la tierra de ese himno de alabanza que Jesús entonó en honor de su Padre y que la Esposa Santa de Jesucristo recogiendo de sus labios ha de continuarlo como el himno más sublime de adoración y de amor hasta la consumación de los siglos.

“¡Videte vocationem vestram!” (Ved vuestra vocación). Contempla el cargo que la Iglesia te confiere: cantar a nombre de Ella, uniendo tu voz al Pontífice Supremo, a Obispos eminentes y sacerdotes santos las alabanzas de aquel Cordero inmolado que...” (1).

Era el alcance litúrgico de esta ordenación que lo acercaban al sacerdocio lo que despertaba su atención, era la captación de la Liturgia como acto de amplia comunión eclesial.

Y concluía en aquel manuscrito:

“Sea, pues, el rezo de tu divino oficio junto con la Santa Misa y el cumplimiento fiel de tus obligaciones la fuente de donde proceda una santa vida sacerdotal empleada toda en la salvación de las almas y en la extensión del Reinado Social del Corazón Sacratísimo de Cristo” (2).

Nótese cómo el apóstol social de años más tarde ubica la fuente de la extensión del Reinado Social de Jesucristo precisamente en la liturgia.

Casi cuarenta años más tarde, al acercarse su partida de este mundo, hace tres recomendaciones en su *Testamento Pastoral* para vivir y hacer vivir el misterio de la Iglesia: la primera de todas se refiere a la Liturgia:

“Orad con la Iglesia. La oración es la voz de la Esposa. Su clamor llega hasta Dios. Trabajad todos, sacerdotes y fieles para dar a la Liturgia de la Iglesia su lugar en la vida cristiana. Para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia. He tratado modestamente de luchar por la vida litúrgica. Quiero que mi última palabra sea para que sigáis adelante en esta empresa...” (3).

Por otra parte, cuando da un bosquejo de la personalidad de Mons. Juan Subercaseaux, con ocasión de los diez años de su muerte, refleja como en un espejo su ideal personal, en estos términos:

“Amó a la Iglesia en su culto, en cuya participación activa señaló el Beato Pío X “la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano” e hizo gustar las riquezas escondidas en su liturgia, donde el hombre aprende a orar a Dios en la belleza. El movimiento litúrgico de Chile, magnífica realidad hoy día, tuvo en Mons. Subercaseaux su principal impulsor. Participación inteligente y activa en los divinos oficios, sentido de comunidad cristiana que eleva en una sola voz su plegaria, destierro

(1) *La Iglesia en su vida íntima*, p. 306.

(2) *Ibid.*

(3) *La Iglesia en su vida íntima*, p. 30.

de las fórmulas vacías de sentido y verdadero canto que expresa al Señor en una forma digna el gemido del corazón, tal fue la acción intensa que él desarrollara entre el clero y fieles, para hacer que la "sancta plebs christiana" hablara a Dios con la hermosa y alegre alabanza, "jucunda decoraque laudatio (la hermosa y alegre alabanza) del salmista. No era tan sólo delicado sentimiento artístico el que lo impulsaba en este trabajo, cargado de incomprendiones y dificultades; era la visión de su vida que se desarrollaba en esta obra restauradora, porque como su maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella" (4).

Pocos escritos nos parece que reflejan como éste el propio ideal de Mons. Larraín; pareciera que estaba hablando de sí mismo...

b) *Ambito de realizaciones.*

Diez años después de la muerte de Mons. Larraín, el historiador benedictino, Padre Gabriel Guarda, lo describe en los siguientes términos:

"No es extraño así, que su vocación por la vida de oración sea una de las características centrales de la inmensa mayoría de sus escritos. Sabemos que en un momento determinado de su vida, por 1927, antes de retornar desde Roma a Chile, pensó seriamente, junto con su entrañable amigo Juan Subercaseaux, entrar en la Abadía benedictina de Quarr, en Inglaterra, para dedicar toda su existencia a la sola contemplación de Dios" (5).

Y Mons. Vicente Ahumada, vicepresidente de la Comisión Litúrgica de Chile, nos dice:

"Entendió a la Iglesia en su 'verticalidad'; Iglesia Santa porque Cristo está en ella inspirándola y moviéndola por el soplo y vitalidad de su Espíritu.

Esa comprensión lo hizo el Presbítero y Obispo pionero e inspirador de la Liturgia. Exhortó al Clero y a los laicos para que comprendieran que el ejercicio del sacerdocio común, como el sacerdocio ministerial, tienen la cumbre de su expresión en la celebración litúrgica, que es fuente y meta de la actividad cristiana" (6).

Pero detrás de estos autorizados testimonios están sus realizaciones concretas:

Su participación en las "Semanas Litúrgicas" de Chile fue decisiva, siendo importante promotor de la primera de ellas, en 1929, sólo dos años después de llegar de Roma a Chile, auspiciada por la Universidad Católica.

(4) *La Iglesia en su vida íntima*, p. 358.

(5) *Teología y Vida*, XVII (1976), p. 302.

(6) Texto aún no publicado.

También en Talca promovió las Semanas Litúrgicas Diocesanas, destacándose entre ellas las de 1963 y 1965.

En la misma Universidad Católica dictó, en esa época, varios cursos de liturgia; por ejemplo: en la Escuela de Servicio Social, dependiente de esa casa de estudios.

A fin de integrar en forma más activa a los laicos en el movimiento litúrgico, formó un grupo de "oblatos benedictinos" —especie de orden tercera— contando entre sus miembros a Jaime Eyzaguirre, Jaime Santa María, y otros.

Su librito *Alabanzas del Señor*, que contiene una pequeña parte del Oficio Litúrgico, fue ampliamente difundido en retiros espirituales y encuentros de Acción Católica.

Otra realización importante, a nivel diocesano, fue la Catedral de Talca que, más allá de su construcción material, significó un proceso de educación del espíritu litúrgico en su Diócesis.

Intervino personalmente en la venida a Chile de los monjes benedictinos de Solesmes (Francia) y Quarr (Inglaterra) y posteriormente, de Beuron (Alemania), que echaron las bases del actual Monasterio de Las Condes.

Reconocimiento de su acción en el campo litúrgico fue el nombramiento que le fue otorgado de primer presidente de la Comisión Litúrgica Nacional.

c) *Los Escritos*

El pensamiento escrito referente a la liturgia se encuentra distribuido en folletos, que dicen relación, generalmente, a aspectos generales, como la relación entre la piedad y la liturgia, la participación de los cristianos en la Misa, etc.; en pastorales, las más de las veces, con ocasión de las festividades y tiempos del año litúrgico; en artículos publicados en el Diario *La Mañana*, de Talca.

En los aspectos metodológicos, para su presentación, nos hemos guiado fundamentalmente por las pautas indicadas en el volumen I (p. 21).

Nuestra última palabra introductoria es para agradecer la estimulante y comprometedora acogida de tantos y tan calificados lectores al tomo anterior.

**ASPECTOS GENERALES
DE LA
LITURGIA**

La Liturgia: sus fundamentos

Los seis escritos siguientes, que se refieren a "Aspectos Generales de la Liturgia", se complementan entre sí:

— *EL ALTAR, el primero en el tiempo, permanece en aspectos externos de la Liturgia; hay en él una atención tal vez exagerada a la letra de las reglamentaciones, no rara en la época, pero que trasunta una inmensa devoción por la Casa del Señor y por las cosas de su culto.*

— *PIEDAD Y LITURGIA, escrito unos años después —y reeditado posteriormente— es fundamental: centra en la esencia de la Liturgia y en sus fuentes, particularmente en la Biblia.*

— *LA LITURGIA CREADORA DE UN ORDEN NUEVO destaca la fuerza transformadora y la proyección a los diversos ámbitos de la vida, que despliega la acción litúrgica.*

— *LA MISA. LA PARTICIPACION ACTIVA DE LOS FIELES señala la dimensión comunitaria de la Liturgia y, más específicamente, de la Misa y da normas prácticas para concretarla.*

— *OREMOS CON LA IGLESIA. LA ALABANZA DE DIOS es un intento de incorporación práctica de los fieles a la oración litúrgica de la Iglesia, precedido de una breve fundamentación.*

— *EL AJUAR LITURGICO. PONENCIA EN EL CONCILIO VATICANO II, finalmente, es la concreción de un ideal evangélico de pobreza y sencillez reflejada en determinados "signos".*

EL ALTAR (1)

(1929)

Así como la Santa Misa es el centro de toda la liturgia, así el altar es el centro del templo cristiano. Podemos concebir, y de hecho existen, iglesias sin reserva eucarística, no podemos en cambio, ni siquiera imaginar un templo sin altar; sería como un cuerpo sin alma, como uno de esos vastos salones donde se celebran los oficios protestantes en los cuales se siente el vacío de un rito que no toma su fuerza y su calor del "igne Altaris" (2) de que nos habla el Apocalipsis. El altar es el corazón de nuestras iglesias,

"toda la arquitectura de esta grande obra, dice un autor, extiende y cruza sus líneas, dispone sus armonías alrededor del altar, todo en la Iglesia está ordenado con relación al altar; las ventanas que le iluminan, las capillas que le circuyen, los arcos que le demuestran, las torres que le señalan los ministros que le sirven, el incienso que le envuelve" (3).

La importancia que el altar tiene en el culto nos obliga a cuidar con especial esmero de esta pieza capital del mobiliario eclesiástico, a velar por su conservación y esplendor ateniéndonos cuanto más estrictamente podamos al cumplimiento de las prescripciones litúrgicas y al espíritu con que la Santa Iglesia ha dictado estas normas guiada siempre por el deseo de dar a Dios el culto debido de adoración y de alabanza. "Deo nostro sit jucunda, decoraque laudatio" (4).

Dividiré este artículo en dos partes, en la primera hablaré del altar propiamente dicho, en la segunda trataré de sus accesorios y ornamentación.

(1) *Revista Católica* (1929), p. 325 - 330; 487 - 491.

(2) tr.: "fuego del altar".

(3) Citado por J. Guzmán, en *Valor Educativo de la Liturgia Católica*.

(4) tr.: "Que nuestra alabanza a Dios sea alegre y hermosa".

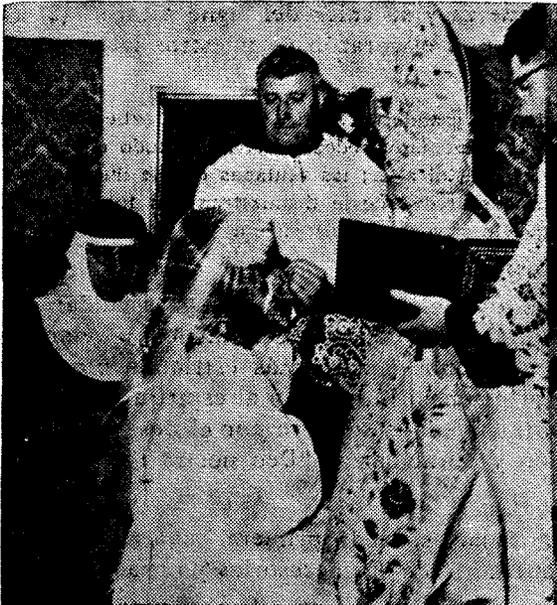
I. EL ALTAR Y SUS PARTES

1. *Historia.*

El altar que toma su nombre de "alta ara" o "alta res", según otros, ha existido desde los comienzos de la Iglesia. El primer altar en que se consagró la Eucaristía fue la mesa del Cenáculo, el primero en el cual se inmoló Cristo fue la Cruz, ambos de madera para que se realizase lo que la Iglesia canta en su himno de Pasión, "un árbol nos trajo el pecado y otro nos trajo la salud" (5); por esta razón fueron igualmente madera los altares de la primitiva Iglesia.

El concepto del altar es en los dos primeros siglos el de *ara* donde se renueva el sacrificio y el de *mesa* en que la comunidad cristiana participa de la víctima inmolada.

Las epístolas de S. Pablo a los Corintios y Hebreos (6) y las descripciones de S. Ignacio Mártir (7) nos dan a conocer esta costumbre, descripciones que se han visto confirmadas por los frescos descubiertos en las catacumbas, especialmente el conocido con el nombre de "fractio panis" (8) y dos que explica Wilpert en su célebre obra (9)



Signo y palabra:

hermanados en la Liturgia.

(5) Mimno de la oración de Vísperas *Vexilla Regis*.

(6) *Hbr.* 13, 10.

(7) *Contra haereses*, libro IV, P. G., Col. 1029.

(8) tr.: "la fracción del pan".

(9) *Le pitture*.



Condecoración de la Municipalidad de Curicó: Anverso y reverso de la medalla.



Oleo que se conserva en la casa provincial de las Religiosas de Santa Marta en Santiago.

Los altares de madera continuaron en uso por varios siglos, la primera prohibición a este respecto es la de un concilio de París en 509, renovada en 511 en el concilio de Epaona e insertada más tarde por Graciano en su decreto. Desde entonces es obligatoria la celebración de la Misa sobre altares de piedra; el origen de esta disposición parece ser la costumbre de celebrar el Santo Sacrificio sobre la tumba de los mártires el día aniversario de su "depositio". La conveniencia de unir en un mismo recuerdo al Salvador y a los que por El han dado la vida, apraece elocuentemente demostrado por S. Máximo de Turín:

"Convenienter igitur, et quasi pro quodam consortio ibi martiribus sepultura decreta est ubi mors Domini quotidie celebratur. Non inmerito igitur inquam, velut consortio quodam illic est tumulus constitutus, ubi occisionis dominicae membra ponuntur; ut quos cum Christo unius passionis causa devixerat, unius etiam loci religio copularet" (19).

El incremento que en el siglo IV tomó la devoción a los mártires hizo que cada iglesia quisiese poseer una reliquia de ellos y para conservarla con la debida veneración construía una "confessio" sobre la cual se erigía el altar.

Un nuevo concepto, el de *sepulcro*, se añade desde esa época al altar cristiano. Desde entonces el altar no ha perdido su carácter de tumba o sepulcro, Félix I manda que no se celebren Misas sino sobre las tumbas de los mártires y S. Ambrosio declara que levantará una basílica "si es que encuentra reliquias de mártires". En la actual disciplina está prescrito que haya reliquias, consta del Pontifical romano y de los Decretos de la Congregación de Ritos de los años 1886 y 1837, estas reliquias deben ser de santos aprobados por la Iglesia, no siendo lícito, según opinión del Cardenal Gasparri, colocar reliquias de beatos. Para la validez de la consagración bastaría la reliquia de un solo mártir, aún cuando es más conforme con el Pontifical el colocar dos (11).

Para dar una rápida ojeada a la evolución del altar desde la paz constantiniana hasta el siglo XVIII se pueden distinguir tres períodos principales, el primero llega hasta la mitad del siglo nono y el segundo hasta el siglo décimo cuarto.

El primer período se caracteriza por un gran respeto hacia la sagrada mesa, que debía servir únicamente para el sacrificio. Fuera de la oblata y de los objetos estrictamente necesarios no era permitido colocar nada sobre él, todo lo accesorio y ornamental era puesto fuera de la mesa sagrada. El altar era generalmente en forma de mesa cuadrada o cúbica cobijada bajo el

(10) tr.: "De modo conveniente, pues, y en cierto sentido por una cierta asociación, se ha establecido que la sepultura de los santos se encuentre en el lugar donde la muerte del Señor se celebra cada día. No sin razón, pues, por cierta asociación, se coloca el túmulo ahí donde se encuentran los miembros de Cristo muertos; para que aquellos que la religión unió a la pasión de Cristo, los junte también a él en un mismo lugar".

(11) S. C. R., Nº 4180.

“ciborium”; éste era una especie de baldequín sostenido por cuatro columnas, tal como se ve hoy día en las basílicas romanas. Del ciborium pendían riquísimas colgaduras, comúnmente conocidas con el nombre de “tetravela” destinadas a resguardar el altar e inspirar mayor respeto hacia él, de modo que llegase a considerársele como una especie de “sancta sanctorum”.

Hacia la mitad del siglo nono comienza el uso de poner relicarios sobre los altares, o de colocar a la vista los cuerpos de los mártires, lo que trae como consecuencia la pérdida del primitivo carácter del altar, que era de servir únicamente al sacrificio y de ser solamente trono de Dios. El tercer período, que comienza en el siglo XIV, se caracteriza por la acumulación y multiplicación de todo lo que es accesorio con detrimento del altar mismo. Se pusieron varias gradas sobre el altar, el tabernáculo del Santísimo Sacramento que en el período precedente se conservaba fuera del altar pasó a tener sobre él su colocación, se dio especial importancia a los retablos haciendo que la atención de los fieles se dirigiera a éstos y no a lo que constituye la parte principal, cual es, el ara santa donde se inmola la Víctima divina.

2. Las prescripciones de la Iglesia concernientes a los altares se refieren principalmente a la erección, materia y forma de ellos; trataremos brevemente cada uno de estos puntos.

La erección.— Ningún altar para el Santo Sacrificio puede ser erigido sin consentimiento del obispo, debiendo igualmente éste consagrar los altares fijos según lo dispuesto por los cánones 1199 y 1155. Respecto a las aras portátiles pueden ser consagradas por cualquier obispo.

El rito de la consagración de un altar corresponde al empleado en la dedicación de un iglesia quitados naturalmente los ritos y fórmulas que se refieren al templo.

Al erigirse un altar se tiene siempre en vista el honor y culto a Dios, pero esto no impide, aún más, está prescrito que el altar fijo sea dedicado a algún santo o misterio debiendo el altar mayor serlo al titular de la iglesia. (can. 1201). La Sagrada Congregación de Ritos, por los decretos 712 y 3732, prohíbe que en un mismo templo existan dos altares bajo idéntico título, lo cual no impide que en una misma iglesia haya varios altares a la Sma. Virgen bajo diversas advocaciones. Podría presentarse la duda si es permitido erigir en una iglesia un altar a la Virgen de Lourdes o de la Medalla milagrosa existiendo ya uno en honor de la Inmaculada, la Sgda. Congregación por decreto 3791 respondió a este caso, diciendo que era permitido siempre que “representetur cum omnibus apparitionis adjunctis” (12).

Sin permiso de la Santa Sede no se pueden erigir altares a los beatos (can. 1201), como tampoco es permitido dedicarlo a los santos del Antiguo Testamento.

3. Por razón de la forma el altar puede ser fijo o portátil, el primero según lo define el código (can. 1197) es “mensa superior una cum stipitibus

(12) tr.: “siempre que se les represente con todas las circunstancias de la aparición”.

per modum unius cum eadem consecratis” (13). Solamente estos altares pueden ser consagrados con el rito solemne a que antes aludimos.

La materia del altar debe ser de piedra natural, dura y compacta. Dos cosas debemos considerar en el altar fijo, la mesa y la base. Respecto a la primera diremos que el trozo de mármol que va a consagrarse debe ser de una sola pieza y estar unida a la base, extendiéndose sobre toda ella según el canon 1198 expresamente lo declara: “tabula seu mensa lapidea ad integrum altare protendi debet” (14).

El altar portátil, llamado también ara portátil “intelligitur petra ut plurimum parva, quae sola consecratur” (15), debiendo al menos, contener la hostia y la mayor parte del pie del cáliz, aunque es conveniente sea mayor para poder colocar también el copón cuando deban consagrarse hostias. Las normas de la visita pastoral prescriben no sea menor de 33 x 25 cm.

Entre el altar fijo en sentido litúrgico y el portátil en sentido riguroso, se encuentra el altar fijo en sentido menos propio, generalmente usado en las iglesias y oratorios públicos. Es aquel que sin haber sido litúrgicamente consagrado es en su estructura igual al fijo estando firmemente adherido al pavimento, a una columna o pared; la mesa puede ser de madera, mármol u otro material sólido debiendo llevar colocado en medio la piedra de ara.

En las iglesias y oratorios no se pueden erigir altares portátiles en sentido estricto (decr. 3978), pero es permitida la erección “ad modum fixi” (16).

4. *Execración del altar.*

Siendo absolutamente ilícita la celebración sobre un ara no consagrada (can. 1199), y pudiendo suceder con ocasión de reparaciones u otro trabajo semejante el que un altar pierda su consagración, expondremos brevemente las causas por las cuales puede éste quedar execrado.

Tanto el altar fijo como la piedra de ara pueden perder su consagración por las siguientes causas comunes a ambos:

a) Por una fractura enorme o notable; p. ej., si la piedra se rompiese al medio o en el lugar de la cruz ungida con los santos óleos, o aún si la piedra estuviese trizada “ad istar fili” (17), aunque permanezca intacto el sepulcro “si tenui scissura laboravit quae per medium integrum lapidem decurrit, licet sepulcrum non fuerit violatum” (18).

b) Cuando fueren movidas las reliquias o retirada la cubierta del sepulcro aún cuando las reliquias no se muevan. Sólo el obispo o un delegado suyo pueden remover la cubierta sea para cambiarla, sea para inspeccionar las reliquias.

(13) tr.: “la mesa superior juntamente con su base, consagrada con ella como si fueran una sola cosa”.

(14) tr.: “la tabla o mesa de piedra debe extenderse a todo el altar”.

(15) tr.: “se entiende la piedra, generalmente pequeña, que es consagrada sola”.

(16) tr.: “a semejanza del fijo”.

(17) tr.: “a modo de una grieta”.

(18) tr.: “si ha sufrido una tenue quebradura que recorre la totalidad de la piedra por el medio, aunque el sepulcro no haya sido violado”.

El altar fijo a su vez queda execrado por las siguientes causas:

a) Si la mesa es separada, aún momentáneamente de su base o de las columnas que la sostienen (decr. 3599 y 3605). En este caso puede conceder el obispo que un simple sacerdote repita la consagración con rito más abreviado (can. 1200).

b) Si el altar fuese transportado aunque sea pocos metros y aún cuando no se moviese la mesa y no se tocase el sepulcro perdería, sin embargo, la consagración (decr. 3504).

Por último, tanto el altar fijo como el portátil quedan profanados cuando debajo de ellos es enterrado un cadáver sin observar la debida distancia de la mesa (1 metro) no pudiendo celebrarse la Sta. Misa mientras el cadáver o huesos no hayan sido retirados. El canon 1202 es terminante en esta materia:

“subtus altare nullum sit reconditum cadaver, cadavera autem quae prope altare sepulta forte sunt, distent ab eo saltem spatio unius metri, secus Missam in altare celebrare non licet, donec cadaver removeatur” (19).

Nótese como dato curioso, que una de las fuentes de este canon es un decreto de la S. C. R. en 21 de abril de 1873 al Arzobispo de Santiago de Chile.

5. Terminaremos lo referente a la erección del altar, recordando algunas prescripciones que deben observarse en su construcción.

El altar cristiano que en la primitiva iglesia era bajo, a imitación del judaico (20), debió después ser colocado en alto para recordar mejor el monte del sacrificio donde Ntro. Señor fue inmolado. El altar debe estar levantado del suelo y como recuerda la Instr. fabric. (lib. I cap. XI):

“gradus tres adhibeantur ubi vero pro ecclesiae altarisque majoris amplitudine gradus plures esse possint, ibi quinque extrui poterunt” (21).

En cuanto al altar mayor debería estar separado del muro a fin que pudiera observarse la rúbrica del pontifical *“Pontifex circuit septies tabulam altaris”* (22) y si la iglesia estuviese orientada debería colocarse el altar de modo que el celebrante estuviese vuelto hacia el oriente.

Sobre esta última disposición tan llena de profundo significado y tan olvidada hoy día, conviene notar que aunque la Iglesia nunca ha prescrito formalmente dirigir los templos hacia el oriente, sin embargo, al ser posible, sería mucho más conveniente seguir la tradición primitiva que encontra-

(19) tr.: “Que bajo el altar no se encuentre ningún cadáver, los que puedan encontrarse cerca de él, que disten por lo menos un metro; de lo contrario no está permitido celebrar Misa en tal altar hasta que sea removido el cadáver”.

(20) Ex. 20, 26.

(21) tr.: “Háganse tres gradas; donde la amplitud del altar mayor permita más, pueden ponerse cinco”.

(22) tr.: “El Pontífice gira siete veces alrededor del altar”.

mos explícitamente consignada en las Constituciones Apostólicas “*aedes sit oblonga ad orientem versa*” (23).

II. ORNAMENTACION DEL ALTAR

En la primera parte de este trabajo consideramos el altar, propiamente dicho, en ésta veremos los objetos que le sirven de ornato y que en cierto sentido lo complementan.

1. *La Cruz*

Dominando la asamblea cristiana reunida para el sacrificio, se alza la cruz en el centro del altar. Ella debe recordar continuamente al celebrante la Pasión de Cristo Nuestro Señor. Las actuales prescripciones sobre el uso de la cruz, se encuentran en dos textos, uno de las rúbricas del misal, otro del ceremonial de obispos; de ellos se deduce: 1º) debe llevar la imagen de Nuestro Señor; 2º) debe estar en medio de los candelabros, sobrepasando a éstos en altura, de tal modo, que pueda ser vista por el pueblo con comodidad.

La visita apostólica prohíbe las cruces cuyo palo vertical tenga menos de 40 cm., y el transversal, menos de 22, exigiendo mayor tamaño en las cruces del altar mayor.

Los altares en cuyo retablo se encuentra una imagen grande de Jesús Crucificado, no necesitan tener un nuevo crucifijo. Acerca de la colocación de la cruz, conviene recordar que en los altares, cuya estructura impide ponerla entre los candelabros, se ha concedido el colocarla sobre el tabernáculo, pero no delante de la puerta del mismo o dentro del templete donde se expone el Santísimo Sacramento, como a menudo se ve en muchas iglesias. La cruz del altar puede ser de cualquier materia, y no es necesario bendecirla; en caso que quisiese hacerse, debe bendecirse privadamente con la fórmula para bendición de imágenes.

Ningún ornato mejor para el templo y altar cristianos, que el signo de nuestra redención, “levantada sobre nuestros altares, dice un autor, es el memorial de la Pasión de Cristo, el recuerdo del primer altar en que se inmoló el Cordero inmaculado, el ara en que derramó su sangre, con la que borró la escritura de nuestra condenación y la taladró en la Cruz, “*delens quod adversus nos erat chirographum decretum, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci*” (24).

Por esta razón la Iglesia con sus prescripciones, trata de dar al crucifijo el lugar de honor que le corresponde, por esto en sus decretos, la Sagrada Congregación reprueba el abuso de colocar cruces apenas visibles pa-

(23) tr.: “Que el edificio esté orientado hacia el oriente. Migne, P. G., T. I, col. 723.

(24) Col. 2, 14.

ra dar lugar a otras imágenes u adornos, disponiendo que donde esta costumbre se extienda *ordinarius loci provideat juris el factis remediis* (25), a fin de que no se someta lo principal y necesario a lo accesorio y secundario.

2. Candelabros.

“La Iglesia en el Santo Sacrificio, dice Jacob en su célebre obra *“El arte al servicio de la Iglesia”*, y en casi todas sus funciones emplea la luz, no tanto para disipar las tinieblas, como por causa del simbolismo que encierra. Ella, en realidad, ve en la luz la imagen de Aquél que es luz de luz, luz del mundo, sol de justicia; Jesucristo, la imagen de su palabra luminosa, de su gracia redentora, de su amor que se consume en el sacrificio, imagen, en fin, de aquella luz de la gloria que existe en la Iglesia del cielo, donde ya no hay necesidad de sol *sed lucerna ejus est Agnus*” (26).

El uso de los candelabros lo encontramos ya en la antigua Ley, donde vemos que Salomón colocó diez de oro purísimo en el templo que había edificado sabresaliendo entre todos el célebre de los 7 brazos, transportado más tarde a Roma, por orden del emperador Tito. Sabemos que tampoco faltaron en la primitiva Iglesia, como se ve en las *Actas de los Apóstoles* (27), y como igualmente se lee en las vidas de los Papas San Silvestre y San Hormisda, en las cuales se habla de candelabros de oro, plata y bronce para el culto. Pero el uso de candelabros colocados permanentemente en el altar, es relativamente reciente, no remontándose a más de cuatro siglos; anteriormente eran sostenidos por los acólitos o colocados en el pavimento o sobre una mesa especialmente destinada a este fin, costumbre que aun se refleja en las ceremonias de la misa solemne y en el oficio coral.

Pueden ser hechos

“vel argentea, vel ex aurichalco, vel ex cupro, aut ex ligno, deurata tamen, aut decens saltem, prouti ecclesiarum facultates sinunt et relativa festorum sollempnitas” (28).

El número de los candelabros es de seis para el altar mayor, y de cuatro o dos para los altares menores si no se celebra ordinariamente en ellos. Cuando celebra pontificalmente el obispo diocesano, se debe colocar un séptimo candelabro detrás de la cruz. Si con ocasión de la exposición del Santísimo Sacramento se colocasen varios candelabros de brazos, éstos en ninguna manera podrán suplir a los prescritos.

(25) Dect. 2621.

(26) tr.: “. . . sino que su luz es el Cordero”.

(27) *Hch.*, 20, 8.

(28) tr.: “de plata, dorados, de cobre o de madera, pero dorados y guardando la decencia y de acuerdo a las autorizaciones de las diversas iglesias y a la solemnidad de las fiestas”, *Eph. lit.*, a IX, p. 34.

La posición de los candelabros es sobre la mesa o gradas del altar, nunca fuera *et contrarius usus etsi anticus abolendus erit* decretó la Sagrada Congregación de Ritos (29).

Los candelabros del altar son reservados para uso exclusivo del mismo; por lo tanto, no pueden ser colocados alrededor de catafalcos o en otras funciones.

Frontal. El frontal que lleva también los nombres de antependium o palio, sirve para cubrir la parte anterior del altar y tiene origen, según parece, en la cortina que escondía las sagradas reliquias contenidas al pie del mismo.

Desde el siglo XI se introdujo la costumbre de adornar la parte anterior del altar, y aquí tuvieron su origen los riquísimos frontales que aún causan nuestra admiración como la "palla d'oro" de S. Marcos, en Venecia, el célebre "palleoto" de la catedral de Milán, o los de Vich y Zaragoza.

Se encuentra prescrito en las rúbricas del Misal y en el ceremonial de obispos, *palio quoque ornetur, coloris, quod fieri potest, diei festo vel officio convenientis* (30). El frontal no es obligatorio cuando el altar es en forma de tumba o tiene su parte anterior de mármol o decorada. El material para construirlos puede ser metal, madera o seda; en este último caso deben cambiarse según el color del día, advirtiendo que en el altar del Santísimo Sacramento, durante la misa de difuntos, no debe ponerse nunca el frontal negro, sino el violáceo.

Están prohibidos los frontales pequeños que cubren solamente una parte del frente, según aparece del decr. 4.000, en el cual se proscriben *parvum antependium, circa dimidium metri habens ex quavis parte, quod suspenditur in medio altaris*.

El antependium da al altar sobriedad y elegancia, imprimiendo más fuertemente en el ánimo de los fieles el espíritu de la Iglesia en ese día.

3. *El uso de las flores en el ornato del altar.*

El Ceremonial de obispos en su Libro I, dice: *rascula cum flosculis, frondibusque adoriferis, seu serico contextis, studiose ornata adhiberi poterunt* (31).

Lo primero que debemos recordar en esta materia es que la Iglesia no obliga en ningún modo a usar flores en el altar, se reduce solamente a permitir las; no existe ningún decreto que obligue a adornar los altares y los que sobre esta materia se han dado, han sido sólo para condenar los abusos.

Son absolutamente prohibidas las palmas de hojalata pintadas, las flores hechas de plumas y con muchísima mayor razón, las de papel. Cuando

(29) tr.: "...y el uso contrario aunque sea antiguo, debe ser abolido", Decr. 3137.

(30) tr.: "También la cubierta adórnese, si es posible, de color acorde a la fiesta y oficio del día", *Rubr. Gen.*, título XX.

(31) tr.: "Pueden ponerse cuidadosamente adornos de vasijas con flores, ramas olorosas o hechas de cera".

no es posible procurarse flores naturales es *tolerado* el uso de las flores artificiales que se encuentran en el comercio, como ser, flores de porcelanas, metal o paño.

Las leyes litúrgicas prescriben que los floreros estén colocados entre los candelabros o sobre las gradas superiores, pero nunca sobre la mesa misma del altar y aún menos delante del tabernáculo, como frecuentemente se ve en muchas iglesias.

Las flores deben ser quitadas del altar desde el Miércoles de Ceniza al Sábado Santo, desde la primera dominica de Adviento, hasta la Vigilia de Navidad, en los días de las cuatro témporas y en el de la Conmemoración de los fieles difuntos. Durante la Cuaresma y Adviento es permitido el uso de las flores en las dominicas IV y III respectivamente, además el Domingo de Ramos se aconseja adornar el altar con ramos de olivo y palma. También es permitido colocar flores cuando las fiestas de San José y de la Anunciación caen dentro de la Cuaresma, como igualmente en la exposición del Santísimo Sacramento.

Tales son las principales reglas litúrgicas con respecto al uso de las flores, ¿no sería conveniente recordar también algunas de estética? El profesor Barini, censor de la Academia Litúrgica Romana, en su obra *Catechismo litúrgico*, dice a este respecto:

“La estética requiere que el ornato del altar sea simple y decoroso; la simplicidad aleja los objetos que se amontonan y todo oropel o vano adorno; el decoro exige que todo sea conveniente a la majestad de la casa de Dios y emblema digno de la excelencia, nobleza y dignidad de nuestra santa religión como también signo de la grandeza de los misterios de la fe y de los preceptos del Evangelio. Un altar no debería admitir más de cuatro o al sumo, seis floreros”.

Las flores en nuestros altares son un símbolo de lo que debe ser nuestro corazón delante de Dios *bonus odor, odor vitae ad vitam*; el perfume de la vida de Cristo embalsamando nuestra vida y dando a otros la vida divina.

Digno de especial encomio es el trabajo emprendido por los benedictinos de la Abadía de Santa Otilia (Alemania), de fabricar floreros especialmente destinados para el culto.

Nada de mundano o profano debe aparecer en nuestros altares y así como en los vasos encontrados en las excavaciones griegas o egipcias, pueden fácilmente distinguirse los destinados al culto de un dios, de un rey o al uso común, así nuestros objetos religiosos deben llevar el monograma espiritual de Cristo.

Han sido fabricados una serie de seis diferentes floreros, sobre los cuales se ha inscrito en letras de oro: *Florete flores, Date odorem, Benedicite Dominum* (32), distribuidos de modo que sobre cada uno de ellos se encuentre una palabra. Sobre otra serie de cuatro se ha inscrito la siguiente frase: *Bonus odor Christi sumus* (33).

(32) tr.: “Floreced flores, dad olor, bendecid al Señor”.

(33) tr.: “somos el buen olor de Cristo”.

Esforcémonos por dar siempre al altar cristiano el lugar y la importancia que la Iglesia, a través de los siglos, le ha dado; el decoro del altar que resulta del atenerse estrictamente a las prescripciones litúrgicas, hará comprender mejor al pueblo su profundo significado acercándolo más a Aquél a quien el altar simboliza y todo esto contribuirá a vivir esa vida litúrgica intensa y sólida que es, al decir de S. S. Pío X, "el manantial primero e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (34).

U. I. O. G. D. (35).

(34) Motu proprio *Inter pastoralis officii*, 22 - XI - 1903.

(35) Ut in omnibus glorificetur Deus. Tr.: "para que Dios sea glorificado en todo".



En el altar, junto al alimento de la Eucaristía, el alimento de la Palabra de Dios.

PIEDAD Y LITURGIA (1)
(1931)

In spiritu et veritate...

Cuando un movimiento se produce en la Iglesia con caracteres de universalidad, cuando las almas encuentran en él algo que responde a sus más íntimas aspiraciones y anhelos y sobre todo cuando la Cátedra infalible de la verdad lo sanciona con su augusta aprobación, podemos decir sin temor que tal movimiento procede del Espíritu Santo que con su soplo vivificador anima a la Iglesia y con sabiduría infinita "conduce las cosas a su fin disponiéndolo todo suavemente" (2). Tal sucede con el renacimiento de fervor litúrgico, con ese anhelo de participar más íntimamente a la vida de Iglesia que cada día avanza más entre los fieles produciendo por doquiera consoladores frutos de piedad cristiana bebida en las auténticas y vitales fuentes que Cristo estableciera como manantiales purísimos para comunicar a las almas su vida.

Para muchos parecerá extraño el tema de este trabajo ya que el concepto que generalmente se tiene de la liturgia poco o nada dice a la formación de la piedad.

De hecho la palabra liturgia representa para algunos un coro de benedictinos o trapenses que en una centenaria abadía europea entona a media noche su canto de Maitines; otros, y esos son legión, a la voz de liturgia piensan en las rúbricas y ceremonias de la Iglesia, olvidando que éstas forman parte de aquélla, pero no la constituyen y creyendo por consecuencia, que esto es cosa que sólo interesa al clero; y no faltan, por fin quienes en la liturgia vean una manifestación de arte religioso, un fino sentimiento artístico que trata de embellecer el culto cristiano renovando arcaicos estilos e inmediatamente piensan en magníficas catedrales, ornamentos góticos, potentes coros gregorianos o armonios, acordes de una polifonía sagrada.

En la liturgia *hay algo de eso, pero no es eso*; la liturgia es una realidad mucho más vasta, y sublime, es el "culto exterior que la Iglesia da a Dios" la manifestación suprema de la virtud de la religión que liga al hombre con Dios ejercida por la sociedad única fundada por Cristo para cumplir esta misión; la Iglesia Católica nuestra Madre.

La liturgia considerada en esta forma no es una cosa accidental en la Iglesia, ni una escuela de ascesis más o menos recomendable, sino algo

(1) Santiago, Imp. San José, Colección "Ecclesia", N° 3, 126 p., 1ª edición: 1931.

(2) *Sb.* 8, 1.

esencial destinado a comunicar a las almas la vida de Cristo, a unir las por medio de Este al Padre celestial y a producir la flor de la virtud cristiana que es la piedad.

La brevedad del presente trabajo impide encerrar en el estrecho marco de unas pocas páginas los numerosos puntos que en la piedad se contienen y sólo puede reducirse a enunciar los principales conceptos que muestran no sólo la estrecha relación existente entre la liturgia y la piedad sino aún más, el hecho que de la liturgia brota la más sólida y tradicional devoción, aquella que apoyándose en las bases del dogma produce esa plegaria que junta a su carácter sobrenatural y divino el ser la expresión y el desarrollo más perfecto de la personalidad humana.

I. PRINCIPIOS DE LA PIEDAD LITURGICA

LA VOZ DE LA ESPOSA

1. *La liturgia nos hace orar con la oración de la Iglesia*

Jesús, Sumo y eterno Sacerdote de la ley nueva, vino a reconciliar con Dios a la humanidad pecadora y a ofrecer a nombre de ella a su Padre celestial los homenajes de adoración, gratitud, reparación e impetración que sólo un Dios podía en modo digno presentar.

“Yo sé que tú siempre me oyes” (3), pudo decir con absoluta confianza, porque bien conocía que nada más puro y santo podía ofrecerse al Eterno Padre que los homenajes de su Hijo Unigénito “en quien Este ha puesto todas sus complacencias” (4). Esa virtud de religión ejercitada por Jesucristo durante los años de su vida terrestre y continuada eternamente en el cielo donde “vive siempre interpelando por nosotros” (5), quiso encargarla aquí en el mundo a la Iglesia fundada por El para ser la continuadora de su misión y mediante la cual seguiría viviendo en medio de los hombres y comunicándoles por ella la vida divina.

La liturgia no es otra cosa sino el ejercicio oficial por parte de la Iglesia de la virtud de la religión, la realización de esa misión que Jesús le ha encargado continuar.

Este divino organismo, “cuya cabeza es Cristo, cuya alma es el Espíritu Santo y del cual nosotros somos los miembros, alza su voz al Padre y tiene su oración oficial que se llama la liturgia” (6): Piedad litúrgica será por tanto orar con la plegaria oficial de la Iglesia siguiendo el espíritu con que

(3) *Jn.* 11, 43:

(4) Cf. *Mt.*, 3, 17.

(5) *Hb.* 7, 25.

(6) Mon. Olgiati, *Il sillabario del Cristianesimo*.

ésta anima las diversas fiestas y tiempos del año, será el pedir no como individuo aislado sino como miembro de un cuerpo vivo, de una sociedad que sufre, trabaja, ama e implora. Es, en resumen, la piedad que se inspira y nutre de la liturgia. Su programa se compendia en esta fórmula: hacer participar al cristiano, estación por estación y casi día por día, los sentimientos de Cristo en los varios misterios que la liturgia expresa, para que así viva el hombre la vida íntima de Dios; su práctica se encuentra en la participación *activa* de los fieles en la oración pública y solemne de la Iglesia que Pío X, el gran restaurador de todas las cosas en Cristo, llamó “la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano” (7).

La importancia de la liturgia como fuente de verdadera piedad viene del hecho de ser la oración oficial y auténtica de la Iglesia y por tanto el medio más *seguro* para hacer que las almas vivan plenamente la vida cristiana y reciban todo el influjo santificador de Cristo.

Oración individual y social.

La oración en sentido general es: “la elevación de nuestra alma hacia Dios con el fin de cumplir con El nuestros deberes y pedirle sus gracias para glorificarlo siendo mejores” (8). Es, como decía S. Gregorio Niceno, una conversación con Dios, “*oratio conversatio sermocinatioque cum Deo est*” (9).

Expresión perfecta de nuestro amor y devoción, la oración desempeña en nuestra vida espiritual un rol de capital importancia. Puede en realidad decirse que ningún medio de perfección tiene igual eficacia como éste, pues es un resumen de los otros medios generales y produce en el alma que se consagra a ella maravillosos efectos. La oración en realidad, nos desprende de las creaturas y nos une totalmente a Dios transformándonos en El, produciendo así esa doble actividad que es el compendio de la perfección *cristiana*; muerte a sí mismo y vida para Dios “*mortui enim estis et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*” (10).

La oración puede revestir diversas formas, ser mental o vocal, privada o pública. La oración pública o social es la practicada por una colectividad o por un solo individuo como mandatario y representante de toda la colectividad. Ninguna forma de oración tiene una eficacia semejante a ésta, pues como dice Santo Tomás, “*Impossibile est preces multorum non exaudiri, si ex multis orationibus fiat quasi una*”. Es imposible que no sean oídas las preces de muchos, si de muchas oraciones se hace como una” (11).

La oración de la Iglesia es, pues, la más agradable al oído y al cora-

(7) *Motu Proprio*, del 22 - XI - 1904.

(8) Tanquerey - *Teología ascética*.

(9) Greg. *Orat. I de orat Domini*; P. G. XLIV.

(10) tr.: “ustedes están muertos y la vida de ustedes está escondida con Cristo en Dios, *Col.*, 3, 4.

(11) tr.: “Es imposible que la oración de muchos no sea escuchada, si de muchas oraciones se hace en cierto sentido una”, *Comment, in Math, c. XVIII*.

zón de Dios y por consiguiente la más poderosa. Feliz aquel que ora con la plegaria de la Iglesia, que une sus peticiones particulares a las de la Esposa de Cristo siempre escuchada amorosamente por su celestial Esposo. Así nos enseñó a orar Nuestro Señor: Padre nuestro y no Padre mío, danos, perdónanos, líbranos y no dame, perdónome, líbrame, para inculcarnos que la oración a El más acepta es la social y colectiva (12).

Así oraban los primeros cristianos. Cuando de noche en las sombrías catacumbas o en el modesto oratorio se reunían para asistir al sacrificio y recibir en él la Comunión, ellos se sentían verdaderos hermanos en Cristo, miembros de un mismo cuerpo, participantes de una misma vida, unidos entre sí en el organismo divino de la Iglesia y con Cristo y con la Iglesia ofrecían al Padre la hostia y el cáliz.

Así quiere también la Iglesia que continúe subiendo al cielo su oración "una voce" con una voz, como decimos en el prefacio de la Misa; y el gesto del Sacerdote que abre los brazos antes de la colecta (13) para unirlos en seguida no es sino el símbolo de ese otro gesto invisible con que la Iglesia nuestra Madre une en una sola plegaria las súplicas dispersas de sus hijos.

¿Quiere ésto decir que la Iglesia no reconoce otra forma de oración que la pública? De ninguna manera; hay una forma de oración, la individual o privada que cada persona hace cuando se recoge en sí misma pensando en Dios y meditando, tal oración no sólo no es superflua sino que es la *condición indispensable* para comprender y participar mejor en la oración litúrgica.

La Iglesia sin dejar de reconocer la libertad interior de que gozan las almas, permitiéndoles orar del modo y manera que más les convenga, no ha abandonado los actos del culto a la fantasía individual.

Cristo instituyó los Sacramentos y sus ritos esenciales, pero dejó a la Iglesia el cuidado de reglamentarlos o mejor dicho de organizar la oración oficial que es colectiva, revestida necesariamente de un elemento exterior y realizada por personas especialmente designadas; la *jerarquía* establecida por Cristo.

El fiel hijo de la Iglesia debe reconocerle este derecho, someterse a él dócilmente, aceptar de su mano como de la mano de una madre sabia y prudente esos ritos y esas fórmulas, tratarlos con soberano respeto, penetrarse de su profundo significado y unirse de corazón a ellos (14).

Como se ve después de lo dicho, la piedad litúrgica se inspira constantemente en la oración misma de la Iglesia. Aquel que por medio de un contacto continuo con esas oraciones penetra en su sentido, las hace alimento de su devoción y regla de su conducta, encentrará en ella la realización de las más legítimas y nobles aspiraciones de su alma y sobre todo en medio eficaz para progresar rápida y seguramente en la virtud.

Siendo, en efecto, la piedad litúrgica la devoción oficial de la Iglesia, su práctica constituye la expresión más sincera de nuestra fe religiosa. Por ella expresamos al Eterno Padre el homenaje de nuestra adoración y alabanza, en ella proclamamos a Jesucristo como único Mediador y fuente de to-

(12) Cfr. D. Gueranger, *L'année Liturgique*.

(13) Palabra que significa reunión y designa la oración de la S. Misa.

(14) Cfr. Olgiati, *op. cit.*

das las gracias, por ella reconocemos el poder santificador del Espíritu Santo y recordamos que esa comunicación de vida divina se realiza por el medio auténtico y único escogido por Cristo; la Iglesia Católica Nuestra Madre.

2. *La Liturgia nos hace orar con Cristo.*

La piedad litúrgica no es una fría recitación de fórmulas de oración eclesiástica sino un principio eficaz de unión con Cristo que por medio de la Iglesia continúa en el tiempo su oración. La Iglesia, por tanto, al orar no hace sino traducir en palabras los sentimientos que su divino Esposo le sugiere, razón por la cual la plegaria litúrgica es oración *con Cristo* y el que activamente toma parte en ella participa de los pensamientos y sentimientos de Jesús.

Dice un notable escritor español, Mons. Gomá: "en su sentido más íntimo la piedad no es más que la vida de Jesús en el cristiano. Jesús es el Emmanuel, Dios con nosotros; nuestra religión es piedad porque nuestro Dios es hombre como nosotros cuya benignidad y humildad apareció entre los hombres y que íntimamente trató con los hombres. La convivencia de Jesús con los apóstoles, la tierna amistad de Cristo con las almas sencillas de los discípulos tal como aparece en las páginas del Evangelio, nos dan el tipo de la piedad cristiana, así aparece también en las vidas de los santos: es el Rabboni de la Magdalena, el Resucitado que obliga a Tomás a meter su mano en la abertura del costado, es el Cristo que vive en San Pablo; el de los estigmas de S. Francisco, el de Teresa, Gertrudis y Margarita María. Esta vida de intimidad con Jesús es ley de la piedad cristiana; lo es primeramente de la oración: "dondequiera se junten dos o tres a orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellos" (15), lo es del Sacrificio; "haced esto en mi memoria" (16), la Eucaristía es el sacramento por excelencia de la intimidad con Jesús "el que comiere mi carne y bebiere mi sangre, está en Mí y Yo en él" (17). La vida sobrenatural se llama cristiana a causa del rol esencial que Cristo desempeña en ella, ya que la participación a la vida divina que la Trinidad Santísima nos confiere se realiza justamente por los méritos y satisfacciones alcanzados por Nuestro Señor Jesucristo.

Rol de Jesucristo en la vida espiritual.

Conviene esclarecer algo más este punto tan olvidado hoy día y cuyo desconocimiento ha traído tan grandes males a las almas; lo haremos brevemente siguiendo la doctrina del gran maestro de vida cristiana, San Pablo.

(15) *Mt.* 18, 19.

(16) *Lc.* 22, 19.

(17) *Jn.* 6, 56.

“Es en Cristo donde Dios nos ha elegido antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancha en su presencia por la caridad; habiéndonos predestinado a ser hijos suyos por Jesucristo a gloria suya por un puro efecto de su buena voluntad, a fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos a sus ojos *en su Hijo muy amado*” (18).

Tal es el plan divino sobre nosotros. Según el pensamiento de San Pablo ese plan puede reducirse a estas grandes líneas que forman su estructura: a) Dios quiere comunicarnos su propia santidad: “Dios nos ha escogido para ser santos e inmaculados” (19), esta santidad consiste en una vida de hijos adoptivos, vida de la cual la gracia es el principio y el carácter sobrenatural: “Dios nos ha predestinado a ser sus hijos de adopción” (20); c) por último, este misterio inefable no se realiza sino “*por Cristo Jesús*” (21), en El se encuentra la fuente de toda perfección. Toda la santidad que Dios ha destinado a las almas la ha depositado en la humanidad de Cristo; es por tanto en esa fuente donde debemos nosotros buscarla.

Jesucristo es la causa meritoria, ejemplar y vital de nuestra santificación ya que El nos ha alcanzado por sus méritos el derecho a la gracia y a la gloria, con sus ejemplos nos ha enseñado el modo de santificarnos y constituido como cabeza del cuerpo místico derrama en sus miembros la plenitud de vida divina que en El reside. San Cipriano resume admirablemente estas verdades (22):

“Con Cristo hacemos el camino marchando tras sus huellas, Cristo es nuestro guía y la antorcha ardiente que ilumina nuestros senderos, el autor de nuestra salvación que nos conduce al cielo, hacia el Padre, y promete el triunfo a aquellos que lo buscan en la fe. Lo que actualmente es El en la gloria lo seremos nosotros un día, si por la imitación fiel de sus ejemplos nos hacemos verdaderos cristianos o sea otros Cristos” (23).

Causa satisfactoria y meritoria.

Al decir que Jesús es causa meritoria y satisfactoria de nuestra vida espiritual indicamos que Cristo es para nosotros fuente de gracia ya que con su vida, pasión y muerte ha pagado nuestras deudas a la divina justicia y ha merecido todas las gracias que en el curso de nuestra vida nos aplica por medio de su Iglesia.

(18) *Ef.* 1, 4 - 6.

(19) *Ef.* 1, 4.

(20) *Ga.* 4, 5.

(21) *Rm.* 2, 16, etc.

(22) Sn. Cipriano, *De Idolorum Vanitate* (De la vanidad de los ídolos).

(23) Cfr. D. Columba Marmión, *El Cristo, Vida del alma*.

La justicia de Dios ofendida por el pecado exigía una reparación adecuada ofrecida por un representante legítimo de la humanidad. En su infinita misericordia ("propter nimiam charitatem") (24), Dios que había previsto desde toda eternidad la caída del hombre le prepara un Redentor en la persona de su Hijo Unigénito, y cuando "la plenitud de los tiempos hubo llegado" (25), envía al Salvador que debe rescatar la creación, destruir el pecado y reconciliar a los hombres con su Dios. "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (26). Ese Verbo encarnado es Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Cada uno de los actos por El realizados tienen un valor infinito porque son las acciones de un Dios, uno solo de ellos, un suspiro, una lágrima, una gota de su sangre preciosa eran suficientes para reparar todos los pecados del mundo. La vida de Jesucristo en la tierra fue una serie no interrumpida de actos de reparación que culminaron en la oblación sublime del Calvario para que "ahí donde abundó el delito superabundara la gracia" (27). Por estos actos Jesús ha reparado la majestad divina ofendida por el hombre y merecido para nosotros todas las gracias de perdón, salvación y justificación; "porque ha consumado la obra de su mediación, Cristo se ha hecho para todos los que le siguen la Causa meritoria de la salvación eterna", escribe San Pablo (28).

Las conclusiones que de esta verdad se desprenden son preciosas para el alma cristiana. En primer lugar nos enseña la confianza ilimitada que debemos tener en los méritos de Jesucristo, "no hay condenación para los que quieren vivir unidos a Cristo Jesús" (29). "En El hemos sido enriquecidos, para que ninguna gracia nos falte" (30), y si con sus palabras y su ejemplo nos llama a las alturas de la perfección cristiana, es justamente porque quiere que estos tesoros que ha comunicado a la humanidad no permanezcan estériles y pueda el alma alentada por sus méritos infinitos y nutrida con las riquezas que se encierran en su corazón divino escalar las cimas de la santidad. Todas las gracias que para alcanzar nuestro fin sobrenatural necesitamos nos han sido merecidas por Jesucristo y los sacramentos que El mismo ha instituido para conferirnos esas gracias tienen su eficacia en los méritos infinitos de su vida y pasión.

Jesús aún más, nos ha alcanzado la gracia de poder satisfacer y merecer, asociándonos de este modo a su obra redentora. Si El es el artífice de nuestra santificación, quiere también que nosotros seamos los obreros, que tomemos nuestra parte en la obra redentora de su pasión y colaboremos a la salvación de nuestros hermanos. De este modo todos los actos de la vida cristiana unidos a los sufrimientos de Cristo se ennoblecen y se hacen fecundos para bien de nuestras almas y de la Iglesia, que por la sublime comunión de los santos hace circular por todos los miembros de su místico cuerpo la gracia que nuestras acciones han obtenido al unirlas a Cristo.

(24) *Ef.* 2, 4.

(25) *Hb.* 1, 2.

(26) *Jn.* 1, 14.

(27) *Rm.* 5, 20.

(28) *Hb.* 5, 9.

(29) *Rm.* 8, 1.

(30) *1 Co.* 1, 6-7.

San Juan en su Apocalipsis nos hace oír el cántico que los bienaventurados entonan en el cielo en honor de Aquel por cuyos méritos han adquirido la gloria: "Tú nos has rescatado por tu sangre preciosa; gracias a Tí, a tu pasión, a tu sacrificio en la Cruz a tus satisfacciones y méritos, hemos sido salvados de la muerte y de la eterna condenación, ¡oh, Cristo Jesús, Cordero inmolado, a Ti alabanza, honor, gloria y bendición por siempre jamás: Sedenti in throno et Agno benedictio, et honor, et gloria, et potestas in saecula saeculorum" (31).

Causa ejemplar.— Jesús modelo perfecto.

Jesús no ha sido tan sólo el reparador que ha satisfecho a la justicia divina por nuestras faltas y nos ha merecido las gracias que producen y alimentan nuestra vida sobrenatural. El ha querido ser también el divino modelo que en su persona y en sus obras nos enseñara a vivir la verdadera vida de hijos adoptivos de Dios: "Cristo nos ha dejado su ejemplo, dice el apóstol S. Pedro (32) para que marchemos tras sus huellas". "El es el camino" quien lo sigue no anda en tinieblas sino que llegará a la luz de la vida (33). El Eterno Padre hace resonar su voz omnipotente para glorificar a su "Hijo muy amado en quien ha puesto sus complacencias" y para señalarlo como modelo único de perfección, "Ipsium audite" Oído a El (34).

La vida cristiana es una imitación de las virtudes de Cristo; tal es el plan divino sobre nosotros, "predestinavit nos conformes fieri imaginis Filii sui", nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo (35).

El Evangelio no es otra cosa que el relato de los hechos y actos de Jesucristo puestos a nuestra imitación, y el cristianismo una escuela de imitación a Jesucristo, de tal modo, que S. Pablo resume en esto todos los deberes del cristiano "sed mis imitadores como yo lo sol de Cristo" (36).

Dios al llamarnos a la vida sobrenatural, al hacernos sus hijos, "consortes de su divina naturaleza", herederos inmortales de su gloria, debía darnos al mismo Dios como modelo para realizar ese sublime ideal de perfección. Pero a Dios nadie lo ha visto, como dice S. Pablo "habita una luz inaccesible", los ojos del hombre son demasiado débiles para penetrar en ellas. Dios se nos muestra en su Hijo "que es el esplendor de su gloria" (37), "la imagen de Dios invisible" (38); la revelación del Padre. "Tanto tiempo

(31) *Ap.* 5, 11 - 55.

(32) tr.: "Al que está sentado en el trono y al Cordero bendición, honor y gloria y poder por los siglos de los siglos", *1 P.*, 2, 12.

(33) *Jn.* 14, 6.

(34) *Lc.* 9, 35.

(35) *Rm.* 8, 29.

(36) *1 Co.*, 4, 16.

(37) *Hb.* 1, 3.

(38) *Col.* 1, 15.

que estoy con vosotros ¿y aún no me conocéis? —dice Jesús a Felipe que le pide les muestre al Padre: “Qui me videt, videt et Patrem” (39).

Modelo perfecto en sus obras y en sus disposiciones interiores, Jesús se presenta como el tipo acabado de la santidad, y las almas heroicas de todos los siglos no tendrán otro ideal que el de su persona divina ni otro código que su Evangelio, ni otro amor que el de su Corazón santísimo.

La perfección de Cristo no lo hace, sin embargo, un modelo menos imitable. Al tomar nuestra humanidad cargó nuestras miserias y a excepción del pecado, “debut per omnia fratribus similari” (40) —ut misericors fieret— para que su amor fuese lleno de misericordia.

La pobreza de Belén, la oscuridad de Nazareth, las fatigas de su vida pública, las ignominias y dolores de la Pasión, la gloria triunfante de la Resurrección, mostraron al Modelo divino santificando todas las acciones y estados de la vida. Como nosotros sintió la sed y la fatiga, la amargura y el llanto, la tristeza y el temor. El desierto fue testigo de sus luchas con el “enemigo del hombre” y el pozo de Jacob vio la fatiga del que es la fuerza de Dios (41). Los muros de Jerusalén recibieron sus lágrimas y los olivos de Gethsemaní vieron estremecerse al Hijo del Altísimo por la desolación y el pavor. La Cruz oyó su grito de angustia, contempló la sed del que era el agua viva, sintió los estremecimientos de la agonía y vio inclinar la cabeza y entregar el alma a Aquel que era la Vida.

Es justamente esa mezcla admirable de la más alta perfección divina con las miserias de nuestra vida terrestre la que hace llena de atracción la figura de Cristo la que lo acerca a nosotros sin perder nada de su santidad admirable, la que levanta nuestro espíritu y nos recuerda que “como Dios, Cristo es la patria hacia donde caminamos, como Hombre el camino por el cual hacia ella llegamos” (42).

¡Oh, si Cristo fuese el modelo ideal que animase todas las acciones de nuestra vida, si su figura adorable fuese el modelo que constantemente tuviéramos ante nuestra vista, si como Pablo “nuestro vivir, y nuestra única ciencia fuera Cristo” (43), cómo se dilatarían nuestros corazones y “correrían por el camino de los mandamientos de Dios” (44).

Hay muchas almas que comienzan con generosidad la vida espiritual pero al poco tiempo se pierden en multitud de insignificantes detalles, complican su espíritu y al fin o se cansan de la vida piadosa o permanecen en un estado de mediocridad espiritual. La causa no es otra que el haber olvidado que la santidad no hay que buscarla en nosotros mismos sino en Cristo, que es inútil cuando no perjudicial el mirar únicamente a nuestra alma sin tener al mismo tiempo fija nuestra vista en el modelo de toda perfección, que de nada sirve el trabajo por edificar una vida interior que no ha sido cimentada en Jesucristo.

(39) tr.: “El que me ve, ve a mi Padre”, *Jn.* 16, 8.

(40) tr.: “quiso ser en todo semejante a sus hermanos”, *Hb.* 4, 17.

(41) Sn. Agustín, *Tract. in Joan* - XV.

(42) Sn. Agustín.

(43) *Flp.* 3, 11.

(44) *Sl.* 118.

Uno de los más grandes maestros de vida espiritual de los tiempos modernos, Dom Columba Marmion escribe a este respecto:

“Nos explicamos por esta razón (haber orientado su vida hacia Cristo) el cambio que a veces se opera en ciertas almas. Durante muchos años han vivido estrechamente, a veces deprimidas, casi nunca contentas, encontrando sin cesar nuevas dificultades en la vida espiritual. Después, Dios les ha hecho un día, la gracia de comprender que Cristo es todo para nosotros, que El es el Alfa y el Omega, que fuera de El nada tenemos y en El lo poseemos todo. A partir de ese instante, todo ha sido hallado, y cambiado para esas almas; sus dificultades se han desvanecido como las sombras de la noche ante el sol nascente. Desde que Nuestro Señor, el verdadero Sol de nuestra vida “Sol justitiae” (45) ilumina plenamente a esas almas, las fecunda; ellas se desarrollan, crecen y producen abundantes frutos de santidad” (46).

Jesús Causa vital.— Cabeza del cuerpo místico

Jesús es el modelo de nuestra vida espiritual, pero no un modelo inerte, sino un principio de vida que obra en nuestra alma para ayudarnos a imitarlo. Toda la vida espiritual se encuentra en Jesucristo, por eso El dijo que había “venido para que tuviésemos la vida divina y la tuviésemos en abundancia” (47) y San Juan en su epístola primera escribe: “Qui habet Filium habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet” (48).

La doctrina del cuerpo místico, idea central que domina la teología de San Pablo, explica en forma admirable la influencia vital de Cristo en nuestra alma. La Liturgia puede decirse que es la actuación de ese dogma, razón por la cual nos detendremos brevemente a exponerlo.

“El Cuerpo místico de Cristo, escribe un conocido teólogo de nuestros días, Angers, es esta realidad una y viviente, nacida de la Redención obrada por el Verbo Encarnado, es la sociedad que forman Cristo y la Iglesia, el uno siendo la Cabeza, la otra el Cuerpo; el uno siendo el Esposo, la otra la Esposa” —Totus Christus Caput et Corpus est Caput Unigenitus Dei Filius, et Corpus ejus Ecclesia; sponsus et sponsa, duo in carne una”— (49).

(45) *Ml.* 4, 2.

(46) *op. cit.*

(47) *Jn.* 10, 10.

(48) tr.: “El que está unido al Hijo posee la vida, el que no está unido al Hijo no posee la vida”. *1 Jn.* 5, 12.

(49) tr.: “El Cristo total es la Cabeza y el Cuerpo; la Cabeza es el Hijo Unigénito de Dios y su Cuerpo es la Iglesia, el esposo y la esposa, dos en una carne”. Angers, *La doctrine du Corps Mystique du Jesu Christ*. La cita es de S. Agustín. *De Unitate Ecclesiae*, cap. 4, t. 43, col. 395.

Todos los cristianos han sido llamados a vivir la vida de Cristo, y esto lo realiza el mismo Cristo incorporándonos a su cuerpo místico. No se trata aquí del Cuerpo físico de Jesús, sino de aquel otro que El constituye a través de los siglos; la Iglesia, continuación viviente de su obra.

“La Iglesia, como escribe Angers en la obra citada, es Cristo perpetuándose a través de los siglos, continuando en sus miembros, su vida y las diversas fases de su existencia, manifestando siempre las mismas virtudes, pasando por el mundo haciendo el bien, llamando hacia El a todos los pueblos como el único Salvador de los hombres; encontrado también en esa larga peregrinación en el lugar del destierro las mismas oposiciones de antes, las mismas persecuciones, los mismos odios, conociendo siempre en algunos de sus miembros las agonías mortales, los días de sacrificio y de inmolación para revivir más tarde en todos la gloria de la resurrección y de la ascensión a los cielos” (50).

La Iglesia, como Santo Tomás exacta y comprensivamente la define, es el Cuerpo místico de Cristo (51).

“Esta doctrina, escribe Tanquerey, se encuentra ya substancialmente en la palabra de Nuestro Señor Jesucristo: “Ego sum vitis, vos palmites” (52). Afirma, en efecto, que nosotros recibimos nuestra vida de El como las ramas de la vid la reciben del tronco al cual están unidas; comparación que hace resaltar la comunidad de vida que existe entre Nuestro Señor y nosotros; de ahí es fácil pasar a la concepción del Cuerpo místico donde Jesús como cabeza, transmite la vida a sus miembros. San Pablo es quien más insiste sobre esta doctrina tan fecunda en resultados. Para dar una ligera explicación de ella, resumiremos las principales ideas desarrolladas por el conocido teólogo sulpiciano más arriba citado.

En un cuerpo, dice éste, son necesarios una cabeza, un alma y miembros; siguiendo la doctrina del Apóstol, describiremos estos tres elementos que nos harán apreciar mejor el rol de Cristo en nuestra vida espiritual.

En el cuerpo humano la cabeza ejerce un triple rol; de preeminencia, de unidad y de influjo vital; tal es igualmente el que Jesús desempeña en la Iglesia y en las almas. A) *De preeminencia*, pues como Hombre-Dios es la primera de todas las criaturas, el modelo de todas las virtudes, la causa de nuestra santificación. Ante El “toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y los infiernos” (53), en cumplimiento de este rol de preeminencia gobierna a la Iglesia con maravillosa sabiduría conduciendo los miembros de ella a su fin. Podemos estar seguros de que Jesús cuidará de nosotros pues, como dice un célebre teólogo “Quid est autem domesticum magis ac proprium capiti quam corpus suum; immo quam est ipsum sibi?” (54). B) Como cabeza del cuerpo místico, Jesús ejerce en nuestras almas y en la Iglesia un rol de uni-

(50) Anger, *op. cit.*, p. 418.

(51) *Suma Teológica*, III, q. 8, a. 3.

(52) tr.: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos”. *Jn.* 15, 5.

(53) *Fip.* 2, 10.

(54) tr.: “¿qué cosa hay para la cabeza de más personal que su cuerpo? para Cristo el olvidar sus miembros sería olvidarse él mismo”. Petavio.

ficación. — “La piedad, ha escrito un moderno autor (55) no es una juxtaposición enervante de recomendaciones, sino que se reduce a la unidad fecunda de un solo principio. Nuestra síntesis, nuestra simplificación debe ser Jesucristo”. Dentro del variado organismo de la jerarquía Jesús es el centro de unidad, que como jefe invisible imprime a los jefes jerárquicos la dirección y el movimiento. El realiza la unión estrecha con sus miembros y de éstos entre sí para formar ese admirable organismo que se llama el cuerpo místico, la Iglesia de Jesucristo. C) Por último, como cabeza del cuerpo místico es el principio vital de donde viene a los miembros la vida. En el cuerpo humano es la cabeza la que comunica el movimiento a los miembros y donde se encuentran centralizados los sentidos, como expresamente declara Santo Tomás (56).

Así también como cabeza del cuerpo místico, Jesús es el principio y la causa de donde provienen todas las gracias que los miembros reciben. Toda la vida sobrenatural se nos comunica por la sagrada Humanidad de Cristo. “Lo vimos lleno de gracia y de verdad... y de su plenitud todos hemos recibido”, dice el apóstol San Juan (57). Lo que el Concilio de Trento confirma declarando: “Cum enim ille ipse Christus Jesus tamquam caput in membra... in ipsos justificatos jugiter virtutem influat” (58).

Ese místico cuerpo posee un alma que es el Espíritu Santo, pues como expresamente declara S.S. León XIII siguiendo las enseñanzas de S. Agustín “así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, así el Espíritu Santo es su alma” (59).

El Espíritu Santo habita en nosotros, y como S. Pablo enseña, nuestros miembros son su templo (60). El realiza en nosotros operaciones divinas: nos hace vivir la vida de justicia, derrama en nuestras almas la caridad, en comunidad con Cristo obra la adopción divina y con sus dones nos conduce y une íntimamente con Dios.

La Iglesia en su Liturgia lo llama el Espíritu que vivifica “Credo in Spiritum Sanctum vivificantem” (61).

Nunca se lamentará suficientemente el olvido que existe actualmente entre gran número de cristianos de las verdades que se refieren a la Tercera Persona de la Trinidad Santísima.

Muchos quizás podrían repetir lo que decían a S. Pablo los de Efeso: “Ni siquiera hemos oído que exista ese Espíritu”. Con razón el Cardenal Manning pudo escribir la siguiente frase que debería hacernos meditar:

(55) Hoornaert.

(56) *Suma Teológica*, III, q. 8, a. 1.

(57) *Jn.* 1, 14-16.

(58) tr.: “Como el mismo Cristo Jesús, es a modo de cabeza respecto a los miembros... comunica constantemente su propia virtud a los justificados” (Sesión VI, cap. 8).

(59) Encíclica del 9-V-1897.

(60) *Cf. 1 Co.*, 6, 19.

(61) tr.: “Creo en el Espíritu Santo vivificante” (*Simbolo Niceno*).

“He pensado largamente que la secreta, pero real causa de la llamada Reforma fue que el rol del Espíritu Santo se había oscurecido grandemente en la creencia popular” (62).

Esta acción del Espíritu Santo en ningún modo atenúa la de Cristo, antes bien la completa (63),

“no sólo la acción del Espíritu Santo no suprime en nosotros la de Cristo, no sólo el Espíritu Santo no nos es dado sino por Cristo y en Cristo, Verbo hecho carne, sino aún el Espíritu Santo mismo procede del Hijo que ha asumido la naturaleza humana, como El procede del Padre. El es enviado por el Hijo, las luces que derrama, las verdades que revela son las luces y las verdades del Hijo que con el Padre es el principio del Espíritu; si El hace de nosotros los hijos de Dios es por ser el Espíritu del Hijo de Dios; si nos hace hijos adoptivos de Dios es asimilándonos al Hijo de Dios por naturaleza. Ahora bien, ese Hijo por naturaleza de Dios ha llegado a ser por la Encarnación el Cristo, nuestro jefe, y de este modo el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, Hijo de Dios por naturaleza. Así es su Espíritu el que Jesús nos da; y por este título se concibe perfectamente que se atribuyan tanto a Cristo cuanto al Espíritu Santo, las maravillas de la vida de Dios en nosotros. Según la enérgica expresión de S. Cirilo de Alejandría,

“El Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, está en Cristo, y es dado por Cristo. Ha sido dado para obrar la fusión de los hombres entre ellos y de los hombres con Dios. Verdaderamente Cristo es la fuente cuya plenitud derrama sobre nosotros todos los bienes”.

Para terminar lo que se refiere al Cuerpo místico, diremos dos palabras de sus miembros.

Los bautizados son miembros de ese cuerpo, pues como el Decreto a los Armenios explica, “per ipsum (batptismum) enim membra Christi ac de corpore efficitur Ecclesiae” (64). Los justos son miembros de Cristo por la gracia habitual, los pecadores por la fe y la esperanza, los bienaventurados por la visión beatífica. Los infieles, aunque no pertenecen al Cuerpo místico, están, sin embargo, llamados a pertenecer; tan sólo están excluidos los condenados.

Las consecuencias que de este dogma se siguen son de tal importancia, que con razón puede decirse que la doctrina del Cuerpo místico es algo central en la teología a la que da unidad y vida. La Comunión de los santos esa misteriosa comunicación que une las almas del cielo, las del purgatorio y de la tierra para hacerlas participantes de sus mutuas alegrías y dolores es el principal dogma que se sigue de nuestra incorporación a Cristo. Por ella las oraciones de uno aprovechan a aquellos de nuestros hermanos por quienes las aplicamos, y aún más nos permite reparar y satisfacer por las

(62) Card. Manning, citado por Mc. Sorley, C. S. P., en *Devotion to the Holy Spirit*.

(63) Angers, *op. cit.*

(64) tr.: “por él (el bautismo), en efecto, nos hacemos miembros de Cristo y de su cuerpo, la Iglesia”, *Denz.*, 696.

faltas ajenas. Estas mismas relaciones de ayuda fraterna van igualmente de la tierra al purgatorio y al cielo.

“Hay en el cuerpo místico la más maravillosa e incesante reciprocidad de buenos oficios: la tierra glorifica al cielo y paga las deudas de agradecimiento de los bieaventurados, ella satisface las penas del purgatorio, y a su vez, recibe por vía de intercesión gracias abundantes para cumplir aquí abajo su misión en unión con Cristo” (65).

La doctrina del Cuerpo místico nos hace apreciar en toda su extensión el valor social de la santidad; todo aumento de gracia en un alma repercute en el organismo de la Iglesia, pues, como escribía admirablemente Elisabeth Leseur, “*tout âme qui s’élève, élève le monde*” (66). El aumento de virtud en nuestra alma significa siempre aumento de gracias en nuestros hermanos; así se explica la irradiación maravillosa que han tenido en el mundo los santos. Quien ha penetrado en la doctrina del Cuerpo místico comprenderá mejor el lamentable error en que caen tantos cristianos de nuestro siglo que proclaman una acción con desmedro y desprecio de la vida intensa de oración.

La caridad cristiana encuentra igualmente en el dogma, que hemos expuesto, su más sólida base. Si Jesús nos enseña que somos hermanos y solidarios los unos de los otros, si nos recuerda que lo que hacemos al más pequeño lo hacemos a El, si pone en la caridad su principal precepto y la señal distintiva del verdadero discípulo, es justamente por la unión que debe existir entre los miembros entre sí y entre la cabeza y los miembros.

Por último, la reparación que todos los cristianos deben al Corazón de Jesús se funda, como elocuentemente lo enseña S. S. Pío XI, en nuestra incorporación a Cristo (67).

Esta simple enumeración sirve para mostrar que no hay nada más fecundo que esta doctrina del Cuerpo místico de Cristo y que las almas recibirían inmensos beneficios conociéndola y viviéndola más profundamente:

* * *

Hemos expuesto lo más brevemente que ha sido posible el rol de Jesucristo en nuestra vida espiritual; debemos por tanto señalar ahora cómo la vida litúrgica es el medio más apto para actuar ese rol de Cristo en nuestras almas ya que siendo Jesús la causa y modelo de nuestra vida espiritual, el origen y desarrollo de ésta se encuentra en la unión con Jesucristo y por tanto una piedad será tanto más sólida y fecunda cuanto más cerca esté de Cristo, fuente de toda gracia y bendición.

Esta compenetración de Jesús y el alma humana en ningún ejercicio de piedad se logra como en la participación *inteligente y activa* en los actos litúrgicos. Todos ellos están impregnados de Jesús: su espíritu lo llena to-

(65) Angers, *op. cit.*, p. 364.

(66) tr.: “toda alma que se eleva, eleva el mundo”.

(67) Encíclica *Misserentissimus Redemptor*.

do: invocaciones, himnos, oraciones, etc.; su nombre santo resuena a cada paso como el título más eficaz para implorar las misericordias del Padre celestial. Jesús preside la asamblea cristiana en la Cruz que domina el altar, en la jerarquía que obra en su nombre y constituye una representación de su persona, en la Eucaristía por la cual se incorpora a las almas, comunicándoles su vida haciéndolas participantes de las gracias del Calvario; Jesús es el protagonista en toda función litúrgica: en la Misa es al mismo tiempo el Sacerdote que sacrifica y la Víctima que se inmola; en los sacramentos es el autor, todos fueron instituidos por El, el ministro principal aunque invisible "Petrus baptizat-Christus baptizat" (68), la fuente original de la gracia que por ellos fluye; la oración de la Iglesia es la oración de Cristo que por nosotros y en nosotros prolonga en el tiempo su plegaria. A través del año litúrgico, Jesús pasa renovando en las almas sus misterios adorables dejando sentir a la Iglesia el ritmo de su vida, la eficacia de sus ejemplos, la grandeza y santidad de su doctrina.

"La figura radiante de Cristo, dice D. Cabrol, ilumina toda la liturgia. Es el gran Pontífice de la tierra, su abogado, su sacerdote, su intercesor; El es el intermediario, el gran mediador entre Dios y los hombres; por El es por quien se puede todo. . . En el inmenso jardín de la liturgia, Cristo es el centro de la encrucijada, todos sus caminos, todas sus avenidas convergen a El" (69).

La restauración de la piedad cristiana, que debe dar a Cristo el lugar que le corresponde en la vida espiritual se realiza hoy día alrededor de estos grandes focos: la Eucaristía y la Liturgia, sin que esto signifique en modo alguno el afirmar que estos medios no se han ejercitado antes, sino tan sólo el que en nuestro tiempo tienen una importancia que antes no tenían. Como muy bien dice un escritor americano, el P. Weyland S. V.D.,

"Dios ha dado en todos los tiempos a su Iglesia los medios apropiados para combatir los especiales peligros de cada época. La nuestra experimenta serias necesidades que eran desconocidas diez, veinte o cincuenta años atrás y que exigen nuevos remedios. Y los nuevos remedios dados por Dios son el movimiento Eucarístico, el movimiento Litúrgico y el movimiento de los Retiros espirituales" (70).

3. *La Liturgia nos hace vivir la vida cristiana*

Los puntos anteriores nos han mostrado aunque en modo superficial dos grandes frutos de la piedad litúrgica en los cuales reposa su eficacia: el de ser la piedad de la Iglesia y el medio más eficaz para vivir la vida de in-

(68) tr.: "Pedro bautiza, es Cristo que bautiza", S. Agustín.

(69) *Le Livre de la prière antique*.

(70) Cfr.: P. Peter Weyland, S. V. D., *Valve of Lay Retreats: Cincinnati* (1930).

timidad con Jesucristo; debemos añadir un tercero de no menor importancia y es el que la Liturgia santifica nuestra vida dando pleno valor y desarrollo a esa expresión desgraciadamente tan poco comprendida; la vida cristiana.

Uno de los más tristes males de nuestro tiempo, es sin duda, el divorcio que aparece en gran número de cristianos entre sus costumbres y sus creencias. La regla de fe no constituye para muchos la regla de obrar. La religión no informa la vida de numerosos cristianos para quienes sus obligaciones religiosas se reducen a una corta visita al templo hecha más por rutina que por principio, y a unas cuantas oraciones recitadas sin tratar de comprender su significación, personas que creen u obran como si al lado de la puerta del templo muriera el cristiano para resucitar el pagano y en quienes existe una absoluta incomprensión de la vida sobrenatural a la cual han sido llamados por el santo Bautismo.

La causa de este mal no es otro sino el desconocimiento casi total de los tesoros que en nuestra fe católica se encierran, la falta de concepto cristiano de la vida que, como su nombre mismo lo indica, es la vida de Cristo en nuestras almas. Vida cristiana significa el pensar según las enseñanzas de Cristo, el obrar conforme a su moral, el hacer que cada uno de nuestros actos se dirijan a la glorificación de Dios y nos traiga una mayor unión con El. Porque nuestro Cristo no es un Cristo de ensueño como algunos escritores y artistas modernos tratan de representarlo, sino "Camino, verdad y vida" y por tanto, principio y fuerza de acción.

La Liturgia en sus diversas manifestaciones levanta el corazón humano recordándole sus inmortales destinos; sobre cada uno de los actos de nuestra vida pone la liturgia su sello para marcarlo con el signo de Cristo y haciéndole perder su carácter profano lo penetra del sobrenatural.

Diariamente.— Sobre el altar del sacrificio la Iglesia renueva cada día la obra de la Redención, la profecía de Malaquías "desde el oriente al occidente se ofrecerá al Señor una oblación pura" encuentra en la Santa Misa su perfecta realización, por ella el hombre ofrece a su Creador el homenaje perfecto de adoración y gratitud, por ella repara sus faltas e impetra del Señor las gracias necesarias, por ella nos identificamos con la Víctima divina y hacemos de nuestra vida una perpetua y perfecta oblación.

Al rededor del altar, el oficio divino establece un intercambio constante de bendiciones y alabanzas entre la tierra y el cielo haciendo resplandecer sobre cada una de las horas del día el Sacrificio ofrecido en la mañana. Es la "laus perennis" que en todo instante presenta a Dios las alabanzas, agradecimientos y súplicas del Cuerpo místico. San Benito la llama el "opus Dei" la obra de Dios y establece en su regla que "operi Dei nihil praeponatur" (71); por medio del oficio divino cumple la Iglesia la palabra del Salmista "septies in die laudem dixi tibi" (72) y adelanta en cierto modo el cántico eterno que entonaremos en el cielo.

El año litúrgico nos presenta cada día en la Santa Misa y el Oficio un aspecto nuevo de la vida del Salvador haciendo revivir en medio de noso-

(71) tr.: "que nada se anteponga a la obra de Dios".

(72) tr.: "siete veces al día he cantado tu alabanza", *Sl.* 118.

tros los grandes hechos evangélicos; diariamente nos hace participar a alguno de los misterios de Cristo o nos señala la gloria de sus santos para animarnos a imitar sus virtudes.

Desde las tinieblas de la noche hasta el ocaso del día, desde la aurora hasta el crepúsculo la liturgia santifica sus horas y minutos; ¡Feliz el alma que bebe constantemente en esa fuente y mediante la liturgia hace de cada uno de sus días una “jucunda decoraque laudatio” (73).

Anualmente. A través del año, por medio de los diferentes tiempos litúrgicos: Adviento, Navidad, Septuagésima, Cuaresma, Pasión y Pentecostés, la liturgia propone a nuestra admiración e imitación la adorable persona de Jesucristo en la preparación de su obra redentora, en su realización y en su prolongación por la Iglesia, y nos comunica las gracias especiales que en cada misterio ha merecido para que con su auxilio las reproduzcamos nosotros.

Desde el instante de la encarnación en que Jesús quedó realmente constituido como cabeza del Cuerpo místico, la inefable comunicación establecida entre El y sus miembros hace que en cierto modo los misterios de Cristo sean nuestros. El año litúrgico al presentarnos a través de su ciclo los principales hechos de la vida de Nuestro Señor nos ayuda poderosamente a realizar y a hacer nuestros sus misterios, constituyendo así la más universal y hermosa escuela de perfección y vida cristiana, pues como escribe Don Gueranger: “El ciclo litúrgico llega a ser a la vez, la alegría de los pueblos, la luz de los doctos y el libro de los humildes” (74).

Desde el pecado de nuestros primeros padres origen de nuestra ruina y la promesa de un Redentor que la Septuagésima y la Fiesta de la Inmaculada Concepción, respectivamente, nos presentan hasta los suspiros y clamores de los patriarcas y profetas pidiendo que “las nubes dejen caer su rocío y nos lluevan al justo” que escuchamos en Adviento; desde las primeras sonrisas y lágrimas del Niño que Navidad nos trae hasta las sublimes doctrinas del Maestro en su vida pública que Septuagésima y Cuaresma nos recuerdan después de habernos hecho contemplar en la Circuncisión y Epifanía los misterios de la infancia del Salvador y en la fiesta de la Sagrada familia los años silenciosos de la preparación en Nazareth, desde los días sombríos de la Pasión a los cuales la Cuaresma nos prepara hasta el “Exsultet” de la Resurrección y la gloria de la Ascensión que el misterio de Pentecostés viene a completar, todo en el año litúrgico hace que el cristiano se sumerja en esa atmósfera que su organismo sobrenatural necesita para vivir la vida de la gracia y reproducir en su alma la figura y las virtudes del Modelo sublime de Santidad; Jesús Nuestro Señor.

(73) tr.: “una alegre y hermosa alabanza al Señor”. *Sl.* 146.

(74) *L' Anné Liturgique - L' Avent*, p. 17.

Estados de la vida

No es tan sólo el día, la semana y el año lo que la liturgia sobrenaturaliza en nuestra vida, son también las diferentes circunstancias y estados los que santifica por medio de los Sacramentos.

Un niño nace y ya sobre su cuna se inclinan los brazos de su Madre la Iglesia que en el agua del Bautismo le da la vida de la gracia y lo incorpora a su seno. Misterio de muerte y vida, el Bautismo haciéndonos participar a la muerte de Cristo sepulta en nosotros al hombre viejo dándonos al mismo tiempo un nuevo nacimiento por la incorporación a Cristo resucitado.

El sacramento de iniciación nos ha conferido la vida, pero el alimento de esa misma vida nos lo da la Sagrada Eucaristía en la cual el cristiano participa más plenamente a los frutos de la Misa y del Calvario; gracias a ella Jesús vive en nosotros y nosotros vivimos por El.

Cuando ese joven debe entrar en la adolescencia, la Iglesia robustece la gracia bautismal por el Sacramento de la Confirmación que el obispo le confiere, marcándolo con el signo de los soldados de Cristo.

Si el bautizado ha perdido la blanca estola de la inocencia, la Iglesia en la Confesión lo reconcilia, lavando en la Sangre del Redentor sus manchas y pecados.

Cuando llega en la vida del hombre el momento de escoger un estado, la Iglesia o le confiere el sacerdocio o recibe su profesión religiosa o bendice su unión matrimonial.

Cuando la hora se aproxima, la Iglesia unge por la Extramaunción al hijo para el último combate, encomienda su alma al Creador con las preces de los moribundos, llama a los Angeles y santos para que "recibiendo su alma la ofrezcan en la presencia del Altísimo" y así salga de este mundo

"en nombre de Dios Padre omnipotente que la creó, en nombre de Jesucristo que por ella murió, en nombre del Espíritu Santo que en ella habitó" (75).

Aún después de la muerte continúa la Iglesia sus maternales cuidados, el alma recibe el sufragio del Oficio y Misas de Difuntos y los despojos mortales van a reposar en la tierra bendita. Sobre ellos la cruz extiende sus brazos avivando la esperanza de la futura resurrección.

Así como la Iglesia santifica los diversos estados de la vida del Cristiano, así también comunica a los mismos sitios donde esa vida se desarrolla algo de sagrado. El poder sacerdotal por medio de múltiples sacramentales bendice los elementos materiales que rodean nuestra vida y haciéndolos perder su carácter profano los penetra de espíritu sobrenatural. Lugares y tiempos, individuos y habitaciones, elementos, años, días y horas, todo, hasta nuestro alimento y nuestro sueño queda bendecido por la liturgia haciendo de este modo que ellos desempeñen el verdadero rol de la criatura, o sea, el de medio para subir hasta Dios.

(75) Oración "de recomendación del alma".

Si el *Ritual* no fuese para la mayoría de los fieles un libro sellado, se vería fácilmente cómo la liturgia santifica todos los actos y circunstancias de la vida y con mayor fuerza se grabaría la verdad que la vida cristiana no se acaba en el umbral del templo. El templo es el sitio donde el alma va a alimentar sus energías para vivir con Cristo y según Cristo cumpliendo los deberes que el Señor le ha puesto en su estado.

La liturgia es por tanto un foco potente de vida sobrenatural, y en los actuales momentos, uno de los medios más eficaces para contrarrestar el espíritu pagano que rápidamente se infiltra en nuestros pensamientos y costumbres. Como un célebre escritor alemán decía:

“La ignorancia de la liturgia es causa que tantas ocasiones de santificarse pasen desapercibidas y que en general el sobrenatural no desempeñe en nuestros pensamientos y sentimientos el rol que jugaba en la Edad Media católica” (76).

II. PRACTICA DE LA PIEDAD LITURGICA

No basta estar íntimamente penetrado de una verdad, es necesario, además, vivirla; la religión cristiana es una religión de vida, ya que su fin no es otro que el de la formación de Cristo en nuestras almas o sea la comunicación al hombre de la vida divina.

La Liturgia con sus innumerables recursos que responden a todas las necesidades del hombre: intelectuales, afectivas, estéticas, etc., satisface plenamente esta finalidad de la vida cristiana, ella levanta al hombre con todas sus facultades para hacerle encontrar en Dios la vida superior que anhela. Siendo la liturgia el dogma vivido es algo eminentemente práctico en cuanto posee los medios propios y eficaces cuyo uso lleva infaliblemente a los fieles a la consecución de su fin sobrenatural.

Expondremos brevemente estos medios:

1. *La Santa Misa*.— La vida cristiana, es un misterio de muerte y de vida; muerte al pecado y vida según el ideal sobrenatural dado por Dios. Tal es el ejemplo que nos ofrece la vida de Jesús y que el bautismo reproduce en nosotros, “*traditus est propter delicta nostra et resurrexit propter justificationem nostram*”, escribe San Pablo (77).

La redención aunque obrada única y totalmente por Cristo se extiende y reproduce en el corazón de los fieles en virtud del vínculo estrecho que une a la cabeza con los miembros del Cuerpo místico; maravillosa solidaridad que nos hace participar de los dolores del Redentor así como participamos de sus méritos.

(76) Dr. Tipmann, *Questions Liturgiques*; Louvain (1928).

(77) tr.: “Se entregó por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación”, *Rm.* 4, 25.

Los misterios de Cristo son tanto suyos como nuestros y por eso en Jesús sufrían, agonizaban, morían y resucitaban todos los hombres. Nuestras almas están íntimamente asociadas a la pasión, muerte y sacrificio de Jesús "hoc scientes quod vetus homo noster simul crucifixus est", sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con El (78), pues así como Jesús tomó nuestra naturaleza humana así también quiso hacernos participar del misterio que resume su vida y constituye el objeto capital de su misión: su sacrificio (79).

Ahora bien, para asociarnos a su Sacrificio, Jesús instituyó la Misa por medio de la cual lo renueva y perpetúa, "cada vez que comáis este pan y bebáis de este Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor" (80). Es bien clara la enseñanza del Concilio de Trento:

"En la noche de su pasión para dejar a la Iglesia, su esposa, un sacrificio que pudiese representar el sacrificio cruento ofrecido sobre la cruz y conservar su memoria hasta el fin de los tiempos... Jesucristo ofreció a Dios su Padre, declarándose Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino" (81).

Por medio de la Misa se nos aplican los frutos de la inmolación de la Cruz y el alma participa plenamente de este sacrificio cuyos efectos hace revivir, pues como dice una oración del Misal (82) *quoties hujus hostiae commemoratio celebratur opus nostrae salutis exercetur*.

El Augusto Sacrificio de la Misa es el centro de nuestra fe y debe también serlo el de toda piedad litúrgica verdadera. No hay medio más excelente para honrar a Dios y santificar las almas que la divina liturgia de la Misa y cuanto más íntimamente se toma parte en ella, tanto mayores son los frutos que se obtienen. Nos detendremos algo en este punto central de la vida cristiana que puede con razón llamarse el foco de la piedad y cuyo desarrollo conduce al alma que totalmente penetra en ella, a las cumbres de la vida ascética y mística.

a) *La parte de los fieles en el Santo Sacrificio.*

Como acabamos de decir, Jesús instituyó la Santa Misa para perpetuar hasta el final de los siglos el sacrificio de la Cruz. Con este fin elige y marca a ciertos hombres con un sello divino para que sobre el altar renueven ese adorable misterio; son los *sacerdotes*, a quienes Cristo ha hecho participantes de su eterno y único Sacerdocio. En cada Misa, El renueva por

(78) *Rm.* 6, 5-6.

(79) Léanse las luminosas enseñanzas de S. León el Grande sobre la materia. Sermón 70 y 73.

(80) *1 Co.* 11, 25.

(81) Sesión XXII, c. b.

(82) tr.: "Cada vez que celebramos la conmemoración de esta víctima, se realiza la obra de nuestra redención" (Domingo XI después de Pentecostés).

el ministerio de sus sacerdotes su sacrificio para que todos los fieles puedan participar de él.

Pero esa participación no es un simple recuerdo histórico de lo que hace dos mil años sucedió en el Calvario; por la unión estrecha que existe entre Cristo y los cristianos, la Cabeza y los miembros, *los fieles toman parte realmente* en el Sacrificio del altar. Cuando Jesús renueva sobre el altar su sacrificio y ofrece por sí a la Trinidad Santísima el homenaje perfecto de adoración, todos los miembros que El por el bautismo ha incorporado a su místico Cuerpo participan de sus funciones sacerdotales y ofrecen en consecuencia con Cristo el Santo Sacrificio y son en cierto modo sacerdotes con Cristo.

“Evidentemente, dice Grimaud, los miembros que ofrecen todos con Cristo no tienen en la oblación el mismo rol que el jefe, que naturalmente desempeña en ella, la función principal, ni que los sacerdotes que tienen el maravilloso poder de consagrar.

“Nosotros (los fieles) no cooperamos en la ofrenda sino a la medida de nuestra importancia en el Cuerpo místico, *pero cooperamos efectivamente en ella*. Cuando un acusado se arroja a los pies de su juez para ablandarlo, las rodillas del suplicante no tienen el mismo poder para pedir que sus manos, las manos el mismo que la boca, la boca el mismo que el corazón. Sin embargo, todo su ser, pies, manos y cabeza concurren a hacer más elocuente su súplica.

“Igual cosa sucede en el Cristo-Místico (o sea Cristo unido a los fieles, sus miembros) glorificando e implorando a la Soberana Majestad. Es *todo El* quien ofrece, a sea El con todos sus miembros; es Cristo, Cabeza y Cuerpo místico, que rinde a la Trinidad Santísima el homenaje infinito. El poder de su súplica toma algo de cada uno de sus miembros que imploran con El. Por más pequeña que sea la acción de alguno de ellos, no deja, sin embargo, de concurrir al efecto total.

“La parte que nosotros tomamos en este homenaje, es pues, variable, proporcionada a la importancia relativa que cada uno ocupa en el “Cuerpo místico”, y esta importancia, en sí misma, depende de una parte del rol que desempeñamos en la Santa Iglesia y de otra parte de la cantidad de vida sobrenatural que existe en nosotros.

“Puesto que las funciones varían hasta el infinito dentro de la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, cada miembro según sus dones espirituales y su grado de caridad —por la misma unión a la Cabeza— coopera más o menos en la oblación. Pero cualquiera que sea su acción, todo miembro vivo de Cristo *celebra* con Cristo.

“Cada fiel puede, con toda verdad decir *Mi Misa*, pues Cristo Jesús quiso que fuese nuestra desde el día que unió a sí a los fieles como miembros de su Cuerpo místico.

“¿Pensamos en estas maravillas, invisibles a nuestros ojos, pero reales, cuando nos acercamos al altar sobre el cual ofrecemos *con, en y por* Cristo el perfecto Sacrificio?

Si tuviéramos conciencia de ser por parte nuestra sacrificadores ¿no tendríamos al asistir a la Misa sentimientos de inmensa piedad?

¿No estaríamos poseídos del deseo de conocer mejor la santa Misa, sus

ritos, sus oraciones, con toda su significación, a fin de poder ofrecer digna y plenamente *nuestro* sacrificio?" (83).

Las mismas oraciones y ritos de la Misa nos están recordando a cada instante esta participación de los fieles en el sacrificio, el "Dominus vobiscum" que antes de la colecta, secreta y postcomunio pronuncia el sacerdote es una advertencia hecha a los fieles para que se unan a sus intenciones, el gesto con que comienza estas mismas oraciones expresa la reunión que hace en una sola de todas las súplicas que en esos instantes se formulan, la elevación de las manos al "sursum corda" (84), es un llamado antes de comenzar la parte más solemne del sacrificio para que todos los corazones se eleven juntos al Señor, y así cada uno de esos gestos sagrados tan ricos en simbolismo van recordando durante la Misa la parte *activa* que corresponde al pueblo en la oblación.

A excepción de las oraciones que el sacerdote recita antes de la Comunión todas las demás se encuentran en plural, "oremos" es la palabra de llamada e invitación. "Orad hermanos, dice el celebrante, para que mi sacrificio y el *vuestro* sea acepto al Señor", y así puedan nuestras voces suplicantes hechas una sola voz "una voce" unirse a la común alabanza que los Angeles del cielo tributan al "Cordero inmolado" que es digno de recibir la gloria y el honor.

Si nos trasladamos a esos siglos ricos de fe y caridad de la primitiva Iglesia, en los cuales la liturgia era el gran alimento de la piedad y de la vida cristiana, veremos en forma aún más patente esta participación activa de los fieles en el Santo Sacrificio y si estudiamos las obras de espiritualidad y las distintas manifestaciones de vida cristiana de esa época, veremos cuán íntimamente penetrados se encontraban los fieles de las verdades en las cuales reposa la participación al sacrificio. Las doctrinas del Cuerpo místico de Cristo y del sacerdocio de los fieles no eran privilegio de algunas almas escogidas, sino el tesoro abierto por la liturgia a todos los cristianos para que ahí bebieran con alegría de las fuentes del Salvador.

La declaración de S. S. Pío X (que no es en *modo alguno* la expresión de un deseo personal sino el ejercicio solemne de su función de Doctor y Maestro supremo) ha despertado en todo el mundo una corriente poderosa de vida litúrgica que ansía beber la piedad cristiana en las fuentes *tradicionales* de la Iglesia.

"Siendo nuestro más vivo deseo que el *verdadero espíritu cristiano* reflorézca en todas formas y se mantenga entre todos los fieles, es necesario proveer *ante todo* a la santidad y dignidad del templo donde los fieles se reúnen precisamente para encontrar ahí *ese espíritu en su fuente* PRIMERA E INDISPENSABLE a saber la PARTICIPACION ACTIVA en los misterios sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia" (85).

(83) Grimaud, *Ma Messe*.

(84) tr.: "¡Arriba los corazones!". (Palabras de introducción al Prefacio).

(85) Motu Proprio del 23 - XI - 1903.

La piedad que se forma en la vida litúrgica trata siempre de tomar la mayor participación posible en las oraciones públicas de la Iglesia por la recitación y canto de los textos litúrgicos especialmente el canto gregoriano que es el canto oficial y tradicional de la Iglesia.

El Misal llega a ser de este modo, el principal libro de piedad, él nos abre a nuestra vista la rica liturgia de la Iglesia formada a través de veinte siglos bajo el soplo vivificante del Espíritu Santo, nos hace orar no ya con fórmulas privadas fruto de la devoción individual, sino con la oración misma de la Iglesia cuya plegaria es el eco de la de Cristo y la expresión más elocuente de su dogma y doctrinas.

En la Misa el pueblo no es un simple espectador, ni solamente un testigo, es un *actor* interesado y responsable en este drama divino. Las oraciones no son fórmulas cabalísticas reservadas a los sacerdotes; la Iglesia quiere que se la conozca. El Misal da a los fieles el medio más simple de comprender la *Misa* y seguir sus oraciones.

b) *Frutos espirituales que la participación en la Misa produce en los fieles.*

Teniendo este trabajo un objeto limitado solamente a mostrar las relaciones entre la liturgia y la piedad, sería extenderse demasiado y apartarse del fin principal el detenerse a señalar los diversos fines del Sacrificio; nos concretaremos únicamente a enumerar algunos de los frutos espirituales que la Misa produce en las almas.

Aunque el valor de la Misa es infinito, el alma no puede obtener sino efectos finitos ya que su capacidad es limitada; pero eso mismo abre ante nosotros inmensos horizontes mostrando un fruto que continuamente podemos aumentar.

Jesús al instituir el Sacrificio de nuestros altares, que debe renovarse según la profecía de Malaquías “desde la salida del sol hasta el ocaso y en todo lugar”, ponía a nuestro alcance el medio de aprovechar continuamente los beneficios de la Redención. Así nuestra unión con Cristo, la comunicación con nuestras almas de su vida divina aumenta con cada Misa a la cual asistimos y participamos y dilata, puede decirse, nuestra capacidad sobrenatural para ir creciendo cada vez más en Cristo “*crescamus in Illo per omnia quae est caput, Christus*” (86).

El Santo Sacrificio no sólo produce un fruto general en la Iglesia, y un fruto especial que responde a la intención del celebrante, sino también produce un fruto personal en los que participan en él. Brevemente enumeraremos esos frutos:

El primero es un aumento de caridad en el alma o sea de gracia santificante. Siendo la perfección cristiana un desarrollo de la caridad, como Sto. Tomás de Aquino elocuentemente enseña, se comprende fácilmente cuánta importancia tenga en nuestra vida espiritual la participación fervo-

(86) tr.: “crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza, Cristo” (Col.)

Cochagua

Fecha 4 - 1920

¿días esta la Luz que iba por escribir me de que petha Manuel

muy cariñosa,
¿cuando a Germán
miradas que don
don Bertita marchas
¿sabieme luego
cias tuyas, cuentan
si de ahí pasaré.
... (¿?)
El propósito de este
es que el día que
con Jorge L'aba
de la a P.
abra pido que el
era entrar en
to debería ser
Lahita está
del más
maté "el
tiempo)
leaba de
los apañados
ne Chicaron!
migo que?
Ma

De me había olvidado felicitate, disculpa,
en el cual te des (con a to do lo que
exito y prosperidad, lo que me cuenta a
implícito en una impunt, que me cuenta a
dame noticias muy importantes, nada me
si el papel, el punto nicho "nada me
me has dejado con mucha curiosidad que en
escribeme luego, si te falta papel por
L'apuntado, todos los días con saludos
to abego, con más mentes con saludos
emite, más tristes.
Manuel

tu A.D. La comedia era una de Botón de
los Hombres, titulada "Marcela o ¿cual de los tres?"
el papel de Marcela lo hacia la Tessa Vial y yo
era uno de los tres pretendientes. Lalió muy
bonita y nos divertimos muchos. Estaba también
la Luz Sánchez que había ido por unos días al fin
do de las Vial; como tu sabías la Anita y Lala
Sánchez se comprometieron (cada una con su cada
uno).
De Alberto recibí ayer una carta en la cual yo
esperaba encontrar datos de la Logatinerie, la Mani
Frise etc. - das las novedades y chismes de Vina y si
lo me encuentro con amplias noticias de Faria tipo
López y cuanto "nuestro" ha echado Dios al
mundo. ¿Eres razón es un peccador me voy ille.
¿Lui te ha parecido la exaltación al trono
de D. Carlitos?

Si te vas luego a Santiago, trata de nexto con
Clovis, para confirmar las noticias de Volanguela
Matarana pues a decirte verdad no las tengo
de las Domingo.

Disculpa no te escriba mas largo, pero estoy
muy apurado, porque ya están almidando y
el esto mago me llabara a grandes voces.
Con Saludos a los tuyos y a abega cariñoso
mente tu amigo
Manuel

¿ve me había olvidado felicitate, disculpa,
en el cual te des (con a to do lo que
exito y prosperidad, lo que me cuenta a
implícito en una impunt, que me cuenta a
dame noticias muy importantes, nada me
si el papel, el punto nicho "nada me
me has dejado con mucha curiosidad que en
escribeme luego, si te falta papel por
L'apuntado, todos los días con saludos
emite, más tristes.
Manuel

rosa y consciente en la Sta. Misa en donde directamente se nos comunican los infinitos méritos adquiridos por Cristo en el Calvario.

Esa misma comunicación y aumento de gracia santificante trae por consecuencia inmediata el progreso en la virtud. El alma que en unión con Cristo hace en cada Misa que asiste su oblación, se une cada vez más a El por la fe, la esperanza y el amor; hace suyos los pensamientos y deseos del Maestro divino realizando aquello de S. Pablo, "sentid en vosotros lo que siente Jesús" (87), y crece en su corazón el deseo de practicar mejor todas las virtudes que el divino Modelo propone a su imitación.

La asistencia a la Misa atrae sobre el alma pecadora la misericordia de Dios, obteniendo, como el Concilio de Trento enseña, la gracia del arrepentimiento (88); de aquí la importancia de aplicar el Santo Sacrificio por la conversión de los pecadores y obtener de éstos su asistencia a la Misa.

Siendo la Sta. Misa la renovación del sacrificio del Calvario y Jesús el sacerdote y la víctima que ofrece y que se inmola, se comprenderá el infinito poder de intercesión que existe en ella. Ningún modo mejor para presentar al Señor nuestras súplicas que el hacerlas durante la Santa Misa siempre que nuestras peticiones sean hechas según el espíritu de Cristo, o sea, subordinando nuestra voluntad a la divina y nuestros pequeños intereses a la mayor gloria de Dios.

La liturgia de la Iglesia nos recuerda en la oración del IX Domingo después de Pentecostés cómo deben hacerse nuestras súplicas: "Señor, para que podáis concedernos lo que deseamos, hacednos pedir lo que os agrada".

¿Puede por algún título especial aumentarse el fruto de nuestra asistencia a Misa?

Sí; nos responde la enseñanza de la Iglesia y esto por diferentes títulos.

El que sirve la Misa por razón de su participación más íntima a los ritos con que se celebra y en cuanto representa a los fieles en ella recibe un mayor fruto del santo Sacrificio.

Los que hacen aplicar la Misa por sus particulares intenciones perciben el fruto especial por el cual ella es celebrada. Conviene aquí decir dos palabras sobre los estipendios y donaciones, no para refutar la blasfema y ridícula objeción de que la Iglesia negocia con las cosas espirituales, acusación nacida de una estúpida ignorancia y de una profunda mala fe, como para demostrar el significado real e histórico que esa ofrenda tiene.

En primer lugar conviene recordar que el estipendio no es un pago sino una ofrenda, pues a nadie, por débil que sea su fe, se le ocurrirá pensar que puede haber relación posible entre el acto más sublime de nuestra religión y una ínfima cantidad de dinero. Pero sobre todo esa ofrenda, sea la que se da a título de estipendio sea la que se ofrece en la Colecta que durante la Misa se realiza tiene por objeto recordarnos la participación en el Sacrificio. De hecho en la primitiva Iglesia en el momento del Ofertorio los fieles avanzaban hasta el altar llevando sus ofrendas, pan, vino, aceite, dinero, etc.; un subdiácono las recibía, apartaba algunos de esos panes que

(87) *Flp.* 2, 3.

(88) *Cfr.* Sesión XXII, c. 2.

servían para consagrarlos durante la Misa y el resto de éstos eran bendecidos y repartidos entre el pueblo, quien los llevaba como recuerdo a aquellos que no habían podido asistir; tal es el origen del pan bendito, o “eulogias” como se llamaban en la liturgia primitiva. Los demás dones servían parte para el servicio del culto, parte para el sostenimiento de sus ministros.

Esta hermosa costumbre, que aún se conserva en la Misa de consagración de un obispo y en las solemnes Misas papales y cuyo abandono ha contribuido a hacer olvidar el rol activo de los fieles en el Santo Sacrificio, tiene una reminiscencia en la colecta en dinero que se hace durante la Misa. Si las almas se penetraran más de su alto significado, si vieran en ese pequeño sacrificio que la Iglesia les aconseja el medio de sentir más vivamente el gran Sacrificio al cual asisten y en el cual participan, esa ofrenda hecha a veces por fines humanos u otras con el muy noble de ayudar a los gastos del culto, sería para ellos un medio de santificación que les ayudaría a vivir más íntimamente el Sacrificio de Cristo e inspirarían en él todos los actos de su vida cristiana.

Participan también más íntimamente los que en cualquiera forma ayudan a la celebración de la Misa. Así las personas que proveen el pan, el vino y los cirios, las que han bordado o confeccionado los ornamentos y paños, tienen un título especial en la inmolación de Cristo.

Si miráramos estas cosas más a la luz de la fe, ¡cómo nos sentiríamos honrados de poder cooperar en cualquiera forma al acto sublime que regocija los cielos y hace caer a torrentes sobre la tierra las bendiciones de Dios!

c) *Preparación a la Misa*

El acto supremo de la virtud de la religión al cual todos los demás directa o indirectamente se ordenan es el Santo Sacrificio de la Misa. De ahí brota como de fuente riquísima nuestra santificación como la misma Iglesia en su liturgia lo declara “ut sacrosanta mysteria in quibus *omnis sanctitatis fontem* constituisti, nos quoque in veritate sanctificent” (89). La vida de Cristo sobre la tierra estuvo por entero orientada al sacrificio que se consumó en la Cruz:

“No hay nada más grande en el mundo, dice Bossuet, que Jesucristo, no hay nada más grande en Jesucristo que su sacrificio, no hay nada más grande en su sacrificio que su último suspiro”.

La vida cristiana, que es participación a la de Cristo, también debe estar orientada hacia el altar que perpetúa y revive la obra de la Redención.

(89) tr.: “que los santos misterios, en los cuales has encerrado la fuente de toda santidad nos santifiquen en verdad”. (Oración de la Misa de S. Ignacio de Loyola, el 31 - VII).

El cristiano que desea vivir su fe, debe por esta razón preparar su alma para el Santo Sacrificio. Fue escrito en el Eclesiastés, "antes de la oración prepara tu alma" (XVIII-23); ¡con cuánta mayor razón cuando se trata de la oración más pura, santa y sublime!

Distinguiremos dos clases de preparación, la remota y la próxima.

Preparación remota

1. *La primera* y más esencial preparación es una vida verdaderamente cristiana. Si el acto central de la vida de Cristo fue su sacrificio y si la vida cristiana es comunicación con la de Cristo, en el vivirla intensamente debe encontrarse su mejor preparación. "Vivid de tal manera —dicen San Ambrosio y San Agustín—, que podáis merecer cada día el ser admitidos a la Sagrada Mesa". La oración, y de un modo especial la litúrgica, debe ser la expresión de una fe que se posee y que se vive. De otro modo se cae fácilmente en el ritualismo externo o en el hueco sentimentalismo, los dos grandes escollos de la sólida y profunda piedad. ¡Qué hermosa y fecunda es la vida cristiana contemplada en la unidad sublime de su fin sobrenatural! Y lo que unifica esta vida, así como la de toda la colectividad cristiana, es el Santo Sacrificio de la Misa, la Sagrada Eucaristía, con razón llamada por S. Agustín "el sacramento de unidad" (90). Hacer de su día una preparación y una prolongación de la Misa ¿no es el mejor medio de hacer perfectamente cristiana una vida?

Cuántas almas que asisten diariamente a la Sta. Misa y sin embargo su vida espiritual se desliza en una triste mediocridad, ¿no será, porque sin comprender el significado de la acción que diariamente ejecutan, no unifican su vida alrededor del altar, no hacen de cada uno de sus actos una preparación al gran Acto litúrgico donde el hombre sube y Dios baja, donde el alma adora, agradece, suplica y repara, donde la sangre divina del Cordero se derrama "pro nostra et totius mundi salutí", "por nuestra salvación y la del mundo?".

2. En segundo lugar, debe haber una preparación doctrinal; conocer la composición de la Misa, la historia de sus ritos y ceremonias, el profundo sentido de sus oraciones y enseñanzas. Es triste tener que confesarlo, pero la gran masa del pueblo cristiano desconoce casi por completo las maravillas sobrenaturales que en el Santo Sacrificio se contienen, y a causa de esta ignorancia no da a la Sta. Misa en su vida espiritual, el lugar que lógicamente debiera ocupar. ¡Cuán de desear sería que la enseñanza catequística se orientara más hacia la Misa y tomara como base de la explicación de los dogmas el Santo Sacrificio que los encierra todos. En vez de ese aprendizaje formulístico, que por experiencia sabemos cuán poco penetra en la inteligencia, ¿por qué no servirnos de la pedagogía sobrenatural de la Iglesia, que es su liturgia? Un ilustre escritor alemán, autor de célebres obras de catequesis, el Dr. Krieg, dice a este propósito lo siguiente:

(90) *Tract. 26 in Joan.*

"Querer infiltrar la religión en el corazón del niño sin tenerlo en relación con el culto, fuente perenne de religiosidad, es quitarle a la fe su base, alejando al niño de la fuente de múltiples y continua edificación. La liturgia personifica la fe y el espíritu de la Iglesia que manifiesta en el culto la propia conciencia religiosa, pensamientos y sentimientos, vida interior, con palabras, acciones y signos, o sea en forma sensible. *Lex orandi, lex credendi*. En la escuela de educación y de vida de la liturgia toda la vida espiritual del niño recibe los más variados y preciosos incitamentos" (91).

Una fe ilustrada, es la mejor base para una piedad sólida; la oración que se alimenta en el dogma es fuerte, amplia, sublime como el dogma mismo.

3) La Santa Misa es un sacrificio; el sacrificio que la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, ofrece al Padre celestial; pero al mismo tiempo debe ser el sacrificio de cada uno de los miembros, que en unión con la Víctima divina hacen de su vida una perpetua y sublime oblación.

"Yo os exhorto, hermanos, dice S. Pablo, a ofrecer vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a Dios; es el culto espiritual que le debéis" (92).

La Misa exige por tanto una *preparación ascética*, o sea el sacrificarnos con Cristo;

"el sacrificio visible que se ofrece exteriormente a Dios, dice San Agustín, es el signo del sacrificio invisible por el cual uno se ofrece a sí mismo y lo que posee para honrar a Dios",

y San Gregorio el Grande a su vez escribe:

"Es necesario que cuando asistimos al Santo Sacrificio, muramos, en cierto modo, por la contrición de nuestro corazón, porque celebrando los misterios de la pasión del Señor debemos imitar lo que hacemos. La Hostia no nos será, en efecto, favorable ante Dios si acaso no nos hacemos nosotros mismos hostias" (93).

"Nuestro Redentor fue hostia, es necesario que nosotros seamos hostias con El, dice Hugo de San Víctor. Nosotros ofrecemos en la Iglesia el sacrificio de Jesús y debemos en nuestras casas y en todos los otros lugares ofrecerle el nuestro" (94).

(91) Dr. Krieg, *Catechetica*; trad. italiana, p. 161.

(92) *Rm.* 12, 1.

(93) S. Gregorio el Grande, *Dial.* LXV.

(94) Hugo de S. Victor, p. 3, 6, 6.

Estos testimonios que representan la antigua y pura tradición de la Iglesia, nos muestran el valor ascético que tiene el sacrificio de la Misa y el trabajo ascético que su digna preparación exige. La vida cristiana, en efecto, debería ser considerada como una prolongación y preparación de la Misa: si por el cumplimiento de los sacrificios necesarios para conservar la gracia, por la aceptación plena de las cruces que el cielo nos envía, por las mortificaciones voluntarias que nos impusiéramos, nos hiciéramos verdaderas hostias ácidas sin levadura, dignas de ser presentadas al Señor, cuán bien podríamos ofrecernos juntos con la gran Hostia, "per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso" (95), para que nuestra vida fuera así un himno de adoración y de alabanza a la Trinidad Santísima.

La Iglesia expresa en su liturgia esa unión de los fieles al Sacrificio de Jesús, por la ceremonia de mezclar una gota de agua al vino que va a ofrecerse, como lo declara el Concilio de Trento, "hac mixtione ipsius populi fidelis cum capite Christo unio representatur (96).

¿Y de qué modo podemos unirnos a ese sacrificio de Jesús? Con un célebre autor espiritual del siglo XVII, Soufflier, responderemos:

"Ese sacrificio que se nos pide, es el dolor que tenemos, sea en sufrir una aflicción que no podemos evitar, sea en privarnos de los placeres que nuestra inclinación desea y que la ley de Dios prohíbe. Si queréis extender más lejos ese sacrificio encontraréis donde quiera víctimas que inmolar, levantarse temprano es sacrificar la pereza; emplear el día es sacrificar el ocio y la negligencia. Podéis, estando a la mesa, sacrificar la golosina, en la conversación el deseo de decir y de oír una infinidad de cosas inútiles. Podéis hacer tantos sacrificios a vuestros ojos impidiéndoles el ver objetos atrayentes que la curiosidad os invita a ver. Cuántos sacrificios haríamos con nuestra lengua si no le permitiéramos ni publicar nuestras alabanzas ni descubrir los defectos del prójimo. Era una de las prácticas más amadas por S. Pablo, el considerarse como una hostia viva, que puede llamarse en continua muerte, pues se sacrificaba todos los días de diversos modos. Si para nosotros es una necesidad el morir ¿podríamos escoger una muerte que sea ni más agradable a Dios ni más gloriosa para nosotros que la de acabar con nuestro último suspiro nuestro holocausto? Ofrezcamos por adelantado a Dios todas las gracias naturales que los años y las enfermedades nos quitarán. Sacrifiquemos a su Ser eterno nuestro ser que se destruye; hagamos que nuestra vida mortal rinda al sacrificarse un homenaje continuo a su inmortalidad" (97).

De este modo todos nuestros sacrificios unidos al augusto de la Misa y del Calvario se elevan, dignifican y adquieren su unidad sobrenatural. Así podemos con propiedad repetir la oración, con que la Iglesia en su liturgia, expresa esta idea que acabamos de exponer: "Propitius, Domine, quaesumus,

(95) tr.: "por El, con El y en El".

(96) tr.: "esta mezcla representa la unión del pueblo fiel con Cristo, su Cabeza". (Sesión I, XXII, c. 7).

(97) Soufflier, *Los Frutos de las ceremonias* (1954).

haec dona sanctifica, et hostiae spiritualis oblatione sucepta, *nosmetipsos* tibi perface munus aeternum" (98).

Preparación inmediata

Nos referiremos solamente a las prácticas de mayor importancia, especialmente a la meditación, oraciones antes de la Misa, y Asperges de la Misa parroquial.

1) *La meditación*, o más propiamente, la oración mental es una conversación interior con Dios que no se manifiesta al exterior. "Dios es Espíritu, ha escrito San Juan (99), y aquellos que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad".

La Santa Misa es el gran acto de adoración exterior que la Iglesia rinde por medio de Jesucristo a Dios; la actitud fundamental del cristiano al participar en ella debe ser también de adoración, pero para que ese sentimiento se manifieste en toda su verdad y sinceridad debe brotar del interior, de las profundidades del ser de su inteligencia y de su voluntad. Es necesario prepararse debidamente en este espíritu y esto se realiza por medio de la meditación. ¿Existe una relación entre la oración mental y la liturgia? podrá preguntarse.

Cuánto más se penetra en la vida cristiana se percibe mejor la maravillosa unidad que liga todos sus elementos en líneas de admirable sencillez. Como muy justamente escribe Cecile Bruyere, en su fundamental obra "*La vie spirituelle et l'oraison*":

"establecer entre estas formas de la piedad católica un envidioso paralelo, aislarlas una de otra en una especie de rivalidad no trae ninguna ventaja; y nosotros vanamente buscamos cómo podrían entre ellas perjudicarse o excluirse. ¡Feliz quien une ambas en un común amor! Que la una y la otra permanezcan en su rango en la práctica y en la estima de los hijos de la Iglesia".

La oración mental encuentra en la liturgia su más sólida base; en efecto, al contacto con la oración oficial de la Iglesia, nuestra piedad personal, sin perder nada de lo nuestro que posee, se amplía y eleva estableciendo un contacto más íntimo con la jerarquía y los fieles. La liturgia, al mismo tiempo, sirve al alma para expresar los sentimientos producidos por la verdad contemplada en la oración en un lenguaje que es imposible humanamente encontrar y sobre todo la liturgia es una fuente inextinguible que alimenta y vivifica nuestra oración. La base de toda oración debe ser el dogma, sólo es buena la oración que nace de la verdad.

(98) tr.: "Dignate, Señor, santificar estos dones y aceptando la ofrenda de esta hostia espiritual, haz de *nosotros mismos* una oblación eterna a vuestra gloria, por Cristo Nuestro Señor". (Lunes de Pentecostés).

(99) *Jn.* 4, 24.

“Es aquí justamente, dice Guardini, donde la liturgia es verdaderamente maestra. Ella da a la oración toda la amplitud del dogma. Ella no es otra cosa que la Verdad, la Verdad bajo el ropaje de la oración, verdad compuesta de estas verdades fundamentales: Dios en su inmensa bondad, plenitud y grandeza, Dios uno y trino; la creación por las manos de Dios; su Providencia, su omnipresencia —la falta, la justicia, el rescate— la Redención —el Redentor y su reino— las realidades supremas” (100).

¿Dónde encontramos mejor ese conjunto de dogmas que al recorrer el ciclo litúrgico, meditando esos misterios que nos presenta, mas aún, sacando de cada uno el fruto especial que Nuestro Señor ha querido unir a ellos?

Una vida de oración mental que sea el eco continuo de la vida litúrgica, que cada año siga con fe, reverencia y amor los pasos de Cristo desde su nacimiento a su ascensión, posee un sólido fundamento sobrenatural y una eficacia incomparable.

Que el tema de meditación de cada día sea el misterio o la festividad que la Iglesia celebra, buscándolo especialmente en el Evangelio, Epístola u otra parte de la Misa que corresponde ¿no sería realizar en nuestra vida espiritual esa unidad que vivifica y conduce directamente a Dios? El Misal debe ser nuestro mejor libro de meditación, así la oración privada y la pública se unen en un común espíritu de adoración y de amor; la liturgia da a la meditación la fuente de sus inspiraciones, la meditación a su vez prepara al alma para mejor penetrar en la oración litúrgica, llega a ser como su eco continuo que conserva en nuestro corazón la voz de la Iglesia que ora.

“Hay almas, dice Sauvé, que viven todo el día de las colectas u otras oraciones de la Iglesia que han oído o recitado en la mañana, o del oficio que cantan o recitan ¡oh método simple y fecundo! Esas almas pasarán, como de un modo natural, de la liturgia de la tierra a la liturgia del cielo” (101).

2) El sacerdote además de la meditación se prepara a celebrar el Santo Sacrificio recitando el oficio divino, la parte más importante de esa preparación.

En su lugar correspondiente, hablaremos de la relación íntima existentes entre el Oficio y la Misa, bástenos por ahora indicar cómo en los primeros siglos del cristianismo, los fieles juntos con el sacerdote se preparaban al santo sacrificio con la recitación en común de salmos, himnos y oraciones que ocupaban gran parte de la noche. De esa *Vigilia* o preparación nació el oficio.

En épocas de mayor fe y cultura religiosa cuando los fieles no tan sólo “vivían en la Iglesia, sino vivían la Iglesia” (102), el oficio divino constituía una preparación necesaria al sacrificio; ¿sería mucho ambicionar el que esa

(100) Guardini, *L'Esprit de la Liturgie*.

(101) Sauvé, *Letanias del Sagrado Corazón*, elevación 31.

(102) Guardini, Romano.

práctica renaciera, y que en vez de las sentimentales y huecas fórmulas de preparación de tantos manuales de piedad, los fieles se dispusieran a participar en el sacrificio, por la celebración del "sacrificium laudis" (103), o sea la recitación del divino oficio?

Junto con la recitación del oficio, el sacerdote dice varias oraciones, himnos y letanías, que son como un resumen del oficio y preparan el espíritu para celebrar con fervor la Santa Misa. Esas oraciones se encuentran al comienzo del Misal, los fieles que acostumbran usarlo, encontrarán ciertamente ahí un alimento precioso a su piedad y un excelente medio de preparación a la digna y fervorosa participación en el Sacrificio.

3) El *Asperges* de la Misa parroquial.

Antes de la Misa parroquial o de comunidad el sacerdote hace cada Domingo la aspersion del agua bendita. Es ésta una ceremonia cuyo origen se remonta a los primeros siglos de la Iglesia, y en la cual debemos distinguir dos partes principales: la bendición del agua y la aspersion propiamente dicha. La bendición del agua proviene de la devoción de los fieles de sacar un poco del agua de la pila bautismal los días de Pascua y Pentecostés, antes que ésta fuera mezclada con el santo crisma y llevarla para bendecir sus casas y campos. No bastando esto a la piedad popular, fue necesario bendecir el agua todos los domingos antes de la Misa Mayor. La ceremonia está llena de un profundo significado espiritual y guarda una estrecha relación con la primera parte de la Misa que es una purificación del alma antes de ofrecer la hostia inmaculada. En efecto; el agua purifica, la sal preserva, ambas son exorcizadas para arrancar de ellas toda influencia del demonio y poder elevarlas a un uso santo. Los exorcismos y bendiciones del agua y de la sal son colocados por San Basilio en el número de las tradiciones apostólicas. Tertuliano y San Cipriano ya hablan de ellas. Al tratar de los sacramentales hablaremos más extensamente del uso del agua bendita.

Después de bendecir el agua, se hace con ella la aspersion del altar, del sacerdote y del pueblo. Es un recuerdo más vivo de la pureza que deben tener el sacerdote que ofrece, el pueblo que participa y el altar sobre el cual se inmola la Víctima divina. El rezo del Miserere durante la aspersion viene a expresar en forma aún más clara los sentimientos de contrición que purifican el alma y la hacen digna de acercarse al Santo de los Santos.

d) *Asistencia a la Misa.*

La Misa, hemos dicho varias veces en el curso de este trabajo, es el sacrificio que el Cuerpo místico ofrece a Dios. La naturaleza humana, afirma el Concilio de Trento, pide un sacrificio visible. El Salvador se lo proporciona por su Iglesia en el inefable misterio de su presencia real, bajo las apariencias del pan y del vino (104). Jesús invisiblemente lo ofrece por me-

(103) tr.: "sacrificio de alabanzas".

(104) Sesión XXII, c. 1; *Denz.*, 938.

dio del sacerdote ministro visible del sacrificio. El representa a la Iglesia, que por su jerarquía ofrece y se ofrece con las oraciones, sacrificios y trabajos de todos sus fieles. Todos participamos y somos en cierto modo sacerdotes en la mística oblación. Nuestro deber, es por lo tanto, participar activamente en ella. No somos mudos espectadores de una escena, somos actores responsables en un drama divino. El sacrificio que en el altar se celebra es de Jesús y nuestro. La Misa a la cual asistimos es "nuestra Misa".

Tal es el gran principio que sirve de base a la participación activa de los fieles al adorable Sacrificio eucarístico.

Indicaremos los medios más importantes para desempeñar con plena conciencia ese rol tan noble y fecundo para la vida espiritual.

1) *El uso del Misal.*

S. S. Pío X, (d. s. m.), al hablar del acto central de nuestro culto, decía: "no rezéis *en* la Misa sino rezad *la* Misa", palabras que bien claro nos indican la importancia que para el alma tiene la unión a las oraciones mismas que la Iglesia por su sacerdote en ese instante recita. En realidad, el Misal contiene la oración, que la Iglesia en veinte siglos, bajo el soplo vivificador del Espíritu Santo, ha compuesto como la expresión más elocuente y profunda de su adoración a Dios. El es según la expresión del Cardenal Mercier,

"el guía seguro en donde la Iglesia, encargada del cuidado de nuestras almas, nos traza con solicitud maternal el itinerario que debemos seguir para llegar infaliblemente por Jesucristo hasta Dios" (105).

"y con cuyo manejo, escribe en otro sitio el mismo Cardenal, llegarían todos los fieles bajo la dirección de sus sacerdotes a desviarse de esas insípidas, cuanto efímeras devociones de moda, templando su fe y su vitalidad en el manantial de la sana y fuerte piedad católica" (106).

Los devocionarios, o "libros de Misa" como vulgarmente se les llama, dan una idea general del Santo Sacrificio, pero no pueden enseñar la rica variedad de sus oraciones ni hacer resaltar la parte activa que los fieles tienen en la celebración de la Misa.

El Misal da a la piedad cristiana una sólida base dogmática junto a una inmensa amplitud de pensamiento, ilustra la fe y forma lenta, pero seguramente las virtudes que orientan la vida. Su uso diario hace recorrer los misterios de la vida del Salvador y familiarizarse con la lectura de los Libros Santos, enseña a educar la sensibilidad y a expresarla en las fórmulas que proceden del Espíritu Santo, desprende del mezquino círculo de una piedad individualista y hace penetrar en el inmenso campo de la vida común de la Iglesia en su oración oficial.

El uso del Misal, da sobre todo el verdadero sentido sobrenatural de la Iglesia, mediadora entre Dios y los hombres, encargada de presentar ante su trono la oración y el sacrificio a nombre de la humanidad y a incli-

(105) Prefacio al Misal de Dom G. Lefebvre.

(106) Card. Mercier, *Obras Pastorales*, t., v.

narse hacia el hombre para comunicarle las gracias que ha recibido de su divino fundador.

¿No habrá que atribuir el olvido del sobrenatural que aflige nuestra época a esa ignorancia de la oración de la Iglesia, a ese desconocimiento total de lo que en el altar se dice y se ejecuta por el sacerdote?

“Todo hombre que piensa, ha escrito un célebre autor alemán, abandona poco a poco las formas que le son incomprensibles” (107),

y entre gran número de fieles, ¿no vemos en su semblante distraído al asistir a Misa la superficialidad de su fe en la sublime acción que se realiza? Para elevarlos a la vida interior es necesario iniciarlos en la vida de gracia y de oración que engendra la Iglesia; y a esto ayuda eficazmente la inteligencia de los textos por el uso del Misal.

En vez de las devociones *en* la Misa deberíamos tener la devoción *de* la Misa, rezar nuestra Misa, vivir nuestra Misa y hacer que ella sea para nuestras almas lo que el divino Salvador dispuso “fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna” (108).

Entre los muchos prejuicios que contra el uso del Misal existen y que en realidad no vale la pena refutar, se halla el de aquellas personas, que aunque comprenden sus ventajas, se atemorizan ante la falsa idea de que es muy complicado su uso. No hay nada más falso; las reglas son sencillas y claras y especialmente los Domingos y días de fiesta, es sumamente simple el seguirlas, todo está en tener presente algunos principios esenciales y en saber la Misa que toca cada día, lo que es muy sencillo con ayuda de un calendario litúrgico, como ya en esta arquidiócesis ha comenzado a publicarse.

2) *La Comunión en la Misa.*

El centro del culto eclesiástico, lo hemos varias veces repetido, es la Eucaristía, sacrificio y sacramento. ¿Qué relación existe entonces entre la Santa Misa y Comunión? He aquí un punto que conviene esclarecer para colocar a esta última en su verdadero lugar.

La Comunión es la participación más perfecta al Sacrificio; la misma víctima que ha sido inmolada en el altar sirve para alimento de nuestras almas, por ella entramos en unión más íntima con Jesucristo y recibimos plenamente los frutos de su sacrificio Redentor. Es necesario inculcar la estrecha relación que entre la Misa y la Comunión existen, más aún, cómo la Comunión forma parte del Sacrificio, para acostumar a los fieles a que dentro de lo posible se acerquen en ese momento de la Misa a recibir a Jesús.

El cristiano que en la Sgda. Comunión ve tan sólo la manducación real de Jesucristo tiene de ella una idea incompleta, ya que esa manducación significa además, una participación al Sacrificio de Cristo la cual será ciertamente más estrecha si se realiza dentro de la misma Misa.

(107) D. Tippmann.

(108) *Jn. 4, 14.*

Conviene al hablar de la Sagrada Comunión en relación con el Sto. Sacrificio, insistir respecto a la verdadera idea que de la piedad eucarística debemos formarnos. Para muchas almas de nuestros días la expresión “piedad eucarística” evoca inmediatamente la idea del culto que se da a la Santa Reserva; bendiciones solemnes, exposición, horas santas; procesiones, etc., que aunque actos en sí santísimos no dan un concepto completo de la Eucaristía, que es *ante todo*, Sacrificio y Comunión. Es *aquí* donde se encuentra la virtud *sacramental* de la Eucaristía, aunque los demás actos de piedad eucarística sirvan grandemente para aumentar la fe y la devoción hacia el Augusto Sacramento.

A este respecto, para mayor autoridad quiero transcribir las palabras de Don L. Beaudin:

“Hay una jerarquía muy importante que respetar entre este triple objeto de la piedad eucarística simbolizada por el altar, la sagrada mesa, y el tabernáculo. La Eucaristía es ante todo, una acción sacrificadora; ella adquiere todo su valor y realiza el fin principal de su institución en el *acto* mismo que llamamos la Santa Misa; acto concreto y limitado que se realiza según los ritos fijados por Cristo mismo o por su Esposa y que cesan cuando esos ritos *acaban*.

El Altar es, pues, el centro del culto eucarístico. La Santa Comunión es la participación más estrecha y más completa a ese acto divino que la Misa reproduce, a saber, el santo Sacrificio de la Cruz.

Sería, pues, rebajar la santa Comunión el presentarla como un acto distinto e independiente. Su *excelencia* le viene, al contrario, del hecho que ella se confunde con la Santa Misa y nos hace participar lo más abundantemente posible a los frutos del sacrificio de la Cruz: “*Mortem Domini anuntiabit donec veniat*” (109).

La Santa Misa y la comunión son pues, actos *esenciales* del culto eucarístico bien comprendido. Los ejercicios de devoción destinados a rendir homenaje a la Santa Reserva deben ocupar un lugar secundario en relación a esos objetos esenciales. La Santa Reserva es hecha ante todo para atender las necesidades de los fieles; no se conserva el Santísimo Sacramento con el fin de organizar en seguida en su honor el verdadero culto eucarístico, imperfecto por otra parte; sino se rinde culto de latría a la Santa Reserva cuya conservación se hace para utilidad de los fieles” (110).

“No se reserva porque se deba adorar, se adora porque debe reservarse” (111). Lo que en nada se opone a la declaración del Tridentino “*neque enim ideo minus est adorandum, quod fuerit a Christo Domino, ut sumatur institutum*” (112).

El verdadero e íntegro concepto de la piedad eucarística llevará ciertamente a los fieles a mirar siempre su Comunión en relación con la Misa

(109) tr.: “anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga” (1 Co., 11, 26).

(110) Dom L. Beaudin, “Fête Dieu”, artículo publicado en *Les Questions liturgiques et paroissiales* (1921), t. VI.

(111) *Ibid.*, Irenikon I - 1926.

(112) tr.: “ni es, por eso, menos digno de ser adorado aquello que fue instituido para ser asumido por Cristo”. Sesión XII, cap. 5. *Denz.*, 878.

y a hacer que el Sacrificio Eucarístico desempeñe en su vida espiritual el rol fundamental que posee, tal como San Pablo en su Epístola I a los Corintios magistralmente nos lo enseña (113).

3) *El canto en la Misa.*

Siendo la Misa el acto de adoración oficial que la Iglesia da a Dios, fácil es comprender, que trate de rodear su celebración de todo el esplendor y hermosura posibles. El canto sagrado es una de las formas principales en que se expresa la piedad de la Iglesia y uno de los medios más eficaces para unirse activamente a sus oficios. No es de extrañar, por tanto, que la Iglesia dé tanta importancia a la música sagrada y en especial a la forma que le es propia, *el canto gregoriano*.

“El canto Gregoriano es el canto propio de la Iglesia romana, el *único* canto que ella ha heredado de los antiguos padres, canto que ella ha celosamente conservado durante siglos en sus reglas litúrgicas y que propone a los fieles como directamente suyo, que ella ha prescrito exclusivamente en ciertas partes de la liturgia y que los estudios recientes han tan felizmente restituido en su integridad y en su pureza” (114).

¡Cuán hermosa es la fe que se expresa en esa armonía natural, e ingenua del canto gregoriano donde vibra el alma de la Iglesia! ¡Cuánta gloria se rinde a Dios en esa oración, cuántos bienes atrae sobre la Iglesia entera y sobre las almas que por ella participan activamente en los divinos oficios.

El canto unísono de todo el pueblo reunido, no sólo da majestad y hermosura a los divinos oficios, sino que al mismo tiempo constituye un verdadero programa de educación popular.

¿Dónde mejor se expresa la idea de la fraternidad cristiana que en el hecho de mil voces y mil corazones unidos por el mismo canto en un solo corazón y una sola voz?

“Matemáticamente, físicamente, moralmente, escribe el Cardenal Maffi, el unísono es el supremo acorde. Un pueblo que canta con una sola voz es un pueblo potente y grande porque tiene un solo corazón”.

Tal ha sido la tradición constante de la Iglesia “cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino”, dice S. Pablo (115), indicando así como el canto debe brotar de la plenitud del corazón. En las penumbras de las catacumbas romanas resonaba el canto cristiano como la expresión más pura de la fe. San Gregorio Magno, el gran legislador de la Iglesia, coloca como base de su inmensa obra restauradora la codificación y reforma del canto que lleva su nombre:

(113) Cfr. *I Co.* 10, 14 - 21; 11, 24 - 26.

(114) Pío X, *Motu Proprio* del 22 - XI - 1903.

(115) tr.: “cantando y salmodiando en vuestros corazones al Señor”, *Ef.* 5, 19.

“La historia de la conversión de media Europa, escribe un autor de tanta autoridad como D. Festugières, podemos decir que es la historia de la acción social de un coro sobre una asistencia de fieles” (116).

Las conversiones de un Hwysmans o un Verkade ¿no nos están demostrando, que este método *tradicional* y *auténtico* de apostolado es perfectamente apto para los tiempos modernos?

Los últimos documentos pontificios sobre esta materia hablan bien alto de la inmensa trascendencia que la Iglesia da al canto ejecutado según sus tradicionales normas. El Reglamento de 24 de septiembre de 1884 de la Sagrada Congregación de Ritos, el “*Motu Proprio*” de 22 de noviembre de 1903 de S. S. Pío X, la Bula *Divini Cultus Sanctitatem*, del actual Pontífice, señalan una línea precisa que ningún católico puede desconocer o interpretar antojadizamente. No veamos en el canto sagrado un mero sentimiento artístico sino la expresión de la más pura piedad. Dice S. Agustín “cantare amantis est” (117), y el antiguo adagio repetía: “bis orat qui cantat” (118). Terminemos con las palabras de Moissonet:

“El canto es la expresión más completa, más honorable, más gloriosa del homenaje a Dios. Todas las otras expresiones son incompletas; sólo por la alabanza cantada el hombre da a Dios todo lo que tiene y todo lo que le debe”.

La S. Misa y la vida espiritual.

Hemos expuesto hasta aquí las diversas actitudes del cristiano en su preparación, asistencia y participación a la Misa, no queda sino señalar la influencia de ésta sobre su vida.

Sin temor podemos afirmar que la Sta. Misa envuelve todo un programa de vida espiritual y que el vivir de ella a través del día significa ejercitar las virtudes más fundamentales de la ascética cristiana.

Vivir nuestra Misa: he ahí una fórmula breve y comprensiva de toda la espiritualidad. En ella se encuentran reunidas las tres etapas del alma en su ascensión a Dios.

Es ya conocida la tradicional división de las tres vías de la perfección cristiana: purgativa, iluminativa y unitiva que encontramos en los más antiguos autores como Clemente de Alejandría (119); S. Agustín en varias de sus obras (120), S. Bernardo y especialmente Santo Tomás (121).

(116) D. Festugières, *La Liturgie Catholique*, p. 66.

(117) tr.: “El cantar es propio del que ama”.

(118) tr.: “aquel que canta ora doblemente”.

(119) Cfr. *Stromata*, VI, 12.

(120) Cfr. *De natura et gratia*, cap. 70.

(121) Cfr. *Suma Teológica*, II - II, q. 9, q. 24, a. 9.

Sin embargo, esta división no es absoluta ni matemática y en cada una de esas etapas existen gran variedad de grados. Más aún, en cualquier vía que se encuentre el alma siempre participa de las cualidades de las otras; así en la vía purgativa de renuncia al pecado, junto a los actos de penitencia y negación a sí misma que la purifican hay otros que la iluminan sobre las verdades de la fe y otros que la unen al corazón de Dios; igual cosa podemos decir de la vía iluminativa y unitiva. De modo que lo que determina a un alma para encontrarse en tal o cual vía es *la parte preponderante que en ella tienen sean los actos de renuncia al pecado, sea la imitación de las virtudes de Ntro. Señor, sea la unión amorosa con Dios en todas las circunstancias y momentos.*

La Sta. Misa encierra estas tres clases de actos; la primera parte de la Misa de catecúmenos, o sea las oraciones al pie del altar expresa la compunción del alma ante el recuerdo del pecado; la segunda parte, a saber, las lecturas y oraciones que van desde el Introito al Credo inclusive, iluminan el espíritu mostrándole a la luz de los libros santos y en especial del Evangelio las virtudes cristianas y su divino Modelo; la Misa de los fieles en su primera parte del ofertorio señala al alma el desprendimiento total de las cosas creadas para ser ofrecida como hostia pura al Señor, mientras la segunda, o sea la oblación del sacrificio que reproduce la muerte de Jesús, muestra al Amor que transforma dando junto con la muerte a sí mismo la verdadera vida en Jesucristo; la Comunión representa, de una parte la aceptación del sacrificio y de la otra, la íntima comunicación de vida divina, la consumación total de la voluntad en el Amor, cumbre de la vida espiritual.

Nos detendremos en estos puntos con el fin de mostrar la verdad que antes enunciábamos, o sea, que el *vivir nuestra Misa* es una síntesis perfecta de la vida espiritual, cualquiera que sea su desarrollo, de tal modo que ella puede igualmente servir al alma que se inicia en las purificadoras vías de la ascética como la que se consume en las transformadoras de la mística.

Las oraciones al pie del altar, están impregnadas de un vivo sentimiento de compunción, base indispensable que prepara a la iluminación del alma por la fe y a la unión en la caridad que las otras partes de la Misa producen.

La vía purgativa tiene como fin especial la renuncia al pecado, no tan sólo por la absolución sacramental que perdona la falta, como sobre todo por la disposición habitual de contrición que desprende al alma de todo aquello que se opone a la divina unión, en especial la imperfección y el pecado. En esto consiste la compunción del corazón que podríamos definirla "como el sentimiento de contrición reinando de un modo estable en el alma" (122).

Esta virtud, a menudo olvidada hoy día por las almas que desean construir rápidamente edificios espirituales, pero sin sólida base comunicaba a la piedad antigua una especial firmeza. Daba una humildad profunda, llena por otra parte de confianza, una generosidad nacida del espíritu de reparar las pasadas culpas, una fuerza en las pruebas procedentes del abandono completo a la voluntad de Dios que antes contrariara, una caridad mi-

(122) D. Marmión.

sericordiosa ante el hermano caído que el recuerdo de sus propias debilidades le hacía compadecer; todos frutos preciosos de la compunción del corazón.

No es raro, entonces, ver cuánto abundaba en los santos este sentimiento que los acompañaba hasta su muerte, que los hacía fuertes en la tentación enseñándoles a desconfiar de sí mismos, que sostenía su espíritu de mortificación constante y los empujaba cada día a progresar en los caminos del Señor. El gran legislador de los monjes de Occidente, San Benito, prescribe en su Regla que “*cada día* confecemos a Dios nuestras faltas pasadas, en la oración acompañada de lágrimas y gemidos” (123), porque es justamente “a causa de la actitud humilde del alma que seremos escuchados” (124). El Misal romano, trae en sus oraciones diversas la “*pro petitione lacrymarum*” (125), hermosa fórmula donde se expresa la compunción del corazón:

“Dios todopoderoso y lleno de dulzura, que en favor del pueblo sediento, hiciste brotar de la roca una fuente de agua viva; arrancad a la dureza de nuestro corazón lágrimas de compunción, a fin que podamos llorar nuestros pecados y merezcamos, por vuestra misericordia, obtener su remisión”.

Ahora bien, este sentimiento, base de la conversión de nuestra vida, elemento indispensable de sincera purificación lo encontramos admirablemente expresado en diversas partes de la Misa y de un modo especial en las oraciones al pie del altar.

El salmo 42 es un cántico admirable donde se mezclan la confusión y la confianza, pero donde sobre todo flota el arrepentimiento sincero del alma pecadora que quiere purificarse antes de entrar al “altar de Dios”, de ser conducido a la montaña santa, al tabernáculo del Señor”. Delante de la asamblea de los fieles, ante toda la corte celestial, profundamente inclinado, el sacerdote confiesa “*quia peccavi nimis*” que ha pecado en exceso, “*mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa*”. ¡Oh cuán hermosa es en estos momentos la humillación contrita del que está colocado sobre los hombros y representa al mismo Jesucristo! ¡qué fuente tan pura de compunción sincera son estas oraciones al pie del altar, estos golpes de pecho, estas voces que piden clemencia e imploran la divina misericordia!

Este sentimiento acompañará al sacerdote en todos los principales momentos del sacrificio; aunque su unión al Señor sea tan estrecha siempre sus ojos se volverán al pasado para encontrar en él una fuente preciosa de humillación y desconfianza en sí mismo. Antes de subir al altar pedirá al Señor que “quite de nuestras almas todas nuestras iniquidades”, al entonar el “Gloria in excelsis” junto a las exclamaciones de alegría dejará oír las de arrepentimiento “tened piedad de nosotros, tu que borras los pecados del mundo”, al ofrecer la hostia la hará primeramente “por sus innumerables pecados, ofensas y negligencias”, antes de la consagración pedirá al Señor

(123) S. Benito, *Regla*, cap. IV.

(124) *Ibid.*, cap. XX.

(125) tr.: “para pedir el don de lágrimas”.

“ser librado de la condenación eterna”, después de ella, al pedir una parte en la sociedad de los santos, lo hará recordando que sin embargo, es pecador “nobis quoque peccatoribus” (126), y al consumarse el sacrificio antes de la comunión, humildemente golpeará su pecho pidiendo al “Cordero de Dios que borra los pecados del mundo tenga misericordia de él” y suplicándole “no mire a sus pecados sino a la fe de su Iglesia”.

En realidad la Sta. Misa es una fuente preciosa de purificación donde el alma aprende a conocer su miseria, dolerse de sus faltas, desconfiar de sí misma y abandonarse al Señor.

La vía iluminativa, como su nombre lo indica, se caracteriza por un mayor conocimiento de los misterios de la fe y en especial de la adorable persona de Jesús, modelo supremo de la perfección cristiana. La Sta. Misa, y en especial la parte que va del Introito al Ofertorio, arroja sobre el alma torrentes de luz, sumergiéndola en el campo sobrenatural de la fe.

La Misa es ante todo, el “mysterium fidei” que nos reproduce la Cena y el sacrificio de la Cruz, pero además nos hace vivir todos los otros misterios de la vida del Señor, como la oración que sigue a la consagración nos lo recuerda:

“unde et memores... acordándonos pues, Señor, de la bienaventurada *pasión* del mismo Cristo, vuestro Hijo, nuestro Señor, de su *resurrección*, de los infiernos y de su gloriosa *ascensión* a los cielos, etc.”.

Las lecturas y oraciones que forman la parte de la Misa que va del Introito al Ofertorio ponen de manifiesto los distintos misterios del Señor.

A la luz de la palabra inspirada de la Biblia, de las oraciones profundas de la Iglesia, tan llenas de sentido dogmático, de las hermosas secuencias donde vibran unidas la profundidad y la ternura, el alma recibe cada vez mayores luces que la ilustran sobre las verdades de la fe. Con razón puede uno apropiarse las palabras del Salmista y decir que en esa luz de la Misa contemplamos la verdadera luz, “in lumine tuo videbimus lumen”.

“El pensamiento es la condición interna de salud de la vida espiritual, ha escrito Guardini, sólo es buena la oración que viene de la verdad, sólo el dogma da a la oración la fuerza, esa fuerza áspera pero vivificante, salvadora, sin la cual corre el riesgo de degenerarse”.

Esta verdad el alma la recibe en la Misa y en especial en aquellas partes donde más claramente aparece el fin didáctico de la Iglesia. La Misa bien comprendida, es sin duda, una fuente segura de verdad que ilumina el espíritu.

Pero la santidad no es tanto una obra de la inteligencia cuanto de la voluntad; es la que conociendo a la luz de la fe, el término al cual debe remontarse, lo quiere, lo busca y se une a él para vivir de él. Esta acción exige una triple actividad; la separación de las cosas creadas, la muerte a sí misma, la vida total en Dios y para Dios. Este triple misterio se realiza en

(126) tr.: “también a nosotros pecadores”.

la Sta. Misa y el alma que vive de ella debe también realizarlo. En el ofertorio, la materia del sacrificio es separada de todo lo profano, reservada sólo a Dios para ser su hostia inmaculada.

El alma debe también practicar este total desasimiento de la creatura, sin el cual no hay perfección posible y en esta parte de la Misa encuentra la más rica lección de desprendimiento.

Sabemos cuánta importancia dan los autores espirituales a esta renuncia a las creaturas; los que han hecho los ejercicios espirituales según el método de San Ignacio de Loyola y han penetrado en el pensamiento de las meditaciones llamadas de "principio y fundamento" comprenderán bien cuánto importa desasirse de lo creado y colocarse en aquella "santa indiferencia", base del verdadero progreso del alma.

Si nuestra asistencia a la Misa es activa, si existe una correspondencia verdadera entre el rito exterior de la ofrenda y nuestra inmolación interior, el ofertorio despertará en nuestra alma el deseo de inmolación, la separación completa de la creatura para vivir constantemente en espíritu de alabanza, gratitud y reparación al Señor. "Ut ambuletis digne Deo, per omnia placentes" (127).

Es el amor quien así desprende el alma de lo creado y la ofrece a la Trinidad santísima; es el Espíritu Santo, amor substancial e infinito quien la consume para llevarla a la plenitud de vida y transformarla en el objeto amado, por eso reproduce en ella la muerte de Jesús. "Complantati facti sumus similitudinen mortis ejus" (128). O sea, según el pensamiento del Apóstol hemos muerto al "hombre viejo" para revestir el nuevo, creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad (129). La perfección cristiana no ha encontrado en realidad mejor fórmula que la de la epístola a los Colosenses: "Mortui enim estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo" (130).

Esta muerte para tener la vida se expresa en la consagración; la oblación sangrienta del Calvario se renueva; Jesús, hostia perpetua, se ofrece y nos ofrece; en virtud de ese sacrificio de la Cruz que la acción del sacerdote reproduce hemos sido incorporados a Cristo, *hechos participantes del misterio* de su pasión; "por El, con El y en El", miembros de su místico cuerpo que se ofrece en el altar, damos al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria".

Jesús, Víctima divina, que perpetuamente se ofrece por los pecados del mundo nos hace participar de su estado de víctima. ¡Si el alma viviera *su Misa!*, si cada una de sus secretas inmolaciones, de sus grandes o pequeños dolores los ofreciera en unión de la Víctima ofrecida en la mañana en el altar, si recordara que esos sacrificios son la realización práctica de la palabra del Apóstol "Cumpro en mi lo que falta a la pasión del Salvador, por

(127) tr.: "para que caminéis en forma digna de Dios, agradándole en todo", *Col.* 1, 10.

(128) tr.: "hechos de una misma planta con él, por una muerte semejante a la suya", *Rm.* 6, 5.

(129) *Ef.* 4, 24.

(130) tr.: "Estáis en efecto muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios", *Col.*, 3, 3.

su cuerpo que es la Iglesia" (131), si pensara "que así como somos ahora *socios* de su pasión, lo seremos un día de su gloria" (132), ¡qué fuente de resignación, de heroísmo, de ocultas inmolaciones que como torrente de vida sobrenatural correrían por la Iglesia!

Al consagrarse el pan desaparece su substancia para cambiarse en Jesucristo; así también el alma que *vive su Misa* va desapareciendo de su vida natural por la humildad y renunciamiento y transformándose en Cristo por una unión cada vez más estrecha a su voluntad y a su corazón, para poder decir con S. Pablo "no soy yo quien vivo es Cristo quien vive en mí" (133).

Dios acepta la oblación del alma víctima que se inmola a su gloria y en señal de aceptación la invita al banquete celestial, a la comunión íntima donde El se da sin reservas, donde el alma se consume en el fuego transformador del Amor.

"El efecto de este sacramento, dice Sto. Tomás, es el obrar una cierta transformación en Cristo por medio de la caridad. Es éste su fruto propio, ya que es propio de la caridad transformar a aquel que ama en el objeto de su amor" (134).

San Cirilo de Alejandría, el padre de la Iglesia que con mayor profundidad ha estudiado el misterio de nuestra unión con Cristo, compara la unión del que comulga con Jesús a dos pedazos de cera en fusión que se compenetran totalmente (135) porque la carne de Cristo totalmente penetrada por la divinidad adquiere efectos vivificantes comunicando la vida divina al que comulga (136) y San Agustín enseña, que, al contrario del alimento ordinario que tomamos, no cambiamos a Cristo en nosotros, sino es Cristo quien nos cambia en El (137).

La comunión eucarística es el comienzo de una comunión mística con Jesús que nos une a El en todos los actos del día. La primera dura tan sólo mientras se conservan las especies sacramentales, la segunda que nace de ésta puede constantemente conservarse. Guiados por la caridad, buscaremos en todo a Jesucristo; la Eucaristía, como Sto. Tomás enseña, tiende a "despertar el amor y mantenerlo en acto" (138).

En esa caridad que viene de la sagrada unión sacramental con Jesucristo se encuentra la cumbre de la santidad. La perfección cristiana es la justicia perfecta y la justicia es perfecta cuando la caridad también lo es: "Charitas perfecta, perfecta justitia est" (139).

Después de habernos inmolado con Cristo, nos hace participar más estrechamente a su sacrificio dándonos en comunión. ¿Cómo no ver en

(131) Col. 1, 24.

(132) 2 Co. 1, 7.

(133) Ga. 2 - 20.

(134) In IV Sentent. Dist. 12, 9, 2, a. 1, 757.

(135) In Joan. Evang., VII, 57.

(136) Contra Anatematismos.

(137) Confesiones, VII, 10.

(138) Suma Teológica, III, q. 79, a. 2.

(139) S. Agustín, citado por Pourrat.

ella, el comienzo, de esa unión transformante, donde el alma muerta ya a sí misma se consume en aquel místico desposorio, preludio de la eterna unión del cielo?

He aquí por qué podemos decir, sin temor de exagerar, que el *vivir nuestra Misa*, encierra un camino seguro y completo de vida espiritual apto igualmente para el que se inicia en las vías de la perfección como para el que ha escalado sus más altas cimas.

La asistencia a la Misa debe ser un acto intenso de vida interior que sirve para ofrecernos a Dios en unión con Cristo que en el sacrificio eucarístico se ofrece e inmola como Hostia purísima de alabanza y reparación. Viviendo plenamente del Sacrificio de cada mañana, realizaremos el ideal de vida cristiana que S. Pablo, hace veinte siglos, presentaba a la naciente iglesia de Roma: "Ut exhibeatis corpora vestra, hostiam viventem, Sanctam, Deo placentem" (140).

1. EL OFICIO DIVINO

El Santo Sacrificio de la Misa, centro verdadero de la piedad litúrgica no podría vivirse en toda su plenitud sin el rezo del Oficio Divino que realza su grandeza y en cierta manera le sirve de marco, razón por la cual la Iglesia lo ha impuesto como obligatorio a sus ministros y lo aconseja encarecidamente a los fieles.

Dom Beauduin en su hermosa y profunda obra: "Piété de l'Eglise", escribe a este respecto:

"gravitando alrededor de ese hogar central de vida divina (la Sta. Misa), el Oficio establece entre el cielo y la tierra un comercio ininterrumpido de alabanzas y de bendiciones, asocia al pueblo cristiano por medio de sus sacerdotes a la liturgia de la eternidad, e irradia sobre todas las horas del día y de la noche los beneficios del sacrificio de la mañana" (141).

La verdadera piedad de los fieles debe alimentarse también en esta fuente al menos por la recitación de ciertas horas canónicas v. gr. Prima y Completas, Vísperas del Domingo y sobre todo por la asistencia y participación a los oficios de la Iglesia Catedral en las solemnidades mayores.

Expondremos brevemente qué cosa sea el Oficio Divino en la vida del cristiano, los frutos que de él se sacan para el alma y el modo cómo los fieles pueden tomar parte en esta oración pública y oficial de la Iglesia.

(140) tr.: "para que mostréis vuestro cuerpo y vuestra vida, como una hostia viviente, santa, agradable a Dios", *Rm.* 12, 1.

(141) *La Piété de l'Eglise*.

El Oficio Divino y la vida cristiana.

El Oficio Divino, junto con el Sto. Sacrificio es la expresión más perfecta y completa de la virtud de *religión*, es por excelencia “la obra de Dios”, según el expresivo y hermoso nombre que la tradición le ha asignado: “Opus Dei, Opus divinum”.

Dios ha creado todas las cosas para su gloria, todas ellas valen en cuanto rinden a Dios esa gloria. Pero hay actos que glorifican al Señor según la intención del que los ejecuta y otros que por su misma naturaleza la procuran. A estos últimos pertenece el Oficio Divino que es ante todo un himno de alabanza donde se expresan la adoración, la gratitud y el amor de la creatura para el Creador. La Iglesia por el Oficio Divino pone en práctica la recomendación del Apóstol:

“Por Cristo ofrezcamos sin cesar a Dios una hostia de alabanza o sea el fruto de nuestros labios que confiesan su nombre” (142).

Para comprender cuál es la fuente de donde procede la importancia del Oficio Divino bastará recordar que el Verbo Eterno es la gloria del Padre Celestial, el himno que brota de las profundidades de la divinidad, la expresión infinita de las divinas perfecciones. Al hacerse hombre el Verbo, no ha dejado de ser lo que era de toda eternidad, su humanidad continúa la obra de glorificación del Padre Celestial; el himno eterno entonado en el seno de la divinidad se prolonga en la tierra con una expresión humana, pero con un precio infinito.

De este modo toda la virtud de religión se encuentra de modo eminente en Jesucristo; por El toda la creación alaba al Señor, pues, como dice S. Gregorio, el hombre es el resumen de la creación y el Verbo encarnado su Supremo Sacerdote (143).

Jesucristo no se separa de su místico cuerpo, la Iglesia. El le da su poder de adorar y alabar a su Padre. El Oficio es la voz oficial de la Esposa de Cristo que en su nombre rinde a Dios el homenaje perfecto de alabanza. Al recitar el Oficio no es nuestra voz débil y miserable la que se eleva al cielo sino la de la Iglesia entera, es Cristo que por su Esposa habla en nosotros. Después de la Sta. Misa, el Oficio es la oración por excelencia de la cabeza del Cuerpo místico, Jesucristo, que ora por nosotros y en nosotros:

“Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratus a nobis ut Deus noster” (144).

Con razón, los santos que comprendían toda la grandeza de esta acción le daban una importancia tan considerable en su vida espiritual. San Benito, el Patriarca de los monjes de Occidente, establece que “nihil opere Dei

(142) *Hb.* 13, 15.

(143) *In Evangelia*, Homil. XXIX, nº 2.

(144) tr.: “Ora por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza, esorado por nosotros como nuestro Dios”; S. Agustín, *Enarrat. in Psalm.* 85.

praeponatur" (145). San Francisco de Sales no dudaba en escribir que "después de la Sagrada Escritura, no conocía más hermoso libro que el Breviario" (146), y San Agustín hablando de igual tema, afirmaba: "cantare amantiss est" (147).

¿Lamentaremos suficientemente el que este medio poderoso de santificación haya perdido su lugar e importancia en la piedad del pueblo cristiano y que los fieles tan sólo vean en él una acción reservada únicamente a los sacerdotes y religiosos en vez de considerarlo como un patrimonio común del cual todos pueden y deben aprovecharse?

Bastaría pensar que el Oficio Divino es después de la Sta. Misa y los sacramentos el medio más eficaz de unión con Dios, para comprender su importancia.

Cuál sea el rol que la oración desempeña en la vida cristiana, cualquiera que haya ligeramente penetrado en ésta lo sabe; ahora bien, la vida de oración necesita un alimento sin el cual fácilmente se desvía en estériles, cuando no imaginarias divagaciones.

El Oficio Divino junto con ser la oración oficial de la Iglesia es el mejor alimento para la oración privada. Los Salmos con sus admirables pensamientos y sus profundas lecciones, las colectas con sus ardientes ruegos para todas las situaciones y estados del alma son las fórmulas más excelentes de oración y el mejor guía para que el alma iluminada por el Espíritu Santo vaya poco a poco penetrando en los luminosos esplendores del dogma católico.

Una piedad que se nutre y vive del dogma es sólida e inexpugnable como el dogma mismo.

El rezo del Oficio Divino da por otra parte, al alma, ocasión para poner en práctica las más fundamentales virtudes del cristianismo. Es un ejercicio de fe hacia Dios y sus eternos atributos que alaba hacia Jesucristo en cuyo nombre ora, hacia la Iglesia que lo envía como su embajador ante el Altísimo; en una palabra, es vivir las grandes realidades de la vida sobrenatural. Ejercicio de esperanza y caridad, ya que basado en la confianza de la infinita misericordia canta y glorifica como objeto supremo de su amor al Padre Celestial, fuente de sobrenatural amor.

Las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad son las virtudes propias y específicas de nuestro estado de hijos de Dios, cuanto más las cultivemos tanto más intensamente viviremos esa realidad sobrenatural de nuestra filiación divina. El Breviario nos da, casi como ningún otro ejercicio, la ocasión de practicarlas.

Al mismo tiempo, su recitación devota llena nuestras almas de los sentimientos de adoración y respeto que constituyen el fondo de la virtud de religión y haciéndonos poner sólo en Dios nuestra mirada nos desprende de nuestra propia personalidad y mata ese fondo natural de buscarnos a nosotros mismos que, por desgracia, aún en nuestros actos de piedad se encuentra.

(145) tr.: "Que nada se anteponga a la obra de Dios", cap. 43.

(146) Cfr. Hamón, *Vida de S. Francisco de Sales*, t. 1, p. 115.

(147) tr.: "El cantar es propio del que ama".

Olvidada de este modo el alma de sí misma, desprendida de su "yo" para abismarse en la oración oficial de la comunidad, fácilmente se une a Jesucristo cuyos misterios contempla en el Oficio Divino, hace suyos los sentimientos de su Corazón adorable y realiza cada vez más perfectamente esa transformación en Cristo, fin de la vida cristiana e ideal supremo de perfección y santidad.

¿Cómo no recordar también aquí, la obra apostólica, que el Oficio Divino realiza, atrayendo sobre la Iglesia las bendiciones del cielo, y formando en los fieles el verdadero espíritu sobrenatural en el cual deben caminar toda su vida? Al recitar el Breviario nos presentamos como embajadores de la Iglesia para adorar a Dios, alabarle, darle gracias y tratar con El los intereses eternos de las almas.

Y sin embargo, una triste realidad se impone; el pueblo cristiano no conoce el Oficio Divino, ignora totalmente esta forma de oración, cree que es algo que no le pertenece y si llega alguna vez a asistir a los oficios solemnes que se celebran en las Iglesias Catedrales u otros templos, permanece del todo indiferente a ellos preocupado únicamente de sus actos privados de devoción.

Si al menos se pusiera en práctica el recitar ciertas horas del Breviario ¡qué rico alimento encontraría en ellas la piedad cristiana! Si en vez de las oraciones de la mañana, la mayor parte de las veces rezadas maquinalmente, se recitara "Prima" donde tan hermosos pensamientos se encuentran sobre el día que comienza y las obras que en él van a realizarse, e igualmente si para las oraciones de la noche se recitaran las "*Completas*" del Oficio Divino ¿no ganaría con eso la piedad de los fieles? ¿no se les haría vivir más su calidad de miembros del Cuerpo místico? ¿no conocería mejor la Escritura y las enseñanzas que contiene?

El canto de las Vísperas del Domingo es otra forma por la cual podemos llevar las fieles al conocimiento del Oficio y hacerles comprender que su primer y principal deber de cristianos es dar a Dios el culto que le es debido, *por medio de las fórmulas* que El mismo y la Iglesia han establecido con este fin.

De este modo acercándose a las fuentes tradicionales y auténticas, la piedad católica adquirirá nuevo aliento, desterrará los defectos que tres siglos de individualismo exagerado han formado en ella y ayudará a las almas a penetrar y vivir con mayor intensidad en ese "misterio de Cristo" que la Iglesia nos transmite por la Sagrada Liturgia.

"Quiera Dios, diremos con Dom Mauro Wolter, que los hombres puedan tener la ciencia de este don y comprender que en la Santa Liturgia el Verbo hecho carne habita entre nosotros lleno de gracia y de verdad y llevando a sus miembros de su espíritu vivificante" (148).

(148) Dom Mauro Wolter, *Elementa*.

2. EL AÑO LITURGICO

La Sta. Misa y el Breviario son las dos formas principales de la oración oficial de la Iglesia, una y otra se compenetran para formar ese conjunto magnífico del culto público donde Jesucristo por la voz y el ministerio de su Iglesia, prolonga en el tiempo su eterna oblación, para dar al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria.

Pero, esa oración oficial se encuentra organizada por la Iglesia en el año litúrgico, maravilloso itinerario de renovación anual, donde alrededor del altar se distribuyen las fiestas y estaciones para dar a los fieles un programa de unión en la oración y hacer perennemente actuales los diversos misterios de vida de Nuestro Redentor.

a) *Qué cosa sea el año litúrgico*, es el primer punto que debe señalarse si se quiere apreciar su importancia en la vida cristiana.

El tiempo para el cristiano es el camino a la eternidad; el cielo es la patria hacia la cual nos dirigimos "la ciudad futura que buscamos", donde el tiempo ya no existe, donde la vida interminable se compendia en una total, simultánea y perfecta posesión de Dios.

Al encarnarse, el Verbo entró en el tiempo para conducirnos a la eternidad; el año litúrgico reproduce los pasos terrestres del Salvador, renueva sus misterios, pone en escena la historia del mundo alrededor de Cristo, y en la meditación de esos misterios prepara nuestras almas para compartir en el cielo la gloria de nuestro Redentor.

Por el año litúrgico el tiempo queda santificado, todas las estaciones y períodos se llenan de Jesucristo, las horas y los días renuevan y prolongan el misterio de la Encarnación. El tiempo pierde así su significación meramente material para asociarse a la obra restauradora de Cristo y aparece a los ojos de la fe como un gran libro escrito por el dedo mismo de Dios.

La Sta. Misa y el Oficio Divino, se celebran dentro del cuadro de las fiestas y tiempos del año litúrgico, uniendo en un mismo pensamiento a todos los miembros de la familia cristiana y desarrollando en ellos toda la obra redentora de Jesús.

El año litúrgico así comprendido, es fuente de la más sólida y ferviente piedad, la que nos lleva a Cristo, la que nos hace participar de sus misterios, nos asimila a su vida y nos introduce en los sentimientos de su Corazón. Con razón escribe D. Cabrol en su admirable *Libro de la oración antigua*:

"Feliz el fiel que comprende el misterio de esta vida de oración. Este hará los más grandes progresos en una piedad sana y fuerte; cada día le revelará alguna verdad nueva, cada fiesta lo hará avanzar un paso en el camino de la santidad" (149).

Por el año litúrgico, podemos decir que Jesucristo, por la boca de su Iglesia, habla a nuestras almas para que podamos más íntimamente conocerlo e imitarlo. Por esta razón S. S. Pío XI, sobre la realeza de Cristo, escribía estas palabras:

(149) p. 239.

“Para instruir al pueblo en las verdades de la fe y elevarlo por su intermedio a las alegrías de la vida interior, las solemidades anuales de los sagrados misterios tienen más eficacia que todos los documentos aún los más graves del magisterio eclesiástico; éstos, en efecto, no alcanzan sino a un número restringido de hombres ilustrados; aquéllos advierten e ilustran a todos los fieles; se oye a los unos sólo una vez; la lección de los otros se repite todos los años e indefinidamente; los unos tocan sobre todo la inteligencia, los otros alcanzan al hombre todo entero, inteligencia y corazón. Compuesto de alma y cuerpo, el hombre se deja necesariamente emocionar y excitar por las solemidades exteriores y las fiestas; la variedad y el esplendor de las ceremonias sagradas lo impregnan abundantemente de la santa doctrina, las cuales asimilándolas el hombre a su alma las hace servir al progreso de su vida espiritual” (150).

A través de estas múltiples fiestas del año litúrgico, el cristiano llega a la fiesta única y eterna del cielo.

b) *El año litúrgico escuela de ascética cristiana.*

Como en otro lugar de este trabajo lo hemos ya indicado, por ascética se entiende el esfuerzo del alma cristiana para conseguir la perfección.

La vida sobrenatural de la gracia es una participación a la vida misma de Dios, que la bondad divina por los méritos infinitos de Jesucristo nos comunica el Bautismo. Esa vida ha menester de perfeccionarse siempre y esa perfección la realiza acercándose cada vez más al que es su modelo y fuente de santidad; Jesucristo. La ascética cristiana es por tanto un ejercicio de muerte de sí mismo para vivir en Jesús, el “vivo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí”, de San Pablo (151).

La Sta. Iglesia en su año litúrgico que manifiesta y renueva los misterios de Cristo, nos presenta un programa completo de santificación, un perfecto ejercicio ascético donde se encuentran compendiados los tres grados de purificación, iluminación y unión con Dios, que debe experimentar el alma para llegar a su consumación.

En efecto, como admirablemente escribe Dom Guéranguer en el prefacio de su magna obra,

“el año eclesiástico, no es otra cosa que la manifestación de Jesucristo y sus misterios en su Iglesia y en el alma fiel. Si la Iglesia renueva cada año su juventud como el águila (152), es porque mediante el ciclo litúrgico es visitada por su Esposo en proporción a sus necesidades. Cada año ella lo vuelve a ver niño en la cuna, ayunando en la montaña, ofreciéndose en la cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo sus sacramentos, remontando a la diestra del Padre y enviando

(150) Encíclica *Quas Primas*.

(151) *Ga. 2, 20*.

(152) *Sl. 102*.

el Espíritu Santo a los hombres; y *las gracias de estos divinos misterios se vuelven a renovar en ella*. Hace diez y nueve siglos que un hecho divino se realizó, su aniversario se reproduce en la liturgia y viene a rejuvenecer cada año en el pueblo cristiano el sentimiento de lo que Dios obró hace tantos siglos. Este poder renovador del año litúrgico es un misterio del Espíritu Santo que fecunda incesantemente la obra que ha inspirado a la Iglesia, con el fin de santificar el tiempo asignado a los hombres para hacerse dignos de Dios. El ha establecido la liturgia como el centro de sus operaciones en las almas. La formación de Cristo en nosotros (153) ¿no es acaso el resultado de la comunión a sus diversos misterios, gozosos, dolorosos y gloriosos? Ahora bien, esos misterios se realizan en nosotros, se incorporan en nosotros cada año por efecto de la gracia especial que aporta su comunicación en la liturgia" (154).

"Todos los esfuerzos de la liturgia, escribe a su vez Dom Festugière, tienden a desarrollar en las almas la vida de Cristo. La liturgia considerada en sus efectos psicológicos y morales se define como el *método auténtico instituido por la Iglesia para asimilar las almas a Jesús*. El ciclo cual ofrece a las almas un itinerario y un programa anual de renovación intelectual y moral completos. Si ellas consienten en caminar, de misterio en misterio, con aplicación a la vez dulce y seria, sobre las huellas de Cristo, su docilidad será recompensada por un progreso cierto y por efusiones abundantes de vida espiritual. El programa entero de la espiritualidad litúrgica tiene esta fórmula: *hacer participar al cristiano, estación por estación y casi día por día, los sentimientos de Cristo en sus divinos misterios y de este modo hacer vivir al hombre la vida de Dios*" (155).

La razón de esta eficacia de los misterios de Cristo en nuestra alma, proviene de la unión íntima y vital que existe entre Jesús y nosotros. Jesús como cabeza del cuerpo místico los vivió para nosotros y la gracia que en ellos adquirió obra siempre con eficacia nunca disminuida. Basta leer atentamente a San Pablo para comprender cuán profundamente arraigado se encuentra en el gran Apóstol este pensamiento.

"Dios, dice, que es rico en misericordia, a causa del gran amor con que nos ha amado, aún cuando por nuestras ofensas estábamos muertos a la vida eterna, nos ha hecho vivientes *con Cristo*; nos ha resucitado *en El*, nos ha hecho sentar juntamente en los cielos con Jesucristo, a fin de mostrar en los siglos futuros, por la bondad que nos ha manifestado en Jesucristo, las infinitas riquezas de su gracia" (156),

y en otros pasajes de sus epístolas vuelve a este mismo pensamiento:

"Dios nos ha sepultado conjuntamente con Cristo, nos ha hecho conjuntamente resucitar para conjuntamente reinar con El" (157).

(153) *Ga. 4, 19.*

(154) Dom Guéranguer, *L' année Liturgique* (Prefacio).

(155) *La Liturgie Catholique*, p. 119 y 147.

(156) *Ef. 2, 47.*

(157) *Col. 2, 12.*

Estos misterios de Cristo conservan su actualidad, son pasados en cuanto a la jecución, pero presentes cuanto a su fuerza y virtud y esta virtud, como escribe el Cardenal de Bérulle, no se pasa jamás, como jamás pasará el amor con el cual fueron realizados. Así, pues, el espíritu, el estado, el mérito del misterio está siempre presente. La disposición viva por la cual Jesús ha obrado este misterio, es siempre viva, actual y presente a Jesús. Esto nos obliga a tratar las cosas y misterios de Jesús, no como cosas pasadas o extinguidas, sino como cosas vivas y presentes y aún eternas de las cuales nosotros también debemos recoger un fruto presente y eterno (158).

Este contacto con los misterios de Cristo se realiza sobre todo a través del año litúrgico. Conducidos por la Iglesia a través de esta historia viviente de Jesús conoceremos sus misterios, y sobre todo penetraremos en los sentimientos de su Divino Corazón.

“Cada tiempo litúrgico, dice D. Beauduin, es un vasto sacramental que obra “ex opere operantis Ecclesiae” (159). El alma que se somete con fe y docilidad a esta influencia sobrenatural de oraciones, lecturas, cantos y ritos, siente subir en ella la savia cristiana. Es incontestable que el Espíritu Santo, que por medio de la Iglesia nos dirige sus exhortaciones en cada período del año, une cada vez a ellos una fuerza especial de santificación. El alma que la recibe en esas disposiciones de fe y docilidad a la Santa Iglesia, encuentra infaliblemente ahí luz y fuerza; “el que a vosotros oye a Mí me oye” (160).

Sería vastísimo el tema que se podría desarrollar mostrando la acción santificadora del año litúrgico en las almas; en la imposibilidad de hacerlo terminaremos este punto con las palabras del Catecismo de S. S. Pío X:

“Que todo buen cristiano, ayudándose de la predicación o de cualquier libro apropiado, estudie por comprender y hacer suyo el *espíritu de cada fiesta, relacionándose con su objeto y su fin especial*, meditando la verdad, la virtud, el prodigio y el beneficio que ahí se encuentra, *particularmente conmemorado*, tratando de todos modos sacar de ahí un mejoramiento personal. Conocerá *así mejor* y amará con más fervor a Dios, Ntro. Señor Jesucristo, la Sma. Virgen y los Santos; se aficionará a la santa liturgia, a la predicación, a la Iglesia y tratará de conducir a otros. Toda fiesta será así para él un día de Dios, una verdadera fiesta que regocijará su alma, la restaurará, la llenará de un nuevo vigor para cargar los sufrimientos y luchas cotidianas” (161).

(158) Cfr. Card. Bérulle, *Oeuvres de piété*, LXVIII.

(159) tr.: “por efecto de la acción de la Iglesia”.

(160) D. Beauduin, *Questions Liturgiques* (1914), p. 175.

(161) Pío X, *Catecismo*, edit. Bonne Presse, p. 141.

c) *Sacramentos.*

La vida cristiana es vida sacramental. La salvación que nos viene de Cristo y nuestra unión con El se realizan mediante esos signos sensibles, productores de gracia en nuestras almas que son los sacramentos. Ellos representan el fin donde se concentra y adquiere su valor nuestra vida de oración, sin ellos la actividad religiosa perdería su significado y el hombre volvería a caer en la miseria de donde la Redención lo ha levantado.

Jesucristo Nuestro Señor instituyó la parte esencial de los sacramentos, la Iglesia en el transcurso de los siglos ha rodeado su administración de ritos y ceremonias que tienden a expresar la obra que esos sacramentos producen, mediante los cuales se sigue, puede decirse, con los ojos, la acción de Dios en las almas.

Los sacramentos son ritos sensibles y así responden a la naturaleza del hombre que adquiere mediante los sentidos sus conocimientos intelectuales.

La Iglesia tiene por misión la de hacernos amar al Dios invisible para que lo adoremos. Por su vida ritual nos enseña un protocolo que nos permite presentarnos a la presencia de Dios, y por sus ceremonias nos inspira los sentimientos que conviene tener ante su divina Majestad.

Es por las *palabras* que pronuncian los Ministros de la Jerarquía, por los *ritos* que realizan sus manos consagradas, como circula la virtud sacerdotal de Cristo. Por intermedio de esos *elementos materiales* las energías divinas se canalizan para derramarse en las almas.

De donde se sigue la necesidad de que los fieles *comprendan* y se *unan* a las palabras y ritos del sacramento tan instructivas en su profundo simbolismo.

“El simbolismo de las instituciones sacramentales, dice el P. Sertillanges, está fundado en la naturaleza de las cosas y en la del corazón humano. Si se quiere llevarnos a Dios según lo que somos, a saber carne y espíritu, si se quiere adaptarnos a esa armonía por la cual la carne sustenta al espíritu, lo fomenta como la cera a la llama, lo acompaña en todo y lo liga a sus vastos dominios, es necesario el empleo de la materia en la vida religiosa. El simbolismo de siete sacramentos y sus anexos satisface esta imperiosa necesidad. El nos asegura una vida religiosa integral y verdaderamente humana, o sea espiritual y corporal mezclada en sus justas proporciones, hecha de imágenes al mismo tiempo que de ideas” (162).

Pero es necesario insistir que todos estos símbolos y ritos son la expresión de una realidad sobrenatural que se expresa por ellos.

“Lo que da a la liturgia de los sacramentos su valor religioso y moral —dice Karl Adam—, es ante todo el lado real y objetivo de los sacramentos. Para los católicos el sacramento no se reduce a un símbolo vacío o a

(162) P. Sertillanges, *La Vie Catholique*.

un simple signo de la gracia obtenida por la fe de aquel que le recibe. Expresión sensible de la voluntad de Jesús, signo instituido por Cristo, da por sí mismo, por el solo hecho de ser válidamente administrado, la seguridad de la presencia de lo divino y de la gracia producida. Es uno de los puntos principales de la doctrina católica. "Un sacramento debe su existencia no a la fe sino al cumplimiento normal del rito". Por los sacramentos lo divino toma una existencia sensible, llega a ser un valor sobrenatural actualmente perceptible. El católico experimenta así inmediatamente lo divino, tan inmediata y objetivamente como experimenta el niño amor de su madre" (163).

Es necesario dar al pueblo cristiano la noción clara y precisa de la grandeza sacramental y de lo que por ellos se obra en el alma. Es necesario recordarle que no son tanto las prácticas privadas de devoción las que nos santifican como el contacto sobrenatural con Cristo que mediante los sacramentos se realiza. Es en los sacramentos donde el divino Reparador nos aplica sus méritos, nos consagra y nos santifica formándonos en vista de la unión eterna a su imagen y semejanza. Por el Bautismo, que es el primero y la puerta de los otros, renacemos en Jesucristo. La Confirmación nos hace crecer y nos fortifica en su gracia. Nuestra alma se alimenta, se sostiene y se transforma en El, recibiendo en la Eucaristía su Cuerpo y su Sangre. Viene en seguida la Penitencia que nos devuelve la vida si la hemos perdido, la Extremaunción que borra los restos del pecado y repara las fuerzas del alma; el Orden que crea el sacerdocio, confiere el poder de ofrecer el Santo Sacrificio y administrar los sacramentos; en fin el Matrimonio que une indisolublemente al hombre y la mujer, les da la gracia de tener hijos legítimos, de perpetuar la raza de los fieles de Cristo y de llenar así el cuadro de los elegidos, de los bienaventurados llamados a la dicha eterna del cielo.

Son, pues, los Sacramentos, maravillosos medios en los cuales el signo sensible se armoniza admirablemente con la gracia que contienen y con los efectos que deben producir. De este modo, respondiendo a un plan de infinita sabiduría, Nuestro Señor se sirve de las creaturas materiales que tan a menudo apartan al hombre de Dios, como medios para conducirlo nuevamente a El. Así la Creación toda entera se dirige a la obra sobrenatural de la santificación del hombre.

¿Por qué tantas almas ansiosas de perfección, aspiran a modos de santificación extraordinarios, que si bien Dios a veces los concede, no constituyen, sin embargo, el camino más seguro, ni entran en el plan ordinario de la vida sobrenatural?

¿No es verdad, que el aspirar a estos medios extraordinarios es buscar un medio de santificación menos seguro, más sujeto a ilusiones y sobre todo nacido de un acto de propia voluntad siendo que la renuncia a ésta es la base de la perfección y progreso espiritual?

Vivamos nuestra vida sacramental ya que en los sacramentos Dios ha concentrado el socorro auténtico y seguro de su gracia, y para vivirlos conozcamos el significado de sus ritos y símbolos que nos expresan y figuran la obra que producen en nuestras almas.

(163) Karl Adam, *Le vrai visage du catholicisme*.

Renovarse con el recuerdo de su bautismo, en la nobleza que nos ha conferido, en las fuerzas que nos ha dado y en fin, de las obligaciones que nos ha hecho contraer para cumplirlas más exactamente, es ya un programa de perfección bien completo. El apóstol S. Pablo, que ha dicho todo en estas materias, no dejaba de exhortar a los cristianos a esta práctica: "*Rememoramini*, les decía, *pristinós dies, in quibus illuminati*" (164). Consejo que daba además para todos los sacramentos que poseen carácter, porque su energía se renueva en cierta manera y revive por esta reminiscencia hecha con las disposiciones que hubiéramos querido tener en su recepción:

"No descuides la gracia que está en ti, escribía a su querido Timoteo recordándole su ordenación, y que te ha sido dada por la imposición de las manos de los presbíteros" (165).

Y esta renovación, este recuerdo de la gracia que el sacramento ha producido en nuestras almas, se vive sobre todo por la comprensión cada vez más exacta de sus ritos. Conocerlos, vivirlos, es adelantar en cierta manera nuestra vida del cielo; Dios se da en los Sacramentos bajo el velo de la fe, en el cielo lo hará por la visión cara a cara de su Divinidad. Conocerlos, vivirlos es cooperar plenamente al plan admirable de nuestra santificación trazado por Cristo, continuado y realizado a través del tiempo por la Iglesia, su Esposa inmaculada.

En el día de las supremas revelaciones, cuando Dios mismo coloque ante nuestros ojos todo este conjunto de procedimientos tan tiernos, tan fuertes, tan fáciles, tan seguros, entenderemos sin dificultad el por qué de las rigurosas medidas de su justicia y de su amor desconocidos.

4. *Sacramentales.*

Según el Código de Derecho Canónico los sacramentales son,

"cosas o acciones de las cuales suele usar la Iglesia, imitando algún sacramento, a fin de obtener por su impetración efectos sobre todo espirituales" (166).

No son medios para comunicar la gracia santificante como los sacramentos, ni fueron como éstos instituidos por Jesucristo, sino por la Iglesia en cuyo nombre se administran y de cuya oración suplicatoria depende su eficacia. Su fin inmediato consiste en el bienestar temporal de los fieles, su fin mediano como toda la acción santificadora de la Iglesia es la salvación de las almas; por ellos la Iglesia con amor sobrenatural de madre nos ofrece copiosas bendiciones para nuestra santificación temporal y eterna.

(164) tr.: "Acordaos de los días primeros, en los cuales fuisteis iluminados".

(165) *I Tm.* 4, 14.

(166) *C. I. C.*, Canon 1144.

El Código de Derecho Canónico divide los sacramentales en tres categorías: consagraciones, bendiciones y exorcismos. Antiguamente se hacían otras clasificaciones diversas, pero preferimos seguir la auténtica que la Iglesia nos da en su Código. Por consagraciones se indican los ritos instituidos por la Iglesia para dedicar al culto una cosa, un lugar o una persona por los cuales se da a éstos un carácter religioso permanente. Las bendiciones, menos solemnes que las anteriores por cuanto no se emplea en ellas el óleo santo, pueden ser de dos clases: 1ª) invocativas por las cuales se ora sobre las cosas, personas, etc., pidiendo para ellas el favor divino, y 2ª) constitutivas que, a diferencia de las primeras, que tienen un efecto transitorio, éstas como su nombre lo indica tienen un efecto permanente y no pueden repetirse como las otras; así por ejemplo, la bendición de una iglesia, ornamentos, etc., pertenecen a la segunda categoría, las bendiciones a los enfermos, a los alimentos, etc., a la primera.

Hemos creído necesario dar estas breves nociones antes de señalar la relación que estos ritos tienen con la vida espiritual, por cuanto, triste es decirlo, el ambiente naturalista que nos invade ha hecho olvidar casi del todo, estos medios admirables con los cuales la Iglesia santificaba cada una de las acciones de nuestra vida y, quitándoles su carácter profano, las revestía de sobrenatural.

Para explicar debidamente la influencia de los sacramentales en nuestra vida espiritual es necesario recordar dos ideas que pueden llamarse los ejes de la vida religiosa; el fin último de los seres en la creación y su degradación por el pecado y la restauración de toda la creación en Jesucristo.

"Universa propter semetipsum operatus est Deus" (167). En el orden admirable de su plan divino la creación era un himno de alabanza al Creador y una fuente inextinguible de bienes para el hombre. El pecado rompió ese equilibrio, introdujo el desorden e hizo que el demonio ejerciera sobre la tierra un gran poder, de tal modo que la Escritura con razón lo llama "el Príncipe de este mundo". Jesucristo vino a regenerar al hombre y con éste a la creación,

"la creatura misma, dice S. Pablo, será un día librada de su servidumbre a la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (167).

Pero mientras exista en el mundo el pecado, Satanás conservará su poder aunque en gran parte disminuido. Arrancar las almas y las creaturas del dominio del demonio para trasladarlas al suave yugo de Cristo, tal es el fin de la acción santificadora de la Iglesia, tal, en lo que a cada uno de nosotros se refiere, nuestro principal trabajo de perfección y apostolado.

Ahora bien, para venir a ayudarnos en esta obra, la Iglesia con sus múltiples sacramentales rodea la vida del cristiano y hace llegar hasta él los últimos efluvios del sacerdocio de Cristo que sobrenaturalizan toda la existencia.

(167) tr.: "Todas las cosas Dios las creó para su gloria".

(168) *Rm.* 8, 21.

"Bajo la mano de los ministros de Cristo que bendicen, escribe D. Beau-
duin, los lugares, tiempos, individuos, habitaciones, elementos, años, días
y horas: todo, hasta nuestro alimento y nuestro sueño es bendecido y
entra en cierta manera con nosotros en la economía sobrenatural" (169).

"Los sacramentales, dice el P. Sertillanges, son actos exteriores de reli-
gión u objetos consagrados por la religión, con el fin de acercarnos a
Dios por medio de Jesucristo. Esos gestos minúsculos y familiares, casi
insignificantes; una aspersión, una cruz trazada sobre la frente o sobre
el pecho, una fórmula, al entrar en la gran corriente religiosa se hacen efi-
caces. Es una tendencia de los hombres el buscar símbolos en la natu-
raleza, el hablar u obrar por metáfora, el dar a las cosas usuales de la
vida material un sentido relativo a la vida moral. Todas las literaturas
lo hacen ver y la constitución íntima de las lenguas lo prueba. El simbo-
lismo está en el fondo de ellas. Una súplica ardiente ¿no es una alusión
al ardor del fuego? Un diluvio de calamidades ¿no es una metáfora alu-
siva al agua? La sal ática, la sal de la sabiduría ¿no es un recuerdo de las
propiedades activas y conservadoras de la sal? Hablar con unción, poner
un bálsamo sobre los dolores, etc., etc. ¿no son una serie de palabras
simbólicas? Y si yo hago un gesto de negación ¿no tengo el aspecto de
borrar en la pizarra lo que acabo de decir, o de apartarlo como un obs-
táculo de mi espíritu, así como aparto del camino una piedra o una rama?
Todo en la vida social está impregnado de simbolismo y tiende a acer-
car la materia al espíritu para mostrar y fomentar el espíritu.

"Poned estos símbolos al servicio de la idea religiosa, hacedlo con senti-
mientos que correspondan a la acción, hacedlo a nombre de una tradi-
ción común entre los cristianos, por la institución formal de la autoridad
que nos rige y tenéis los sacramentales. Toda la poesía de la naturaleza
podrá incorporarse a ellos, como lo veréis al conocer las admirables li-
turgias antiguas. El divino Maestro, a quien nadie puede negar la subli-
midad y elevación moral, se ha inclinado ante los ritos exteriores insti-
tuyéndolos El mismo; El habló en parábolas, obró con signos expresivos
como la curación del ciego hecha por la unción; en una palabra, nos en-
señó lo que debíamos hacer. La Iglesia lo imita y desarrolla su acción.
Bendigámosla y bendigamos sus ritos con humildad rica en comprensión
superior, como una entrada llena de perspectivas al fondo de la cual bri-
lla lo divino hacia el cual marchamos" (170).

Quando se está íntimamente penetrado de la misión santificadora de
la Iglesia, cuando se la considera en su verdadero concepto de organismo vi-
viente que transmite las energías sobrenaturales de Cristo y prolonga en el
tiempo la obra de la Encarnación, entonces se comprende en toda su exten-
sión la importancia de los sacramentales en la vida cristiana. Y porque es
necesario que los fieles vivan cada vez más su Iglesia, que en Ella y por
los medios que Ella y su divino Fundador han establecido, alcancen su san-
tificación, es necesario insistir sobre el uso de los sacramentales tan olvi-
dados de nuestro siglo y que fueron en tiempos pasados los que contribu-
yeron poderosamente a dar esa visión sobrenatural del mundo, esa unidad

(169) D. Beau-
duin, *La piété de l' Eglise*.

(170) P. Sertillanges, *Revue de la Jeunesse*, 25 - XII - 1913, p. 281.

que el mundo moderno en su anarquía ansiosamente busca sin lograr recuperarla.

Es necesario que el *Ritual*, donde se contienen las principales bendiciones de la Iglesia, no sea para los fieles un libro sellado, sino fuente de inspiración cristiana donde aprendan a vivir las sublimes realidades de la Fe.

En la imposibilidad de hablar de cada uno de los sacramentales que se encuentran en la liturgia de la Iglesia, y aún de nombrarlos todos, me referiré brevemente a los principales y que más urgentemente conviene propagar.

El agua bendita.— La costumbre de bendecir el agua remonta a los primeros siglos de la Iglesia, según consta en las Constituciones apostólicas; ya en el Antiguo Testamento encontramos numerosas alusiones al agua como instrumento de santificación y purificación. El agua bendita nos representa principalmente al Espíritu Santo y la santidad que por su acción se comunica a las creaturas. Por esta razón la Iglesia la emplea en todas sus bendiciones para mostrar que nada santo puede existir, sino por la comunicación del Espíritu divino, fuente de toda santidad.

En las iglesias catedrales, monasterios o en cualquier otra donde el Domingo se celebra la Misa solemne debe ésta ir precedida de la bendición del agua bendita y del *Asperges* al pueblo. Ya hablamos de este rito al tratar de la preparación al Santo Sacrificio.

“Los curas, dice Mons. Joly de Choin, instruirán a sus fieles en la virtud de esta agua, fundada en las oraciones de la Iglesia. Deberán exhortarlos para que siempre tengan consigo para usarla al levantarse, al acostarse, antes de comenzar sus oraciones, cuando están tentados, cuando hay tempestad y de echarla a los enfermos sobre todo cuando están próximos a la muerte y en los lugares donde puede temerse la malicia de los demonios. Les enseñarán también el espíritu con que deben usarla, o sea, uniendo su intención a la de la Iglesia y sirviéndose de ella con fe y compunción; con fe, porque esta agua, como todos los sacramentales no obra sino en relación y dependencia de la fe del que la emplea, unida a las oraciones de la Iglesia; con compunción porque no se obtiene el perdón de los pecados sin el dolor al cual esta agua nos excita y del cual ella nos obtiene la gracia por las oraciones de la Iglesia” (171).

Bendición de ramos.— Antes de la Misa del Domingo que da comienzo a la Semana Mayor, se hace la bendición de las palmas y ramos de olivo en recuerdo de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén la víspera de su Pasión. Las oraciones que en su bendición se emplean nos hablan del simbolismo de esta ceremonia.

“Oh Dios, dice una de ellas, que reunís las cosas dispersas y las conserváis después de haberlas reunido, Vos que habéis bendecido al pueblo que llevaba ramos delante de Jesús, bendecid también estas ramas de palmas y de olivos que vuestros fieles servidores toman en honor de

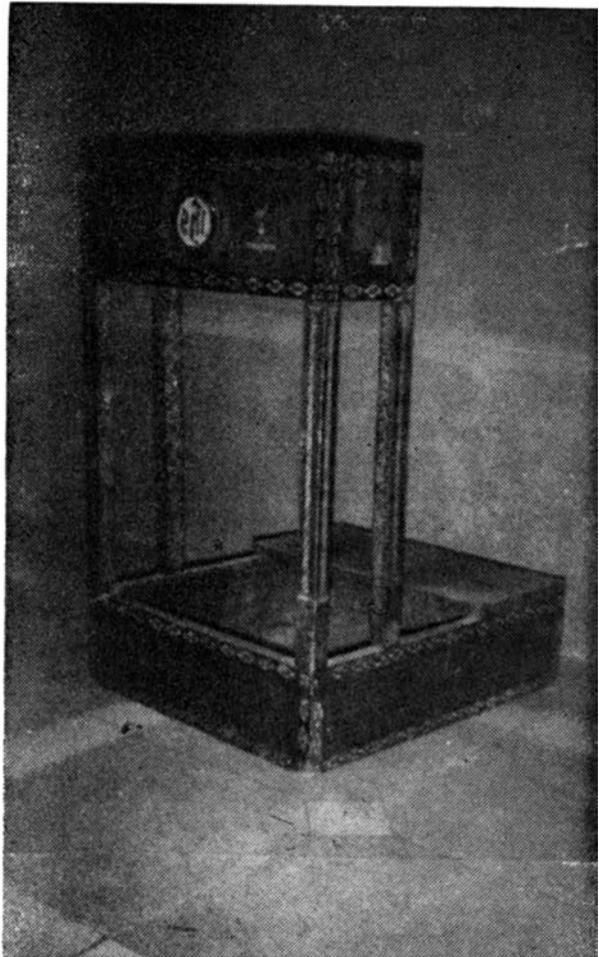
(171) Mons. Jol y de Choin, *Instructions sur le Rituel* (1828).



Piedad y liturgia unidas.

Cáliz, vinajeras y reclinatorio: testigos mudos del Obispo pionero de la liturgia.

(Actualmente, en la Catedral de Talca).



vuestro Nombre; a fin de que al colocarlas en sus casas sus habitantes reciban vuestra bendición y que, alejándose de ellos toda adversidad, vuestra diestra proteja a aquellos que ha rescatado Jesucristo, vuestro Hijo, nuestro Señor que vive y reina con Vos en los siglos de los siglos. Amén" (172).

Las palmas benditas son un signo de la protección divina sobre nuestras casas y un sacramental poderoso para la salud corporal y espiritual de los fieles.

Presentación al templo.— Con este nombre se conocía entre nosotros la piadosa ceremonia que la Iglesia contiene en su ritual con el título de "benedictio mulieris post partum" (173). Sobre su origen y significación dice D. Lefebvre lo siguiente:

"Bajo la ley antigua la mujer debía venir al templo cuarenta días después de su maternidad para recibir ahí de los ministros de Dios una purificación legal. Bajo la ley nueva una bendición litúrgica reemplaza a esta ceremonia; es un sacramental. S. Carlos Borromeo pide que el pastor advierta a las madres cristianas que vengan a recibir esta bendición tan pronto como puedan salir".

Esta ceremonia es de derecho curial y se hace normalmente en la iglesia parroquial. Es mejor, en unión con María en su presentación al Templo, el llevar en esta circunstancia al niño para ofrecerlo al Señor y para hacerlo participar de las bendiciones de la Iglesia, pero no es obligatorio. La madre tiene un cirio encendido, lo que recuerda la fiesta de la Candelaria. El cura o el sacerdote delegado por él procede ante todo a un acto de purificación. Rocía a la mujer con agua bendita. Después dice el Salmo XXIII, "Domini est terra" (174) y la conduce al pie del altar colocando la extremidad de la estola sobre la mano derecha. Ahí recita una oración en la cual pide a Dios por la intercesión de María el conceder a esa madre de llegar con su hijo a las alegrías del cielo. Termina leyendo el evangelio de S. Juan.

Esta ceremonia que antiguamente se practicaba en las familias cristianas, que recordaba la grandeza de la maternidad santificada por el ejemplo de la Madre santísima de Dios, ha ido desgraciadamente cayendo en olvido. Su práctica sería un medio poderoso para ayudar a la cristianización de la familia cuya decadencia es uno de los más tristes indicios de la horrible disgregación social que atravesamos.

Tal es a grandes rasgos la liturgia sacramental de la Iglesia; bien comprendida y practicada con profundo espíritu de fe es base para la más sólida e intensa piedad. El contacto sobrenatural del hombre con su Creador es la esencia de la piedad católica. El simbolismo litúrgico que encierran los

(172) Liturgia del Domingo de Ramos.

(173) tr.: "bendición de la mujer después del parto".

(174) tr.: "Del Señor es la tierra".

sacramentales inicia o estrecha ese contacto. A través de la Iglesia, Cristo sigue viviendo y por sus ritos transmite a las almas la acción de su gracia divina.

En Ella y por Ella nuestra vida sobrenatural crece, se desarrolla y da frutos de santidad. Cuanto más nos acerquemos a Ella participando activamente en su liturgia, más abundantemente beberemos de esas "aguas que brotan de la fuente del Salvador", *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (175).

III. SIGNIFICADO Y FRUTOS DE LA PIEDAD LITURGICA

1. *Significado del movimiento litúrgico.*

La generación actual vive una época trascendental en la historia del mundo. De las ruinas de una civilización surge una nueva, buena o mala, no es del caso ahora investigarlo, pero que, de todos modos, nos corresponde a nosotros el hacer que vaya inspirada en los principios cristianos, lo cual lo obtendremos por el conocimiento y práctica integral del ideal católico.

Para consuelo de los pesimistas, junto a la invasión del espíritu pagano en la edad moderna, asistimos a una profunda reacción en el campo católico, sea en el intelectual, ascético o social y que puede caracterizarse en esta fórmula: *vuelta a las fuentes primitivas*. Un aspecto de esta reacción es el movimiento litúrgico.

a) *Causas remotas.*— La primera causa, que pudiéramos llamar psicológica, se encuentra en que este renacimiento litúrgico responde a una necesidad urgente del momento presente. En efecto, si estudiamos la crisis dolorosa del alma moderna, vemos que ella tiene como raíz más profunda lo que un autor ha llamado inteligentemente "la auto-intoxicación del yo". Este egoísmo metafísico, obra del protestantismo, significa en el orden espiritual la sustitución del "yo" a la Iglesia, el imperio de la anarquía individualista sin otra ley que el deseo variable y el capricho. El alma moderna, a veces quizás inconscientemente quiere librarse de ese "yo" que la destruye, y establecerse en el Orden y en el Absoluto, por eso vemos que existe un perfecto paralelismo entre la vuelta a la metafísica y el restablecimiento de todos los valores ontológicos en el campo de la filosofía y el renacimiento litúrgico en el campo de la ascética y piedad cristiana.

Siendo la liturgia un culto social, una oración social, una vida social, despoja al hombre de su "yo" y exalta en cambio su personalidad, ya que ésta aumenta a medida que el alma elevándose sobre el mundo sensible se

(175) tr.: "Sacarán agua con alegría de las vertientes de la salvación", *Is. 12, 3.*

adhiera más a aquello que constituye la vida del espíritu. El santo es el hombre que posee la plenitud de la personalidad, porque ha logrado independizarse de la creatura.

La piedad litúrgica ha sido el remedio providencial ofrecido por la Iglesia al alma moderna, enferma de excesivo individualismo; al través de la vida litúrgica las almas han comprendido que la piedad gira; no alrededor de uno mismo, sino de Cristo Señor Nuestro, y en el culto oficial de la Iglesia han encontrado lo que en su reducida individualidad no alcanzaban a percibir.

La otra causa remota del renacimiento litúrgico la encontramos también en otra característica de nuestra época. A pesar del racionalismo que flota en el ambiente, existe en el fondo del espíritu moderno un ansia de religiosidad que en el que se encuentra fuera de la Iglesia se manifiesta en una inmensa inquietud y en el católico en un deseo intenso de vivir en toda su plenitud la Iglesia. Este anhelo del católico de *"vivir la Iglesia"* es una manifestación de lo que antes decía; el deseo de volver a las fuentes primeras del cristianismo haciendo revivir la tradicional noción de Iglesia, la que constituye el fondo de la doctrina de S. Pablo y que en los últimos siglos se había oscurecido.

En efecto, para luchar contra las deformaciones protestantes fue necesario insistir mucho en la parte externa de la Iglesia, su estructura, sus notas, etc., debilitándose con esto el concepto de Cuerpo místico de Cristo, prolongación viviente a través del tiempo del misterio de la Encarnación.

Para muchos católicos, la Iglesia ha llegado a ser algo externo a nosotros a donde únicamente se acude en determinados momentos de la vida, lo que Guardini ha llamado con ingenio "una especie de burocracia de lo espiritual"; se admiran sus cualidades, se reconoce se obra, se le considera como un museo en donde se han reunido las grandes producciones de la inteligencia, pero se olvida su verdadera esencia, la tradicional dada por S. Pablo; Cuerpo Místico de Cristo.

La Iglesia, por tanto, no es un conglomerado de personas, es una comunidad, un organismo visible y vivo a través del cual circula la vida de Cristo. Recordemos la comparación que el Mismo Ntro. Señor hace entre la vid y los sarmientos para comprender la realidad de esta idea.

Jesucristo ha querido prolongar la obra de su Encarnación por medio de este organismo viviente, al cual se ha unido como la cabeza al cuerpo para comunicarle la vida e imprimirle movimiento. Únicamente por medio de este organismo, la Iglesia, se comunica Dios al hombre ya que Jesús es el único mediador entre la tierra y el cielo.

Ahora bien, este organismo, o sea la Iglesia, con su vida íntima, su pensamiento, sus aspiraciones, su tradición, con toda su alma se ha cristalizado en su lengua que es la oración y precisamente la oración litúrgica. Por esta oración el hombre no queda abandonado a sus solas fuerzas naturales para glorificar a Dios, no es una gota de agua considerada aisladamente, sino que unido a Jesucristo y a la Iglesia entera, participa de la potencia y de la inmensidad de este océano y por esto como escribe D. Chautard:

“su oración se diviniza y abraza todos los siglos, de la creación de los ángeles y de su primera adoración a nuestros días. Ella va desde Adán y sus afectuosos coloquios en el Paraíso terrestre con el Creador, a la oblación de Abel, de Melquisedec y de Abraham; desde la Pascua israelita y de las oraciones y reparaciones de David y de todos los santos de la antigua Ley hasta el Calvario, centro de la liturgia y hasta la Eucaristía su memorial viviente. Ella comprende todas las generaciones de almas santas que la Iglesia ha creado desde el día de Pentecostés; aún más, se identifica con el Verbo mediante aquella alabanza divina que brota incesantemente del hogar de Amor Infinito que es la Sma. Trinidad”.

De este modo la liturgia responde a esta segunda característica de nuestra época, haciéndonos vivir en toda su intensidad la Iglesia en su concepto de Cuerpo Místico de Cristo. En efecto, la liturgia no es sino la realización, la actuación de este dogma. Ella nos da el sentido de esa vida social, de esa comunión de bienes, de esa igualdad de destino de los miembros de un mismo cuerpo, ella nos hace comprender que todos somos unos en Cristo y que mediante esa sociedad sobrenatural de la Iglesia es como vamos a Dios.

En la liturgia no es mi pobre individualidad la que ora, es la Iglesia que ora por medio mío. Mis sentimientos, mis afectos, mis propios intereses son absorbidos por los sentimientos, intereses y afectos de la Iglesia. Por la oración mi plegaria no es aislada, sino que pasa a formar parte de las voces que integran la maravillosa armonía de la oración de la Iglesia. Por esta razón la liturgia no dice “yo” sino “nosotros”.

En la liturgia es una comunidad la que ora, pero una comunidad que constituye una unidad. La doctrina del cuerpo místico que la liturgia actúa recuerda al cristiano que él es una célula de esa unidad vital, un miembro de ese cuerpo.

Deseo de desprenderse del “yo”, o sea, reacción anti-individualista en la piedad y anhelo de vivir la Iglesia en toda la plenitud de su concepto tradicional han sido los dos grandes factores psicológicos y las dos causas remotas del movimiento litúrgico; la causa próxima y ocasional fue el “Motu Proprio” de Su Santidad Pío X que trataremos a continuación.

b) *Decadencia litúrgica y restauración.*— La liturgia que había poderosamente contribuido a la regeneración de la sociedad pagana en los primeros siglos del cristianismo y a la conversión y educación de las naciones nacidas de las invasiones bárbaras desencadenadas sobre Europa, que había inspirado y vivificado la Edad Media dándole esa mezcla de sencillez y de grandeza que brotaba de su unidad espiritual, comienza a perder algo de su influencia en el pueblo cristiano a partir del siglo XV debido al espíritu individualista que el Renacimiento iba infiltrando en la civilización.

La reforma protestante viene a agravar el mal. La gran unidad espiritual obrada por la Iglesia en el campo intelectual, político y moral queda rota y el hombre abandonado en el caos de la dispersión individualista. En efecto, los numerosos artículos del programa protestante se dirigen a una idea central: unir al hombre con Dios suprimiendo todos los intermediarios que pretenden interponerse entre ambos términos. Ahí donde el catolicismo

ve medios para ir a Dios, el protestantismo no ve sino obstáculos que impiden las ascensiones del alma. El dogma absoluto, la tradición, los cuadros de una sociedad visible, el magisterio, sacerdocio, sacramentos, ritos; en una palabra todo lo que caracteriza a la Iglesia católica debe desaparecer. Y de un modo especial este ataque va contra la liturgia ya que siendo para el protestante la salvación un asunto estrictamente privado, nada tiene que intervenir en ella la oración pública y el culto oficial.

A pesar que la Iglesia condena, primero por boca de León X, y enseguida por el Concilio de Trento los errores luteranos, el espíritu del individualismo protestante logra sutilmente infiltrarse en la piedad católica y así ésta se aísla de la piedad de la Iglesia, se desvía en las devociones privadas y aunque el Concilio de Trento exhorta vivamente a no apartarse de la liturgia el camino de la piedad se inclina hacia el individualismo.

El paso estaba dado, otras causas vinieron a agravarlo. El jansenismo, quietismo y galicanismo, hijos directos del protestantismo ayudaron a alejar más la piedad de su fuente principal, la liturgia. El jansenismo que reduce todo en la piedad a la afección y a la sensación, rompe el equilibrio admirable que la liturgia mantiene entre el pensamiento, la emoción y la acción en la vida cristiana. El quietismo con su pasividad absoluta separa a las almas de los actos solemnes de la liturgia, las aísla de la comunidad de los fieles. El galicanismo, por fin, tercera etapa de este proceso, aparta a la liturgia de Roma, su centro de unidad, hace diversos los ritos de cada diócesis y separa de esa liturgia única, expresión visible del gran dogma de la Comunión de los Santos.

Del campo de la filosofía anticristiana viene un nuevo ataque; la doctrina antisocial de Juan Jacobo Rousseau, puesta en práctica por la revolución francesa, hace que aún el ambiente político y social se impregne de individualismo lo que indirectamente repercute también en el campo de la piedad.

Las consecuencias de este individualismo en la piedad cristiana son demasiado manifiestas para insistir en ellas; las devociones privadas florecieron con desmedro de la devoción auténtica y oficial, el sentimiento prevaleció sobre la idea, la armonía entre el pensamiento, el sentimiento y la voluntad se rompió para dejar pleno dominio a la sensación que fue para muchas almas la base de su piedad y al cimentarse ésta sobre tan débil fundamento cedió a menudo al choque de la invasión pagana que domina a nuestro siglo.

c) *Renacimiento Litúrgico.*— Ya en el siglo pasado se habían destacado algunos precursores de la renovación litúrgica; Chateaubriand obedeciendo más a impulsos de su romanticismo que de una verdadera piedad daba a conocer en su "Genio del Cristianismo" las bellezas del culto católico; Don Guéranger, verdadero iniciador de este movimiento, le da su base doctrinal. Ordenado sacerdote, movido del deseo de emprender esta restauración, escribe sus "Consideraciones sobre la liturgia católica", comprende que una obra de esta especie no puede realizarla un hombre solo y concibe la fundación de Solesmes dentro de la pura y estricta tradición benedictina; va a Roma, hace su profesión religiosa en la abadía de S. Pablo extra muros y vuelve a Francia a realizar su proyecto. Los dos conventos de religiosos y

religiosas benedictinas pasan a ser focos de vida litúrgica y centros de la más profunda investigación de ciencias eclesiásticas. Ahí escribe sus famosas "Instituciones litúrgicas" y desde ahí inicia su campaña por la unificación litúrgica en las diócesis que alcanza en pocos años pleno resultado. En 1841 publica su obra magna, que desgraciadamente dejó inconclusa "L'année liturgique". El periódico masónico "L'Evenement" dio de ella el siguiente juicio:

"He aquí una obra que hará tanto mal como los cuentos de Voltaire han hecho de bien".

Los enemigos mismos comprendían la trascendencia de esta empresa.

Estas obras aisladas, especialmente las que realizaban los benedictinos alrededor de sus monasterios iban a tener pronto una aprobación oficial; José Sarto, el Patriarca de Venecia, el humilde párroco de Riese subía en 1903 al trono pontifical con el nombre de Pío X.

El pastor de almas que había conocido todas las necesidades y problemas del ministerio eclesiástico, extiende su mirada llena de infinita caridad por el mundo desquiciado de sus eternos ejes y traza con frase del Apóstol su vasto y colosal programa: "*Instaurare omnia in Christo*", restablecerlo todo en Jesucristo piedra fundamental, volver a las fuentes primitivas, hacer que la nueva civilización que el presente que nace, traiga desde su cuna el sello de la Iglesia. Una tarea inmensa se ofrece ante su vista, codificación el Derecho, reforma de los seminarios, nueva organización de la Curia romana, relaciones con Francia, etc., etc. Pero ante todo es necesario hacer que reviva el espíritu cristiano, y para esto su *primer "Motu proprio"* "Inter pastorales" de 23 de noviembre de 1903 y en él esta solemne y trascendental declaración de donde nace todo el movimiento litúrgico actual:

"Siendo nuestro principal deseo que el verdadero espíritu cristiano reflorezca, es *necesario* ir a buscarlo a su fuente *primera e indispensable*, a saber, la participación activa a los Santos misterios y a la oración pública y solemne de la Iglesia".

El impulso oficial estaba dado y una inmensa primavera litúrgica, comenzaba a florecer en el campo de la Iglesia.

Los demás actos de S. S. Pío X no hicieron sino confirmar su declaración primera; el decreto *Sacra Tridentina Synodus* sobre la comunión frecuente y diaria, el *Quam Singulari* sobre la primera comunión de los niños, las reformas del breviario por la bula *Divino afflatu* y la del calendario, el catecismo donde tanto insiste en la enseñanza de las ceremonias del culto como medio eficaz de instrucción religiosa, no fueron sino la realización del vasto programa de restauración litúrgica enunciado en su "Motu proprio" sobre la música sagrada.

Sus sucesores, Benedicto XV y Pío XI continúan e impulsan este movimiento conscientes de su inmensa trascendencia y así el primero no duda en escribir lo siguiente:

“Derramar entre los fieles un conocimiento más exacto de la liturgia, destilar en los corazones el gusto sagrado de las fórmulas, ritos y cantos por los cuales en unión con su madre la Iglesia ellos den culto a Dios, atraerlos a una participación activa en los Santos misterios y fiestas eclesíásticas, todo eso no puede sino servir *maravillosamente* para alimentar la piedad del pueblo, dar vigor a su fe y mejorar su vida. “En cuanto a S. S. Pío XI basta con citar sus Encíclicas *Quas Primas* y *Misereantissimus Redemptor*, su bula “*Divini Cultus Sanctitatem*”, su carta al Cardenal Dubois, Arzobispo de París, sobre la fundación de una escuela de música sagrada, para comprender la parte que a la liturgia da en el cumplimiento de su programa de establecer “la paz de Cristo en el reino de Cristo”.

Tal es a grandes rasgos la obra de restauración litúrgica a que asistimos. Este es sin duda uno de esos grandes movimientos en los cuales la Iglesia “como el águila renueva su juventud”.

Con razón pudo decir el abad de María Laack, D. Ildefonso Herwegen al iniciar sus grandes publicaciones litúrgicas:

“Lo que el mundo moderno entregado al desencadenamiento de la bestia humana tiene sobre todo necesidad es de oración. El ser que ora toma la vida en toda su profundidad, en toda su amplitud; encuentra el punto de equilibrio entre el finito y lo infinito. Orar es dar como ancla a la voluntad creada la voluntad de Dios. Nuestra época ha roto definitivamente con el racionalismo, tiende al misticismo. La fiebre de trabajo que se ha apoderado de la humanidad y que ha querido dar al mundo un remedo de religión, no logra aplacar la nostalgia mística de sus corazones. El grito de llamada a Dios repercute por doquiera. Pero ¿dónde está el camino a la oración? Era necesario enseñarle el verdadero, puente perpetuo entre la creatura y la eternidad. El mundo moderno sentía vivamente el mal de la dispersión individualista. El individuo del renacimiento y del liberalismo había hecho su tiempo, el hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar del apoyo de una institución objetiva, él aspiraba al colectivo. Lo buscó en el socialismo. Error de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una adición numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que se necesitaba era el colectivo viviente, o sea la Iglesia. La Iglesia conjuntamente sociedad, colectividad y cuerpo vivo distribuyendo su sangre a todos sus miembros” (176).

Tal es el significado del movimiento litúrgico, veamos:

2. *Lo que debemos esperar de la liturgia.*

En el movimiento litúrgico, bien comprendido, debemos ver uno de los grandes remedios a los males de nuestra época. Con razón pudo escribir Godofredo Kurth, que

(176) *Ecclesia Orans*.

“hacer comprender la íntima correspondencia que existe entre la vida espiritual y la liturgia es cumplir una de las más grandes obras de este siglo”.

En efecto; ella combate el laicismo, gran mal de nuestros días, por la afirmación práctica de los derechos de Dios y de los deberes de la humanidad de rendirle un culto digno de El. Es enseguida un eficaz remedio contra el individualismo, como antes lo indicábamos, pues introduce al hombre en un culto social arrancándolo de sus propios intereses. Corrige el formalismo en la piedad, o sea en la atención preferente a la parte externa con descuido de la interna; la liturgia nos enseña que el rito es un símbolo que expresa algo que se halla en el interior de nuestra alma y así detrás de cada palabra o gesto debemos buscar la idea espiritual que en él se encierra. La liturgia es de modo especial un correctivo poderoso contra el espíritu mundano en el culto, contra ese deseo de ofrecer al pueblo lo que le gusta encontrar en otra parte, de hacer que el templo sea lo menos posible templo cristiano para lo cual se prodiga en el altar un lujo excesivo y de mal gusto, haciendo que éste más que el ara del sacrificio pase a ser pedestal de un santo, dejando oír música profana con resabios de vals o de opereta, decorando el lugar santo con arreglos que más bien sientan en un escenario teatral; en una palabra, apartándose de esa sobria elegancia, de esa sencillez que no excluye la magnificencia, de esa realización plena de la definición de belleza dada por Agustín: “Pulchritudo est splendor veritatis” la hermosura es el esplendor de la verdad.

Pero no tan sólo combate males, su obra es eminentemente positiva, formando el verdadero espíritu cristiano, llevando al conocimiento más a fondo de su fe, rodeando al alma de ese ambiente sobrenatural donde la vida de la gracia se desarrolla y crece. Así vemos que el alma que asiduamente vive de la liturgia penetra insensiblemente en las profundidades del dogma. La liturgia es una oración doctrinal. La oración de la Iglesia es una expresión de su dogma.

“La oración de la Iglesia, escribe D. Beauvain, es la religión hablada y vivida, es el dogma aplicado y expresado en una lengua cargada de energías sobrenaturales y a la cual el apoyo de todas las artes da su maximum de penetración en las almas; es la vida de Cristo reproducida por el ciclo litúrgico, contada anualmente en los Evangelios, comentada en las Epístolas y homilias, vulgarizada en las vidas de los santos, hecha más eficaz por la participación activa de los fieles en los santos misterios, en resumen es el cristianismo concretizado, condensado y como preparado para la alimentación de las almas”.

El Catecismo nos dirá que la segunda persona de la Sma. Trinidad se hizo carne en el seno de la Virgen Santísima; es la fórmula catequista necesaria, pero que no basta al pueblo y al niño. Pero he aquí la Navidad, y suponed la Navidad elocuente de antaño, con sus dos días de fiesta, su oficio nocturno, sus tres Misas que nos cuentan todo el misterio, su Iglesia iluminada, sus campanas y sus cantos de alegría, su fresca cuna; Navidad de antaño, con sus ecos en el hogar doméstico, en la mesa de familia del pobre como del rico. Navidad con todo su ambiente de alegría y de vida cristiana; es el dogma hablado por nuestra Madre, lengua maternal que nosotros perfectamente comprendemos”.



Altar del Seminario Pontificio de Santiago, frecuentado primero como seminarista y después como sacerdote por el Obispo.

El Emmo. Cardenal Schuster, arzobispo de Milán, en la primera carta pastoral que dirigía a sus fieles al hacerse cargo de su importante diócesis, al expresarles sus ardientes deseos de formar en ellos el verdadero espíritu cristiano, les hacía ver la importancia que en esta obra tenía la liturgia.

De hecho, les decía, “la liturgia, según los Santos Padres, no es solamente el rito legítimo con el cual la Iglesia por Cristo “pontificem confessionis nostrae” (177) adora perfectamente a Dios en espíritu y en verdad, sino que representa especialmente para los pastores de alma, la pedagogía sobrenatural y divina con la cual los hijos de Dios son educados para la vida eterna. Sea de hecho que la liturgia adore, agradezca o repare a la infinita santidad de Dios, sea que a través de los Sacramentos riegue o refresque los corazones con las aguas saludables de la gracia, esta “liturgia fidei nostrae” a la cual se refiere el Apóstol, si se comprende bien, si íntima y católicamente se vive, contiene siempre una eficaz virtud santificadora que regularmente realiza íntegra y perfectamente la formación sobrenatural de las almas”.

No es extraño por tanto el ver que esta virtud evangelizadora de la liturgia se demuestre con el hecho de ilustres conversiones obradas por ella. Bastaría citar los nombres de un Huysmans, un Verkade o los monjes protestantes de la abadía de Caldey para convencerse.

En una conferencia dada en Lieja el año 1923, Pedro van der Meer de Walcheren (el íntimo amigo y convertido de León Blois) hacía la siguiente confesión:

(177) tr.: “el pontífice de nuestra confesión”.

“La liturgia tiene más que ninguna otra cosa el poder de hacer conocer aún a los incrédulos —y entiendo por esto las personas que como yo no han recibido el Bautismo— la persona de Nuestro Señor Jesucristo”.

Más adelante añade:

“la belleza sobrenatural de esos oficios me dejaron vibrante. Más que por el exterior magnífico del canto, de las palabras y de los gestos, de toda esa liturgia, fui removido hasta lo más profundo de mi alma por lo que entreveía detrás de esa espléndida vestidura, yo comprendía que cada palabra, cada acto, escondía un sentido, era como la llama visible de un invisible fuego, era una realidad palpable del misterio, una percepción de las obras divinas... Es normalmente por la liturgia como la verdad entra en nosotros y lleva el alma a la oración”

y termina:

“¡Cuántos ejemplos, tomados en el reducido círculo que yo conozco podría daros de esta obra de la liturgia sobre las almas, realizada en un país que desde hace tres siglos ha dejado de ser católico”.

Un último efecto de la liturgia conviene anotar en esta rápida reseña y es la unión que ella establece con Roma centro de unidad del culto y de la fe. En efecto, la liturgia une a Roma. La frecuentación inteligente y afectuosa de la liturgia nos hace vivir en la capital del mundo cristiano. Gracias a la liturgia romana somos ciudadanos de la Ciudad Eterna. Dom Cabrol en una serie de conferencias dadas en la Semana Litúrgica de Maredsous sobre las estaciones de Roma, las grandes basílicas y el ciclo litúrgico de las fiestas romanas, mostraba el provecho que podríamos sacar de ese sentimiento tan católico.

Después de haber evocado el recuerdo de todos los monumentos de la Roma cristiana, añadía:

“Ahí está nuestra historia, ahí está la historia de nuestros orígenes cristianos, ahí nuestra epopeya de piedra, todos esos monumentos hablan a nuestro corazón y a nuestra fe; Roma ha llegado a ser para nosotros el lazo de esos monumentos arqueológicos con la liturgia; ahí se concretiza la liturgia romana que ha sido una *liturgia local antes de ser* la liturgia del mundo latino. Yo quisiera mostraros que vosotros, señores, con vuestro misal y vuestro breviario, tenéis en la mano todos los elementos de esta historia; y yo quisiera constatar con vosotros el interés que este estudio da a esos libros y al mismo tiempo a la liturgia. Gracias a la liturgia comprendida y diariamente vivida, Roma debe ocupar en el amor y culto de los católicos el lugar que ocupaba Jerusalén en el amor y culto de los hijos de Israel. *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem* (178). Esta peregrinación “*ad limina*” (179) nosotros la realizamos frecuentemente por la liturgia romana comprendida y vivida: las estaciones en las grandes basílicas en la cual se inspiran tantos textos litúrgicos, el culto

(178) tr.: “nuestros pies se detenían en tus atrios, Jerusalén”: *Sl. 121, 2*.

(179) Peregrinación “*ad limina*”: alusión a la visita que deben hacer periódicamente los obispos a Roma para informar de sus Diócesis.

de todos los mártires de las persecuciones, el origen de los ritos y fórmulas, todo nos estrecha a la Iglesia madre y maestra”.

No, la liturgia no es un mero diletantismo artístico, es la esperanza más cierta, la realidad más fundada de una verdadera renovación de la piedad y del espíritu cristiano en esta época tan turbada de la historia del mundo. De ella debemos esperar la formación de la verdadera piedad de la Iglesia, la tradicional, sobria y viril, la que toma a todo el hombre hablando a la mente, la voluntad y la sensibilidad dentro del más perfecto equilibrio.

De la liturgia debemos esperar que el hombre encuentre en la oración la plenitud de su vida ya que ella es la expresión de la verdadera cultura humana, pues aunque es la expresión de la vida sobrenatural su trama está formada por la verdadera cultura humana que se caracteriza por la amplitud del campo intelectual, el dominio interno del pensamiento, de la voluntad y la emoción. Su lengua es límpida y transparente, accesible al hombre simple, vivificante y refrescante para el hombre cultivado.

Debemos volver a ella,

“todos nosotros, dice D. Herwegen, tenemos necesidad en los duros tiempos que atravesamos de fuerzas nuevas. Volvamos a las fuentes donde la Iglesia primitiva, dolorosamente perseguida, ha encontrado la fuerza del martirio, a esas fuentes donde el monaquismo, en el fin del mundo antiguo, en la edad de las grandes migraciones de los pueblos, sacó nuevas fuerzas vitales” (180).

Esperemos en que esa piedad litúrgica penetre cada vez más íntimamente entre nosotros y dé los frutos de la vida cristiana que los Pontífices esperan de ella, entonces, diremos con el Cardenal Mercier:

“las almas revivirán por la vida litúrgica. Suavemente los fieles volverán a aprender que Jesucristo es el camino, la verdad y la vida. El ciclo del año les volverá a recordar la sucesión de los misterios del nacimiento, apostolado y la obra redentora de nuestro divino Salvador.

Y cada vez que cediendo al atractivo de Aquel que ha dicho: cuando sea elevado en la cruz todo lo atraeré a Mí, vayan los fieles a asistir en la Iglesia a la renovación mística del sacrificio de su Redención, se acercarán por su fe y por su amor a Nuestro Señor Jesucristo. Después, cuando comulguen de manos del celebrante comprenderán mejor que su admisión al banquete eucarístico es el precio del sacrificio del redentor, el beso de paz del Padre Eterno a sus hijos, rescatados y arrepentidos.

A veces silenciosamente, a veces por una oración cantada, responderán conjuntamente a las invitaciones que el sacerdote les dirigirá desde el altar y estos intercambios piadosos entre el pastor y sus ovejas, entre las ovejas y su pastor, consolidarán en nuestras parroquias el lazo familiar y fortalecerán en las almas el sentimiento católico de la Comunión de los Santos”.

U. I. O. G. D. (181).

(180) D. Herwegen, *Fuerza nueva sacada de viejas fuentes*.

(181) tr.: “para que Dios sea glorificado en todas las cosas”. “*Ut in omnibus glorificetur Deus*”.